

**DEPORTE,
PULSO DE NUESTRO TIEMPO**
José María Cagigal

CULTURA Y DEPORTE

EDITORIA NACIONAL
San Agustín - Madrid

© Copyright José María Cagigal
Editora Nacional Madrid, 1972
Depósito legal: M-22.560 - 1972
Printed in Spain
Impreso en ARTES GRÁFICAS LILLO
ALPEDRETE, 7 - MADRID

ÍNDICE

Carta-prólogo

Presentación

1. El deporte como salud mental para el futuro
2. Ocio y deporte en nuestro tiempo
3. El atleta ante la derrota
4. La educación física, ¿ciencia?
5. Sugerencias para la década del 70 en educación física
6. La psicología evolutiva como condicionamiento en la programación de educación física.
7. Líneas generales para una psicología del deporte
8. Deporte humano en la sociedad industrializada
9. Editoriales para «Deporte 2000»
 - Del derrotismo al triunfalismo
 - Descalificación sonada
 - Un asombroso deporte llamado: Pelota vasca
 - Cosmodeporte
 - «Fair play»
 - «Futbolía»
 - «Jugar» al fútbol
10. Ante la reforma de la educación española
 - Un canal deportivo en TVE
 - Montañismo, sí
 - Deporte ¿pasión o equilibrio?
 - Ajedrez ¿deporte?
 - Deporte y arte
 - El deportista ¿automata?

CARTA – PRÓLOGO

Sr. D. José María Cagigal

Mi distinguido amigo: A mí, que nunca he sido deportista en activo, que suelo pasarme horas y horas junto a la mesa—yunque de mi trabajo, sin cumplir ni siquiera con ese mínimo imperativo médico de la media horita de paseo por sitio llano, me ha hecho usted el honor de pedirme unas líneas de presentación para su excelente y oportunísimo libro sobre el deporte. Sólo un par de razones veo yo en mi persona como posible apoyo de su petición, mi positiva estimación de lo que, en cuanto ingente hecho universal, es hoy el deporte, siempre que no se le utilice para amenguar o embotar las aspiraciones tocantes a la vida del espíritu —la religión, la ciencia, el arte, la personal responsabilidad política—, y el alto valor que desde hace tiempo concedo al estilo deportivo del vivir.

*Llamo yo «estilo deportivo» a un modo de hacer la vida en cuya realidad se funden unitariamente tres ingredientes, por una parte, el sincero respeto, más aún, la leal admiración de lo que hace el otro, en tanto que tal otro, incluso cuando es competidor o rival nuestro; por otra, la capacidad de arriesgar la vida por algo de lo cual se sabe que sólo posee un valor penúltimo, como Hillary, que sin creer, claro está, que el fin último de la existencia humana sea el montañismo, supo ponerse en riesgo de muerte para que la suela de sus botas pisase la cumbre del Everest, por último, en fin, la disposición a ejercitarse entregada y pacientemente en la posesión de las facultades orgánicas y mentales —más orgánicas en el caso del deporte *stricto sensu*, montañismo o ciento diez metros vallas; más mentales en el empeño de cultivar deportivamente la investigación científica, a la manera de Watson y Cricks— que exige la eminencia en el logro de lo que, siendo penúltimo, merece para nosotros el sacrificio. A todos estos fines creo que sirve muy eficazmente su libro, y deseo que con toda claridad conste en su atrio tan firme creencia mía.*

Miles y miles de veces ha sido repetida, recortándola de su contexto, la sentencia mens sana in corpore sano. La verdad es que Juvenal no expreso un apotegma con la frase a que esas palabras pertenecen, porque lo que él en realidad afirmó fue un simple deseo. «Es de desear —dice, en efecto, la letra íntegra de su escrito— que en un cuerpo sano haya una mente sana». En su misma línea, seamos más completos que él, y deseemos que haya mentes sanas en los cuerpos sanos y que éstos, los cuerpos sanos, sean valiosos servidores de almas sanas. Con la seguridad de que algo y aún mucho va a hacer para la consecución de esa doble meta este tan bien pensado y tan bien compuesto libro su yo, se reitera de usted buen amigo

PEDRO LAÍN ENTRALGO
Madrid, julio de 1972

PRESENTACIÓN

¿No podría ser considerado el deporte como uno de los distintivos de nuestro tiempo? Su volumen, su alboroto sensacionalista, su vinculación a la publicidad, su facilidad para ser manejada por muy dispares fuerzas, su asequibilidad a los triunfalismos, su primitivismo espectacular, su internacionalismo..., le convierten casi en hijo primogénito de una época traspasada por la propaganda, la velocidad, la anulación de fronteras, la estandarización, la eforización del hombre. Este libro sale como producto de una preocupación por ese grave suceso de nuestro tiempo, complejo, paradójico, discutido, que ha sido llamado deporte.

Los breves y desiguales ensayos que lo componen han sido escritos entre 1967 y 1972. Fueron surgiendo como respuestas a distintos requerimientos (congresos, colaboraciones en revistas, conferencias...) y, a veces, como simple necesidad personal de expresión. Pero a la desigualdad extrínseca de cada objetivo concreto responde una homogeneidad, una sustancial preocupación por el hecho humano del deporte y, casi diría, un recelo ante su voluminoso crecimiento social, posiblemente desmesurado, y sus repercusiones en el hombre de nuestro tiempo y de nuestro inmediato futuro.

Ocupado fundamentalmente en tareas de tipo organizativo y docente, no me ha sido posible en este quinquenio dedicar tiempo y espacio cerebral, como hubiera deseado, a pensar y estructurar líneas y procedimientos sistemáticos acerca del hombre que hace deporte o acerca de la sociedad que acoge el deporte o sobre el hombre inmerso en esta sociedad deportivizada (más que deportiva). Estos son empeños que, aguardando tiempos más sosegados, mantengo entre ceja y ceja.

Pero ya que no *logos*, al menos partiendo del *pathos* he procurado no dejar a la pluma ociosa (de ociosidad), exigiéndola, aunque fuese a salto de mata, algún producto del más añorado de los ocios contemporáneos, el ocio activo de pensar y sentir en los ratos liberados de la barahúnda laboral.

El dispar producto de estos salpicados ocios son las páginas que siguen. En ellas no se guarda un orden riguroso, ni ideológico ni cronológico. Precisamente los dos primeros ensayos son los escritos últimamente, ya bien entrado el año 1971. En su transcripción a este libro he procurado conservar los textos íntegros, tal cual fueron elaborados en su momento, aun cuando ello suponga la reiteración en algunas ideas. ¿Quién, teniendo ganas de decir cosas, no resulta a la larga reiterativo?

La parte final del libro recoge breves reflexiones destinadas a editoriales de la revista *Deporte 2000*, junto con algún artículo firmado aparecido también en dicha revista.

Si fuese menester encasillar este libro en alguno de los vigentes esquemas culturales, más que de sociología o psicología del deporte, podríamos hablar de antropología cultural referida al deporte; pero, insisto, sin convencional metodología ni delimitación de *corpus* científico, sin preestablecidos niveles de exigencia.

Dedicadas al *deporte*, que preside tantos afanes, ilusiones, pasiones, ambiciones y desencantos de nuestro tiempo, pero siempre por y para el hombre que lo protagoniza y lo *padece*, sean estas líneas que la Editora Nacional publica hoy amablemente.

José María CAGIGAL

EL DEPORTE COMO SALUD MENTAL PARA EL FUTURO

Uno de los hábitos de nuestro tiempo, en alguna manera casi uno de sus distintivos, es el *deporte*. El más somero análisis que se haga simplemente del volumen informativo que acapara el hecho deportivo demuestra que éste ha adquirido una importancia al menos cuantitativa que le coloca entre los sucesos humanos de primera magnitud. Los porcentajes de la información facilitada por una agencia de noticias española son los siguientes: 60 por 100 sobre información política y social internacional y nacional; 25 por 100 de información deportiva; 15 por 100 de espectáculos, sucesos, toros y temas varios. Según la visión puramente cuantitativa, puede afirmarse, por consiguiente, que el primer tema específico en el mundo actual en cuanto a volumen informativo, después de la política, es el deporte.

La moderna sociología ha introducido al hombre de nuestro tiempo en la aceptación y valoración de datos, cantidades. Una lucubración lógica, analítica, apriorística, más o menos metafísica sobre la primordial o secundaria trascendencia de una realidad humana (el deporte en nuestro caso) se tambalea hoy ante las cifras. Esto tiene su peligro, pero aporta también su parte de verdad.

En mi reflexión de hoy me voy a limitar a unas someras observaciones acerca de la realidad existencial del hombre de nuestro tiempo, a su posible proyección para el inmediato futuro y al papel que pueda jugar de cara a ese futuro este voluminoso, agitado y sorprendente hecho deportivo del que somos contemporáneos.

I

En estos tiempos de predominio funcional, de sobre-valoración del hombre activo sobre el pensante, de moda y loa del llamado «hombre de acción», de avasallamiento por parte de los políticos y menosprecio de los filósofos, resulta oportuno el testimonio de un gran político, que paradójicamente fue grande porque fue capaz de seguir pensando en medio de su gestión, U Thant: «Las Naciones Unidas, como organismo global, tienen un papel vital en el control de los mayores fenómenos mundiales que ahora, casi con impotencia, estamos presenciando... El sistema de administración de los recursos de nuestro planeta, de su aire y de sus aguas, es una necesidad urgente y desatendida desde hace mucho tiempo. Semejantes problemas sólo pueden ser manejados a nivel mundial. Detener la erosión de nuestros recursos, incluyendo el tiempo y la energía humanas, requiere un examen nuevo y total del estilo de vida del género humano.» «Los gobiernos y los sistemas, las ideologías y las instituciones vienen y van, pero la humanidad permanece. Cuán vacía puede resultar la vida organizada si apartamos o suprimimos *la infinita variedad y vitalidad del individuo.*»

Estas frases, incluidas en el texto del mensaje que el ex secretario general de las Naciones Unidas envió al mundo a modo de testamento al cesar en su cargo, revelan una preocupación capital acerca del hombre de nuestro tiempo, cierta síntesis o decantación de sus inquietudes y angustias, las cuales, siendo patrimonio casi consustancial de la humanidad en todas las épocas, se han concretado de formas precisas en nuestro tiempo. Al hombre de este final del siglo XX le acecha el *desequilibrio*. Y ha comenzado a ser consciente de ello. Le preocupan, como nunca había ocurrido, el *desequilibrio ecológico*, consecuencia de la progresiva alteración del medio exterior: La desaparición de la naturaleza verde, el aire contaminado, las aguas de los mares empobrecidas... Gracias a la rápida transmisión de mensajes por los medios de difusión, esta preocupación, que está pasando a ser angustia básica, llega al hombre medio de hoy.

Consecuencia en parte de esta ruptura de equilibrios exteriores, pero realidad socio-genética anterior, el hombre de hoy ha tomado más o menos conciencia de su *desequilibrio personal*, interior. Antiguamente, el hombre también se fatigaba en el trabajo y recibía con satisfacción el día de descanso. Hoy no sólo se cansa, sino que *se siente cansado*; y, más aún, *teme* cansarse. Piensa en el día de descanso, en la vacación, como una necesidad perentoriamente exigida tras los desgastes sufridos en la vida laboral, como la manera de poder retornar un poco a sí mismo. El hombre acoge el trabajo como una ineludible necesidad que hay que aceptar, pero de la cual humanamente se va alejando. Una de las expresiones con que ha sido descrita esa compleja realidad de la ruptura íntima del individuo con su obligado mundo laboral es la llamada «fuga psicológica» (Del Vescovo) que puede concretarse en: la pérdida del significado integrador de la personalidad que originariamente tenía el trabajo; la escisión entre este (mecanización, pasividad, acoplamiento a la máquina, al engranaje despersonalizado y anónimo)

y las necesidades personales y familiares de orden espiritual, material, social; la huida íntima del ambiente laboral; la ubicación del centro auténtico y genuino de los intereses humanos del trabajador lejos del trabajo¹.

El ocio, concepto mas o menos desprestigiado antiguamente por su identificación con la ociosidad, ha surgido en los últimos veinte años como una de las realidades a las que el hombre se agarra cómo a tabla salvadora de su propia humanidad, de su integridad, de su más cabal condición humana. Al margen de la verdadera o ilusoria realidad del aumento actual del tiempo de ocio, es un hecho que el hombre de hoy cuenta ya con él, lo necesita al menos como concepto tópico liberador. El hombre medio barrunta ya de alguna manera su propio desequilibrio y busca nuevas formas y nuevos conceptos para defenderse de él: *desarrollo, nivel de vida, productividad, integración, rendimiento, aire libre, ocio*, resonadores provenientes de muy dispares ámbitos socio-culturales, aparecen como míticas tablas de salvación, de las que se espera recibir virtudes casi farmacológicas que repongan al humanismo en crisis la integridad personal en peligro.

La ruptura del propio equilibrio personal, cuya conciencia alcanza ya al hombre medio, es proceso iniciado hace ya muchos años, aun cuando ha permanecido largo tiempo en las áreas subconscientes. De él se derivaban ya crecientes situaciones de angustia. Recién estrenado el siglo XX se habló ya del siglo neurótico. Cuáles sean las causas de esta progresiva preponderancia de las neurosis es tema abundantísimo y sobre el que eminentes especialistas difunden multitud de teorías. El proceso de erradicación de temibles enfermedades infecciosas, iniciado ya con energía en el siglo XIX, ha tenido influencia indudable en ese relevo patológico desde el campo exógeno al endógeno y de la etiología orgánica a la funcional y progresivamente a la neuro-psíquica.

Otro factor digno de consideración en este proceso es el maquinismo. El concepto de equilibrio humano, canonizado principalmente en las expresiones culturales de la Grecia clásica y helenística, y del cual no se había apartado la cultura occidental, brotaba de un reparto más o menos equitativo de funcionamiento y desgaste por parte del cuerpo y de la mente. La escultura y la literatura griegas abundan en esta concepción. La máquina releva al hombre del trabajo corporal. En el simple traslado de un lugar a otro, el maquinismo ha supuesto una revolución en los hábitos del comportamiento humano. Coche, autobús, tren, avión..., trastruecan la significación humana del aparato locomotor. Una vez entrados en la era de los computadores, otra gran revolución se ha iniciado con respecto a la significación humana de muchas de las funciones intelectuales: la lectura, la aritmética, la clasificación memorística, etc., están en vísperas de sufrir un enérgico ataque, cuyas consecuencias en nuestros hábitos mentales son aun imprevisibles. El hecho es que el hombre hace ya tiempo que protagonizó importantes cambios en las leyes de su comportamiento práctico. Estos cambios han producido crisis, y éstas no han sido resueltas.

Ante tales mutaciones en el uso y esfuerzo del aparato locomotor, sólo caben dos caminos: la adaptación funcional o la compensación. La primera solución, hoy por hoy no está en manos del hombre. Que éste llegue en el futuro a poseer una cabeza enorme, un tronco pequeño y extremidades todavía menores; que lleguen a atrofiarse el estómago y otros órganos digestivos merced a la alimentación por vía directa en sangre; que las áreas encefálicas sufran importantes transformaciones según la desaparición de ciertas funciones mentales y el desarrollo progresivo de otras; que el casi anárquico funcionamiento de los centros diencefálicos responsables de la emoción llegue a ser controlado, etcétera, es posible. La neurofisiología principalmente trabaja con esperanzas en algunos de estos campos. Pero los pronósticos más optimistas sitúan los primeros resultados eficientes bastante más allá de la frontera del año 2000. Las adaptaciones espontáneas, en todo caso, serán inmensamente más lentas. El impacto del maquinismo, de la locomoción mecánica, del robot, de la energía atómica, del computador, no puede aguantar el lento proceso evolutivo de las especies, a no ser que sobreviniese una avalancha de mutaciones, cosa que los sabios no aceptan. Entre tanto, la humanidad sigue viviendo; los problemas aumentan. El hombre, sumergido en estos contrastes, ha de buscar las soluciones concretas *hic et nunc* sin que tenga por ello que rechazar otras hipótesis de cambio a largo plazo que puedan alcanzar a sus bisnietos y tataranietos. En esta coyuntura, en la vida que espera al hombre en su inmediato futuro, es urgente situar los análisis, las hipótesis, las posibles soluciones.

II

La pérdida del equilibrio humano es más bien pérdida de muchos equilibrios. El primero importante es el tan cacareado equilibrio psicofísico. El postulado *mens sana in corpore sano*, del cual tanto, y a veces tan indocumentadamente, se ha abusado, tiene una peligrosa resonancia dualística, pero por otro lado sugiere una

¹ Véase en este mismo libro Ocio y deporte en nuestro tiempo.

paridad, un equilibrio. El hombre no es ni sólo *mens* ni sólo *corpus*; es ambas cosas a la vez, en funcionamiento simultáneo, en fecunda interacción, en sabio contrapeso, en recíproca fecundación.

La vida moderna *agita* los centros nerviosos, no les deja descansar, y sin embargo relega el cuerpo a una quietud. De ello viene la falta de estímulo, la laxitud, el adormecimiento de multitud de funciones, la inhibición. ¿Consecuencias orgánicas? Múltiples. Afortunadamente se suelen dar a conocer por muy diversos tipos de propaganda, y este conocimiento puede ser en principio de remedio. Pero con ello se ha llegado a la situación en que el hombre, consciente de que la falta de movimiento y de ejercicio le perjudica orgánicamente, desea hacerlo; pero encuentra dificultades: la vida organizada al margen del ejercicio físico, los hábitos, modas consumistas, la carencia de facilidades, instalaciones, las distancias en las grandes ciudades, la falta de tiempo. Y comienza a ser consciente de que lleva una vida poco sana. El infarto, el derrame cerebral están ya presentes en las preocupaciones básicas del hombre de hoy. A la ruptura del equilibrio psicofísico sobreviene un estado permanente de insatisfacción con respecto a su comportamiento, se engendra una angustia permanente. Ello supone un atentado al propio equilibrio interior. A la desvinculación y, en muchos casos, ruptura con el mundo laboral, insuficiente para la íntima satisfacción personal, se añade la insatisfacción con los propios hábitos de comportamiento ajenos al trabajo. «Ya sé que debería hacer más ejercicio, pero no saco tiempo.» «Me han recomendado el ejercicio físico, pero no encuentro la manera de hacerlo.» He aquí frases típicas del hombre de nuestro tiempo. Una de las características de la civilización industrial, principalmente en las sociedades de consumo, es la multiplicación de obligaciones sociales; hay que cumplir, regalar, quedar bien, acudir a citas... Frente al agrado con que se cumplen las relaciones sociales en las antiguas sociedades rurales, en la civilización industrial consumista son éstas aceptadas en muchos casos con desagrado. «Tenemos que reunirnos con...» «Hemos de atender a...» El aumento de tiempo de ocio por la progresiva reducción de las estrictas jornadas laborales se ve devorado por un sinnúmero de obligaciones extra-laborales, por una agitación que el hombre, sumergido en esta sociedad, no es capaz de sacudirse.

Otra de las frases distintivas de este último tercio del siglo XX es: «No hay tiempo para nada.» Revela la presencia de un nuevo factor anulador del equilibrio personal: la *prisa*.

Es muy difícil precisar en qué pueda consistir esencialmente esta prisa que acompaña al hombre de la civilización industrial. El ser humano, dialogante con el mundo exterior y consigo mismo a través de las coordenadas espacio y tiempo, ha asistido, sobre todo en los últimos años, a una transformación rápida del espacio subjetivo al conseguir una aceleración en el dominio sobre el espacio objetivo. Quizá sea ésta una de las razones de su desequilibrio personal. La conquista, merced a la velocidad, de un espacio objetivo le ha llevado a una exigencia de velocidad dentro de sí mismo. El hombre alcanza a ver más cosas en menos tiempo y ha sentido la necesidad de realizar él más cosas también en menos tiempo. Puede que aquí esté una de las causas de la moderna prisa. Las consecuencias psicológicas de esta prisa que implacablemente excita al hombre de nuestro tiempo pueden resumirse en un concepto: agitación.

Se habla de una «aceleración del tiempo de existencia humana». Nadie puede negar que, principalmente en las grandes urbes, se vive vertiginosamente. La aceleración tecnológica, el portentoso acortamiento del tiempo en la fabricación y venta de productos, los cambios cada vez más rápidos en los gestos, modas, dan al mundo que rodea al hombre una imagen de lo dímico. El propio ser humano, embarcado en ese ritmo, se presiente a sí mismo cada vez como más efímero y provisional. Hemos aquí a los hombres, enganchados en el veloz tren de nuestro tiempo, constatando existencialmente, de una manera dolorosa e incontrovertible, las viejas amonestaciones lanzadas desde Heráclito acerca de lo caduco y efímero de la vida humana. Esta sensación de vértigo y caducidad incide sobre el confiado y petulante hombre de nuestro tiempo que, desde la Ilustración, había comenzado a sentirse autosuficiente, espoleado por los grandes hallazgos de la ciencia. Este puede ser otro de los motivos de crisis y desequilibrio.

Para completar un poco el cuadro conviene recordar, aunque sea someramente, otros influjos directos que sobre la persona ejercen el maquinismo, produccionismo, consumismo.

La máquina se ha convertido en rival del hombre. Le ayuda a producir, pero le amenaza con ocupar su puesto laboral. Las industrias más mecanizadas necesitan menos obreros. El hombre, por otra parte, siente celos de la efectividad de la máquina, y se deshumaniza sin quererlo al pretender rivalizar con ella. «Trabaja como una máquina», es el mejor elogio de un obrero cumplidor. La máquina ha convertido al hombre en *pieza*. Esto le ha llevado a una despersonalización en el trabajo. He aquí una de las causas de la íntima desvinculación personal con respecto al mundo laboral, ingrediente activo en el suceso de la ya citada «fuga psicológica».

El antiguo artesano iniciaba su obra, la continuaba, corregía; coronaba su propio trabajo; el objeto elaborado era una pequeña proyección trascendente del propio yo, causa de íntima satisfacción personal. Hoy el obrero (el oficinista, el empleado, incluso el ejecutivo) es pieza del gran engranaje productor; siente una solidaridad laboral (logro positivo), pero no ve su obra acabada, no hay personalización, no hay trascendencia. Esta falta de satisfacción personal lleva al *anonimato* laboral, otra de las grandes quiebras del equilibrio individual.

La participación en los grandes procesos productivos exige más y más especialización en el trabajo. Un obrero pasa días, x días remachando los mismos clavos cada veinte segundos en el mismo borde de un tren industrial que pasa por delante de él; transcurren días, meses, años, en el ejercicio del mismo gesto laboral. Al cabo de la jornada, de miles de jornadas, su personalidad ha de estar resentida, mutilada, por la monotonía de su trabajo. Si a la salida de éste, si en el fin de semana no se repone con alguna actividad que ponga en juego los recursos normales de la personalidad (el pensamiento, la imaginación, el gesto complejo, los reflejos diversos, el esfuerzo físico no automatizado), su personalidad quedará mutilada. Los ocios y distracciones pasivos, generalmente estandarizados, no le liberarán de esta mutilación. La sabiduría humana ha llegado a la luna y sigue su despegue espacial, pero las calles y plazas de nuestras ciudades están repletas de personalidades mutiladas. Y este fenómeno no incide únicamente sobre los obreros. Una mecanógrafa que teclea incansablemente sin cometer una falta y sin enterarse muchas veces de lo que escribe; un empleado en su monótono implacable cometido; un «sabio» (paradójico sustantivo) que repite semana tras semana los mismos bombardeos atómicos en el laboratorio, son diferentes muestras del mismo suceso de la mutilación psicológica que contamina ya todos los estratos de la vida laboral.

Este somero análisis no pretende demostrar que sea peor la vida humana actual que la de hace cuatrocientos o mil años. Se han obtenido grandes progresos; la duración de la existencia humana se ha alargado considerablemente; la ciencia ha descubierto muchos secretos, nuevos recursos. Cada época tiene su: ventajas y sus inconvenientes. En medio de estos progresos, descubrimientos científicos, alejamiento de terribles morbos, prolongación de la vida media, el hombre de hoy es principalmente amenazado con la ruptura de su propio equilibrio personal. Esta puede ser uno de los puntos de diagnóstico antropológico de nuestro tiempo.

III

Ante esta crisis de equilibrio personal, de la cual el hombre del último tercio del siglo XX es relativamente consciente, toda actividad, toda pedagogía o política enfocada a la búsqueda de los factores de desequilibrio y de los remedios frente a ellos, ha de ser bien venida.

Volvamos al hecho deportivo, del cual parte la invitación a estas reflexiones. Vamos a analizar, siempre con la brevedad de la sugerencia ensayística, el papel que el deporte puede jugar en esta coyuntura socio-antropológica.

La primera dificultad, que obliga siempre a detenerse en un elemental análisis conceptual, es la imposibilidad de entender el deporte unívocamente. A la actual altura de la evolución deportiva, nos encontramos con dos hechos sociológicos distintos, dispares, ambos señalados con el término deporte. Por un lado esta la alta competición, el deporte espectacular, sea éste profesionalizado o no lo sea (cosa sociológicamente secundaria). Este es el deporte que conocen las fuerzas informativas, que llena diariamente miles y miles de páginas de prensa, que es transmitido de un continente a otro, que apasiona a favor y en contra. Es el deporte de las actuales olimpiadas y campeonatos mundiales, de las medallas, del sensacionalismo, del deporte de la ciencia y la técnica aplicadas; la próxima olimpiada de Munich ha sido ya denominada «la olimpiada del cerebro electrónico» (La información que se prepara por medio de computadores, caso de que hubiese de ser transmitida por escrito, llenaría 15.000 metros cúbicos de papel.)

Por otro lado está el deporte de pequeña práctica individual o de pequeño grupo, el deporte ajeno a todo sensacionalismo, el que practican, por ejemplo, las personas maduras, ajenas ya a todo afán de triunfalismo.

Son dos hechos sociales netamente diferenciados. Parten de una misma realidad humana, el juego competitivo en forma de ejercicio físico, pero han llegado ya a constituir entidades sociales diversas. No es éste el lugar escogido para un análisis de las disparidades y coincidencias de ambos deportes; basta con recordar este hecho y reconocer que no son realidades que se opongan, que en algunos aspectos pueden complementarse, que la propaganda subconsciente de uno puede invitar a la práctica del otro, pero que también el primero está llegando a acaparar la imagen total del deporte y puede llegarse a creer que éste sea patrimonio de elegidos; tal puede revelar la frase no

infrecuente hoy día de muchachos que, sin tener ningún impedimento orgánico ni funcional, dicen: «Yo no valgo para el deporte», simplemente porque no destacan en cualidades físicas.

Esta meditación va a proseguir centrada en el segundo deporte, el que en realidad fue primero, el deporte práctica individual o de grupo, ajeno al triunfalismo y al estrépito.

Lo primero que ofrece la práctica deportiva es la posibilidad de compensar el desequilibrio entre actividad mental y física. El deporte es ejercitación física; puede convertirse en una de las grandes ocasiones de compensación de los hábitos derivados del moderno sedentarismo.

Si dentro de varios centenares de años el hombre hubiere evolucionado hacia la megalocefalía, quizá las actividades físico-deportivas habrán pasado a ser noticia histórica de una era de subdesarrollo humano. Pero, indudablemente, en los años y lustros próximamente venideros, el hombre arrastrará todavía un organismo de proporciones aún muy cercanas a los cánones griegos, y necesitará hacer funcionar ese aparato locomotor, si no en la lucha por la vida, sí para que no se le convierta en un parásito creador constante de conflictos funcionales.

El deporte activo puede jugar un gran papel en esa puesta al día (*aggiornamento*) del todavía potente aparato locomotor que, paradójicamente, cada vez va siendo más voluminoso. Recordemos la evolución histórica de la estatura humana.

Siempre me ha impresionado la afirmación del filósofo e historiador Carl Diem, quien hace más de quince años diagnosticaba «la realización explosiva del mundo civilizado en forma de estallido deportivo como la protesta viva de nuestras fuerzas animales contra la restricción de movimientos impuesta por el tecnicismo». «Deporte es recuerdo y renovación de cósmicas fuerzas vitales.»

Quizá en el proceso de cerebralización hacia el que, según algunos, camina la humanidad, las energías físicas locomotrices puedan significar un estadio retrógrado. Sin embargo, mientras existan esas posibilidades de ejercicio locomotor y, consecuentemente, necesidad de su funcionamiento, toda facilitación de tal ejercicio será un importante bálsamo antropológico. Este es uno de los singulares papeles que en la sociedad inmediata futura puede jugar el deporte.

Profundizando un poco más e intentando pasar del proceso psicofísico al ya misterioso y casi intransferible mundo de la persona, un conflicto aparece como centro y síntesis de multitud de ellos: la quiebra de la identidad personal. No me refiero ahora a la ruptura de la unidad funcional de la persona, cuyos resultados entran ya en el campo de las esquizofrenias u otras formas de psicosis o neurosis, sino únicamente a esa pérdida de contacto entre el principio y el fin de los propios actos, a la falta de consecuencia entre la unidad de la persona y la conducta atomizada, la aparición, en vez de una conducta personal coherente, de varias conductas inducidas por las singularidades estructurales de la moderna sociedad, los requerimientos consumistas, las modas comercialmente dictadas, etc.

Dejando aparte algunas consideraciones antropológicas más o menos teóricas, existe una constante en el proceso de evolución del individuo que se repite invariablemente como nota dominante desde su nacimiento a su adultez: la afirmación de la propia persona. ¿En qué consiste esta afirmación de la propia persona (afirmación del yo, autoafirmación, distinción del yo...)? Estas y otras expresiones semejantes vienen a definir una condición esencial de la persona que, al igual que las energías físico-químicas del organismo, tiende hacia una máxima integración, hacia una realización cada vez más precisa de la unidad personal, la cual supone una progresiva diferenciación del resto, de lo que no constituye la propia persona. La mayor argumentación a favor de este hecho de personalización es acudir a los especialistas en psicología evolutiva, todos los cuales, de diferentes tendencias y distintas concepciones de la persona, coinciden en detectar en los momentos cruciales del desarrollo del niño y del adolescente, procesos de reacciones señalados con estas significativas expresiones: egocentrismo, egoísmo, egotismo, crisis de originalidad, crisis de independencia, crisis de oposición, negativismo, intereses subjetivos, subjetivación, distinción del yo, afirmación del yo, afirmación de la personalidad, autoerotismo... Estos son conceptos barajados por especialistas como Gesell, Bize, Debesse, Gemelli, Spranger, Mira y López, Garrison, Stone, Piaget, Pichón, Freud, Bergeron, Sandstrém, etc.

He aquí una pequeña muestra del inmenso repertorio de conceptos que los psicólogos de la evolución emplean para señalar los diversos aspectos (intelectuales, emotivos, etc) de una realidad que traspasa axialmente la vida humana,

la cual podríamos intentar acoger en los términos *personalización* o *interiorización*. Algunos de estos psicólogos resumen la evolución o desarrollo del individuo en un doble proceso de interiorización o afirmación de la persona y de exteriorización o contacto con el mundo, los cuales se van alternando cronológicamente. En los procesos de interiorización se manifiestan las clásicamente llamadas crisis, entre las que destacan la de los tres años y la de la pubertad-adolescencia. La personalidad sufre aparentes contradicciones, manifiesta oposición frente al mundo que la rodea, autismo, interiorización. Coinciden estas crisis con la intensificación del crecimiento y transformación orgánica. El individuo se halla entonces menos capacitado para aprender y recibir del mundo que en las otras épocas del desarrollo, pero durante estos períodos se enriquece interiormente, experimenta y conoce mucho de sí mismo; son las épocas de la autoafirmación, de la cohesión de sus propias energías.

Los períodos de exteriorización y contacto con el mundo (entre los que destaca el comprendido entre los ocho a once años) se manifiesta con mayor serenidad interna y con buena receptividad; son los períodos de calma, aptos para los grandes aprendizajes de habilidades y técnicas, para la asimilación de enseñanzas recibidas del exterior.

Con esta alternancia bifásica, la personalidad se adentra en sí misma, se identifica y define por un lado, y por otro se relaciona más y más con el mundo exterior.

De estas importantes coincidencias por parte de los estudiosos de la psicología del desarrollo o psicología evolutiva se desprende la trascendencia que para una correcta vida humana tiene la autonomía de la personalidad. Dicha autonomía no ha de entenderse necesariamente como antisocial, individualista y egoísta, sino como síntoma de un buen desarrollo de la persona. Manifestación de esta integridad y autonomía personal es la coherencia de la propia conducta, la lógica entre las acciones de una misma persona.

Frente a esa coherencia e interacción se instauran las conductas que llevan al individuo al anonimato, no solamente al hecho de que sea ignorado por la gran sociedad, sino a que llegue a ser ignorado como persona, como individuo significativo por sus más allegados y por sí mismo. Tal sucede a quienes se convierten en simples repetidores de frases, posturas, hábitos, a los componentes de las hoy tan frecuentes conductas estandarizadas. El anonimato es la amplia, descendente y cómoda rampa que aleja al individuo de la *autonomía* personal.

Por ello se hace urgente la promoción de toda práctica y todo método pedagógico que estimule la coherencia y definición de la propia personalidad.

La práctica deportiva es una de estas fórmulas saturadas de humanismo aplicadas a nuestro tiempo. En cualquier jugada deportiva el individuo se siente protagonista. El manejo de un balón con las manos, con los pies, tiene mucho de acción artesana, en la cual una técnica se introduce, pero donde la acción personal siempre tiene algo nuevo, algo de creación. Incluso en las modalidades deportivas llamadas individuales (natación, atletismo, etc.), donde hay que repetir con mucha más reiteración los mismos gestos, queda amplio terreno a la improvisación o inspiración personal; un nadador puede tomar la decisión de intensificar el ritmo en un momento de la carrera, debe estudiar y vigilar al adversario, responder a cualquier incitación del otro; hay algo de creación personal, aun cuando sea en menor proporción que en las modalidades deportivas de juego en equipo.

El juego en equipo deportivo brinda además singulares posibilidades. Existe en él un contacto social característico de los grupos primarios. Todos los componentes colaboran en la consecución de unos mismos objetivos: la victoria, un buen resultado. La acción se realiza en coordinación. Tanto mejor resultado se obtendrá cuanto mayor complementación de acciones exista. Hoy no se concibe una jugada de baloncesto, balonmano, hockey... sin participación de varios componentes del equipo. La genialidad individual no está descartada, pero siempre como remate o arranque improvisado de una acción coordinada. Aquí radica la especial virtud de personalidad social que existe en el juego deportivo de equipo. Se fomenta la colaboración social, pero sin anular las características personales.

Uno de los más pavorosos problemas del moderno proceso de socialización está en que el avance de los logros sociales, de la conciencia social, etc., generalmente se ha producido acompañado de la anulación de la personalidad individual. Los pueblos vanguardistas en proceso de socialización, aquellos que precisamente han dado un gran salto por la vía revolucionaria o sangrienta, ofrecen dentro de sus estructuras progresistas, los cuadros típicos de anulación de la personalidad. Estas realidades han llevado incluso a buscar las filosofías justificadoras, al extremo que el individuo humano ha dejado de ser el centro de la vida social para convertirse en ingrediente, componente,

parte secundaria de un todo absoluto. Ello conduce a uno de los mayores problemas de desequilibrio personal, el arraigo en la permanente angustia de la no-realización. Aun en las más extremas teorías funcionalistas, mecanicistas, conductistas (desde W. James hasta G. L. Hull, pasando por Dewey, Watson, Tolman, Hunter, Skinner, etc.) que intentan explicar la personalidad humana como un complejo de comportamientos a nivel de estímulo-respuesta, aparece en primer término al menos la concentración energética que polariza esos intercambios, la personalidad funcional que no ha podido ser desbaratada por el más enérgico mecanicismo. La realidad de esa simple *concentración* funcional energética no podría ser menospreciada en un proceso de reestructuración social; siempre se trabajaría sobre las unidades funcionales energéticas cuyas leyes internas y cuya relevancia habría que respetar, ya que esas entidades siempre constituirán una primaria unidad.

La humanidad ha progresado en un indudable proceso de socialización del individuo. Desde la clásica definición de persona hecha por Boecio, *rationalis naturae individua substantia* (la substancia individual de una naturaleza racional), en la que no se tiene en cuenta para nada la relación del individuo con el mundo que le rodea, hasta las modernas definiciones de persona o personalidad: «El yo de un individuo en tanto es objeto de experiencia y en tanto es estimado por otro sujeto que le contempla» (Dunlap); «la organización dinámica en el individuo de sus sistemas psico-físicos que determinan su *adaptación* específica al ambiente» (Allport), etc., se patentiza un enorme progreso en el entendimiento social de la persona. Hoy se considera incorrecta toda definición de la personalidad que no haga referencia directa a la relación del individuo con el entorno, con la sociedad.

Sin embargo, situados ante el panorama de la mecanización, de la masificación, anonimato, urge el grito de alerta a favor de la defensa de la persona individual, centro de toda sociedad. Tras el proceso histórico-cultural de *socialización* de la persona, hay que recurrir hoy día al de *personalización* de la sociedad. Una verdadera sociedad humana es la constituida por hombres íntegros, con su personalidad e individualidad intactas, no la disciplinadamente amasada con seres psicológicamente castrados. Los hombres mermados en sus más íntimos valores de individualidad e identidad, nunca constituirán verdadera sociedad, sino manada, rebaño.

Es menester poner en juego todos los elementos culturales y pedagógicos que estén a mano en esta tarea de defensa de la integridad personal. Teatro, expresión corporal, música, danza, etcétera, están llamados a jugar un papel de primer orden en la reeducación personal para la sociedad. Frente al intelectualismo reinante en la pedagogía occidental clásica, estos otros elementos de contacto primario con el grupo, pero que otorgan al individuo las fruiciones de su propio y cabal comportamiento personal, deben pasar al primer plano en los sistemas pedagógicos. Entre ellos está el deporte activo, donde el individuo se experimenta a sí mismo como co-protagonista de la acción. Actúa la persona íntima, y actúa en vinculación social primaria.

Junto a esta co-protagonización, la acción deportiva permite poner en juego los recursos completos de la personalidad frente a la mutilación psicológica derivada de la súper-especialización laboral. Frente a la mutilación psicológica derivada de la repetición y empobrecimiento del gesto típico de la sociedad pos-industrial, cualquier jugada deportiva obliga a una rápida elección entre muy diversas posibilidades; con el balón de fútbol en el pie, un jugador puede retenerlo, pararlo, correr, pasar al compañero, intentar el regate al contrario, «chutar», etc. En breves instantes, según las circunstancias de contrarios y compañeros que le rodean, debe decidir y ejecutar. He aquí un esquema completo de acciones humanas dirigidas por los centros superiores y ejecutadas con el uso normal y complejo de facultades físicas. En la más simple realización de una excursión deportiva es menester elegir, planear, organizar, buscar medios, ponerse en marcha, encontrar dificultades, resolver problemas, salir adelante, fracasar..., es una puesta en juego de los recursos normales de la personalidad. Cualquier otro suceso deportivo presenta iguales o semejantes esquemas de acción.

Es en el moderno deporte de alta competición donde empiezan a sufrir variación algunos de estos esquemas. Ya hemos indicado cómo dicho deporte puede y debe ser considerado como un hecho social distinto del deporte-práctica. Pero, dado el influjo que ejerce dicho deporte de alta competición en el otro, dada la fuerza propagandística que ha adquirido, es menester tener en cuenta ciertas derivaciones en la conducta o actitud personal deportiva que de él pueden provenir.

En la súper-especialización deportiva está uno de los gérmenes letales del propio deporte o, si se quiere, del deporte como pedagogía. El deporte-espectáculo ha obtenido en la moderna sociedad un éxito que ninguna otra actividad humana ha podido tan fácilmente apuntarse. Toda clase de intereses económicos, empresariales, políticos, etc., han seguido tras él. El deporte, como el arte o la ciencia, traspasa además fronteras política-mente cerradas, llega a

todas partes, es uno de los modos de diálogo internacional más fácil y de más éxito. En esta universalización está su peligro. Convertido ya en una de las fuerzas demo-políticas y dialécticas más relevantes, el deporte se ha erigido en importante instrumento de propaganda. El campeón, que siempre fue producto natural en la espontánea selección de la competición deportiva, es buscado hoy con avidez e incluso «fabricado» por los dirigentes. Un hombre capaz de conseguir una medalla olímpica es una fuerza política que hay que cultivar. Tres mil periodistas de todo el mundo hablarán de él y de su país; podrá ser símbolo del progreso de su nación y del sistema socio-político correspondiente. Esta búsqueda de campeones lleva consigo la instauración de nuevas estructuras, la organización de competiciones deportivas especialmente adaptadas, la inversión de los medios económicos en una dirección determinada; y, ya de cara al deportista, el fomento de los súper-especialistas, singularmente estimulados con bolsas, becas y regalos. Todo esto no pasaría de ser la instauración de una nueva clase profesional si no tuviera directa repercusión en la masa de deportistas, a los cuales llega reiteradamente una nueva imagen del deporte que ha de influir necesariamente en su propio comportamiento. Por esta vía, el deporte puede perder uno de sus mayores valores humanísticos, la capacidad de que el hombre se sienta persona en el libre y espontáneo juego de sus recursos de acción. La súper-especialización deportiva, lógica consecuencia del gran deporte-espectáculo, se convierte así en elemento peligroso para el deporte-pedagogía.

¿Ha de ser, por ello, rechazado el gran deporte de alta competición? No olvidemos los interesantes valores socio-políticos que comporta, su capacidad para el *diálogo* internacional y para la desaparición de barreras y prejuicios entre los pueblos, es menester aceptar y, probablemente, *fomentar* esta sólida realidad humana de nuestro tiempo. Pero conviene conocerla en su grandeza y en sus peligros. Este deporte grandioso influye poderosamente en la práctica deportiva a todos los niveles, y con ello está amenazada de perder sus principales valores humanísticos, el esfuerzo frente a la laxitud, la protagonización frente al anonimato, la integridad de acción frente a la mutilación, la individualización personalizadora frente a la estandarización, el diálogo social frente a la separación de grupos y castas.

El carácter competitivo del deporte es señalado por algunos como componente excitador, nada favorable en una época necesitada de paz. Se podría preguntar: ¿sería capaz el hombre de desarraigar su sentido competitivo de la vida? Hoy, hasta la ciencia se desarrolla estimulada por alicientes competitivos; su más espectacular logro, la conquista espacial, es una muestra de apasionante competición que, por debajo y como fundamento de una concreta e histórica rivalidad política, se asienta sobre un eminente y sustancial modo competitivo de ser que tiene el hombre, cuya agresividad, si le llevó a terribles guerras en la historia, también le impulsó a grandiosos descubrimientos científicos. El hombre no podría dejar de ser competidor. Lo importante es que esa competición, desde las formas terriblemente agresivas y sangrientas, sea llevada al diálogo pacífico y fecundo, a la convivencia, al juego.

Para ello sirve también el deporte, realidad eminentemente competitiva, pero que primariamente es juego. De esta oxigenadora condición jamás deberla ser apartado. Con ella mantendrá sus máximas garantías humanísticas, las que le pueden convertir verdaderamente en un positivo elemento para la recuperación del equilibrio del hombre de nuestro tiempo.

OCIO Y DEPORTE EN NUESTRO TIEMPO

Un análisis de la sociedad presente, variadísima en sus niveles culturales, tradiciones geográficas, índices económicos, etcétera, nos ofrece una tendencia unánime en la progresiva valoración del tiempo de ocio.

Casi podríamos decir que tenemos nuestra vida organizada partiendo de los grandes ocios anuales. Cuando se está acabando un veraneo ya se planea la forma de pasar las próximas navidades o el *veraneo* siguiente. Más aún, la vida de trabajo, las obligaciones laborales son organizadas tanto cuanto sea posible en función de las vacaciones. Estas, fuera de los profesionales muy independientes (pequeña minoría) se supeditan cronológicamente a los esquemas laborales supra-individuales; pero a nivel espiritual, íntimo, personal o familiar, el dilatado espacio cronológico del trabajo obligatorio se concibe en función de los reducidos, pero inspiradores tiempos vacacionales.

Hoy, comienzos de la década 70-80, como se está comprobando profusamente mediante prospecciones sociológicas, se trabaja simplemente para poder vivir. Cada vez trabaja más gente. Pero frente a los optimismos de las utopías laborales y los *slogans* sobre la alegría en el trabajo, el individuo trabaja para garantizarse a sí mismo la subsistencia y unos posibles huecos para el disfrute, para el descanso, las evasiones, las posibilidades de vacar, de «deportarse». Los esfuerzos de sociólogos, psicólogos industriales y laborales, empresarios, políticos, por vincular espiritualmente a los trabajadores a su tarea y empresa, dan sólo resultados superficiales. La «fuga psicológica», que el sociólogo Del Vescovo ha analizado con sagacidad, es una permanente y creciente realidad en la vida de nuestro tiempo condicionada por las estructuras de la industrialización. Se trata de una escisión entre *trabajo* (mecanización, pasividad, obediencia a la máquina o a las estructuras de ella derivadas, anónimo, despersonalización) y *necesidades*, personales y familiares, espirituales y materiales, aunque dichas necesidades hayan de satisfacerse gracias al dinero ganado en el trabajo. Dicha escisión coloca fuera del trabajo el centro más auténtico y más genuino de los *intereses humanos* del trabajador y halla en el tiempo-libre las ocasiones más propicias para su desarrollo y satisfacción. Dicha fuga psicológica no significa solamente fuga espiritual del trabajo y refugio en el tiempo-libre; implica automáticamente, por su dinámica intrínseca, una *conversión*, la más intensa posible, de la ocupación laboral al tiempo-libre, de la fatiga al reposo o al ocio, de la atención y la tensión a la distensión y relajamiento, del esfuerzo a la laxitud, del afán de la responsabilidad y disciplina hacia la *vacatio legis*¹.

En el descubrimiento del ocio como tiempo eminentemente personal, es decir, opcionalmente integrador e identificador de la persona, radica posiblemente el sentido de esa nueva era o modo de entender la postura del hombre en relación con las estructuras de intercomunicación con el tiempo que pasa y ha de ser jalonado, con el *habitat* en que se desenvuelve, la cual fue descrita hace ya varios años por el sociólogo Dumazedier como «civilización del ocio».

El concepto ocio, que desde la consideración de simple hueco o pausa está adquiriendo el prestigio de asiento espiritual de la vida del hombre contemporáneo (podríamos hablar en un sentido dinámico de civilización *ociótropa*), presenta hoy diversas y vastas acepciones. Sociólogos, psicólogos, pedagogos, políticos, intentan concretarlo y definirlo, pero cada cual lo entiende a su manera. Cada vez se habla más del ocio y del tiempo-libre. Han surgido clubs «tiempo-libre», agrupaciones «ocio cultural», etc. La conciencia de renovar viejas estructuras pedagógicas y culturales halla en el ocio y en el tiempo-libre una panacea, pero todavía en el terreno de la esperanza y la utopía. Estamos en período de gran hallazgo, pero todavía de cierta confusión. Por ello es menester precisar, situar lindes y delimitar terrenos.

No es objetivo nuestro analizar las diversas significaciones y posibles aplicaciones de estos conceptos, sino tomar con precisión uno de los entendimientos del ocio y del tiempo-libre y buscar concretas aplicaciones educativas. Nos ceñiremos a la búsqueda de alguna claridad en el terreno que podríamos denominar *ocio deportivo para nuestro tiempo*.

I

Existen dos conceptos que siempre han estado emparentados, pero que, hoy sobre todo, debido a un moderno encuadramiento psico-sociológico, tienen acepciones casi idénticas. Son el *ocio* y el *tiempo-libre*.

¹ DEL VESCOVO. *El deporte como diversión de los trabajadores* (problemas sociológicos y psicológicos) en *Psicología dello sport* (actas del primer congreso internacional de psicología del deporte) Roma, 1965.

¿Qué es el ocio? Nada mejor para centrar la respuesta que acudir a la sanción lingüística de la Real Academia Española. En la última edición de su diccionario oficial (1970) enuncia:

1. Cesación del trabajo, inacción o total omisión de la actividad.
2. Diversión u ocupación reposada, especialmente en obras de ingenio, porque éstas se toman regularmente por descanso de otras tareas.
3. Obras de ingenio que uno forma en los ratos que le dejan libres sus principales ocupaciones.

Las tres acepciones registradas concretan dos actitudes: una pasiva (primera) y otra activa (segunda y tercera). La acepción pasiva, inacción o cesación de actividad, es la permanencia del antiguo significado del ocio. El *Diccionario de autoridades*, de 1737, señalaba directamente una sola acepción: «cesación del trabajo, inacción o total omisión de hacer alguna cosa». El diccionario de la Real Academia de 1884 introduce ya, por primera vez, la acepción activa. Así, en segundo lugar, define el ocio como «diversión u ocupación quieta, especialmente en obras de ingenio, porque estas se toman regularmente por descanso de mayores tareas». Como puede comprobarse, el adjetivo «quieta» ha sido sustituido en la moderna acepción activa de 1970 por «reposada». La segunda y tercera acepciones reflejadas modernamente revelan la incorporación de un sentido activo al mundo de posibilidades expresadas con la palabra ocio. Es un fenómeno igualmente manifestado en diversas lenguas. Dumazedier apunta la evolución citando el diccionario *Litttré* de 1869, en el que se asigna al ocio «el tiempo que queda disponible después de las ocupaciones». Hay que esperar a 1930, dice el citado autor, para que Augé, en su diccionario, añada un nuevo significado: distracciones y ocupaciones a las que las personas se consagran voluntariamente durante el tiempo no absorbido por el trabajo ordinario².

En castellano el término ocio ha estado cargado de desprestigio, al recibir la herencia significativamente viciosa de la *ociosidad* («madre de todos los vicios»). Todavía la Real Academia conserva como primordial esta acepción de ociosidad: «1. Vicio de no trabajar, perder el tiempo o gastarlo inútilmente. 2. Efecto del ocio, como son problemas ociosos, juegos y otras diversiones».

Algo semejante a lo que sucedió a la palabra ocio ha sucedido a la expresión tiempo-libre. Antes no expresaba más que la simple significación directa de los dos términos. Era un tiempo no ocupado: lo que quedaba libre después de las ocupaciones. Hoy tiempo-libre es algo más. Ha adquirido un matiz activo, una entidad positiva, con significación muy cercana al moderno concepto del ocio.

Resumiendo este planteamiento, podríamos situar comparativamente ociosidad, ocio y tiempo-libre. La primera es pasividad, vacío de actividad, laxitud física y espiritual. El segundo es simplemente cesación del trabajo obligatorio, con o sin ocupación suplementaria. Una de las formas posibles de ocio es, consecuentemente, la ociosidad. Ambos se diferencian del tiempo-libre en que éste, en rigor lingüístico, señala la simple disponibilidad, mientras que ocio (una de cuyas maneras puede ser la ociosidad) es como una toma de posición disfrutadora de esa disponibilidad. Ocio viene a ser una subjetivación del tiempo-libre. En el ocio caben tanto la inactiva pasividad como la actividad u «ocupación felicitaría», aceptando la afortunada expresión de Ortega. Es precisamente esta segunda dimensión, la activa, la que da al ocio en nuestro tiempo un valor positivo, protagonista. En esta «ociosificación» ocupacional del tiempo-libre, ambos —ocio y tiempo-libre— se fusionan en una nueva realidad, plena de dimensión y significado, vehículo positivo de actividad humana, consistente y dinámica, apta para el desfile de la cultura; ocio y tiempo-libre en nuestro tiempo han adquirido casi volumen físico, semejan a una antigua calzada romana o una autopista de nuestro tiempo. Ambos son casi indistintamente usados por las lenguas más representativas de la cultura occidental (*loisir*, *leisure*, *Freizeit*, etc.).

Dumazedier define el ocio como «un conjunto de ocupaciones a las que el individuo puede dedicarse voluntariamente, sea para descansar o para divertirse, o para desarrollar su información o su formación desinteresada, su voluntaria participación social o su libre capacidad creadora, cuando se ha liberado de sus ocupaciones profesionales, familiares y sociales»³.

² Las definiciones se refieren al término francés *loisir*, sobre cuya traducción al español, ver en este mismo trabajo nota siguiente.

³ Conviene hacer notar que se define el término francés *loisir* cuya traducción al castellano ocio no es plenamente coincidente. *Loisir* es algo más extenso que ocio; pero no parece existir en castellano otra palabra más equivalente; precisamente por la inexistencia de tal palabra, en España se fluctúa entre ocio (cargado aún de desprestigio laboral) y *tiempo-libre*. La

Más que una definición, dada su longitud, es una enunciación yuxtapuesta de ciertas características sustanciales.

El ocio sigue siendo hoy día descanso, pausa, inacción, ociosidad, pero, entendido como moderno hallazgo y encartación sociológica, el ocio organizable, medible, aprovechable, es más bien ocupación.

Podríamos escindir el ocio en dos grandes direcciones: la clásica⁴, como inactividad u ociosidad. La moderna, como actividad u ocupación.

Nos limitaremos en este trabajo a estudiar el ocio en esta segunda acepción. Entre otras posibles y análogas definiciones, partiremos de la citada de Dumazedier, la cual precisa positivamente el tema de que se trata (*quid sit*), el ámbito o ámbitos que quedan al margen (*quid non sit*) y los objetivos o fines.

Se trata de un conjunto de ocupaciones voluntarias.

No se trata de obligaciones profesionales, familiares y sociales.

Tiene como fines, objetivos o, si se quiere, resultados, el *descanso*, la *diversión*, la *formación* o información, la *participación social* y el *desarrollo de la capacidad creadora*.

Como salta a primera vista, el campo de actividades designadas por el ocio es amplísimo, abierto a múltiples y heterogéneas realidades. Por ello, más que hablar de concepto definido, se puede hablar de concepto netamente concretado por un talante, una dirección que señala uno de los dos grandes modos en que podemos netamente dividir el tiempo en que transcurre nuestra vida activa: el de la *obligación que preocupa* (laboral, familiar, social...); el de la *ocupación que no preocupa por no ser obligada*. Este segundo es ocio.

Señala, pues, un campo inmenso de la actividad humana que, ciertamente, *no es*:

- Ni trabajo profesional.
- Ni obligación laboral.
- Ni ocupaciones con las que buscar complementos económicos.
- Ni responsabilidad familiar.
- Ni ocupación doméstica ineludible.
- Ni actividad necesaria de conservación (comida, sueño, aseo, etc.).
- Ni ceremonial social o familiar establecido y aceptado...

Tal es el ocio de nuestro tiempo.

Pintura, música, escultura, coleccionismo, deporte, lectura, tertulias, aficiones manuales domésticas (*bricolage*), excursionismo, teatro, mimo, aficiones personales, *hobbies*, etc. Parece que la vida entera cabe en el ocio. En efecto, prácticamente todas las actividades humanas caben en el ocio. Pero para que ellas sean ocio necesitan partir de una actitud. Ese talante, actitud o disposición que, si no fuese por su viejo desprestigio significativo, calificaríamos con el adjetivo de ocioso, es lo que constituye el sustantivo ocio.

El término que señala en las diversas lenguas occidentales el período entre temporadas obligatorias de trabajo o estudios ha adquirido mayor significación en la presente organización personal de nuestra vida. Por ello, no será baldío un ligero recuerdo semántico referido a él. *Vacación* es: 1, suspensión de los negocios o estudios por algún tiempo (usado más en plural); 2, tiempo que dura la cesación del trabajo (id.)⁵.

Como se comprueba por la primera acepción oficialmente aceptada, *vacación* es la suspensión del negocio, es decir, en cierto modo, la negación de la negación del ocio, o sea, que viene a coincidir, en su primera acepción, con ocio.

resonancia significativa resultante de la conjunción de estos dos términos —ocio y tiempo libre— vendría a equivaler con más precisión al francés *loisir*.

⁴ El calificativo «clásica» no se usa aquí en el sentido de literatura clásica antigua. Precisamente Virgilio alude al *otium* como cierto modo de actividad cultural.

⁵ Diccionario de la Lengua Española. Real Academia Española, 1970.

Vacación es el ocio temporal, el tiempo de ocio, el ocio como disponibilidad frente a la obligación impuesta. Deriva del latín *vacare*, que significa precisamente «estar ocioso», «estar libre o vacío».

Otra palabra estrechamente emparentada a las citadas es *diversión*, «acción o efecto de divertir o divertirse», es decir: 1, apartar, alejar, desviar; 2, entretener, recrear⁶. Es derivado del latín *divertere*: apartarse, y, consecuentemente, distraerse.

De continuar en esta línea de recuerdo semántico, que no es lo específicamente trazado en el presente trabajo, hallaríamos la homogénea constelación de significaciones que, directamente emparentadas con los conceptos ocio y tiempo-libre, constituyen palabras tan expresivas como *distracción*, *pasatiempo*, *entretenimiento* e incluso *recreo*, *solaz*, *esparcimiento*.

La palabra *deporte*, avanzada ya la segunda mitad del siglo XX, evoca realidades humanas y sociales muy diferentes.

En cierto ensayo hice referencia a una anécdota sucedida con un trabajador medio de una ciudad española. Al ser interrogado por su condición de deportista respondió: «Sí, soy *buen deportista*. Soy socio del club de fútbol x de primera división, y tengo abono para toda la temporada, no perdiéndome un partido. Tampoco me pierdo un partido de fútbol por la “tele”.» «Tu amigo fulano —se le añadió—, ¿es un buen deportista?» «Sí, es un *gran deportista*; va todos los fines de semana a la montaña a hacer escalada. Es un gran alpinista.»

He aquí señaladas con un mismo término —deportista— nos realidades humanas tan alejadas, dos hábitos sociales tan dispares: sentarse cómodamente a presenciar un espectáculo y esforzarse física y espiritualmente en superar obstáculos naturales. Pero nadie juzgará incorrecta la respuesta del buen hombre; ambas costumbres son deportivas en el sentido moderno de la expresión. Deporte es esfuerzo, afán de superación, lucha contra obstáculos, tal cual lo ejecuta el alpinista o cualquier otro aficionado activo. Deporte es también espectáculo agonístico, ambiente competitivo. Deportista es toda persona que participa de alguna manera en el suceso deportivo. En el actual entendimiento y realidad del deporte, ambos son deportistas; distanciados, pero lo son.

Esta anécdota nos sumerge de lleno en la enorme problemática del hecho deportivo contemporáneo. Deporte significa juego, competición, ejercicio físico. Pero también señala, hace referencia a:

- Superación de sí mismo.
- Educación corporal.
- Función higiénica.
- Expresión estética.
- Espíritu y organización competitiva.
- Rivalidad.
- Esparcimiento.
- Diálogo social.
- Dinámica de grupo.
- Técnica.
- Ciencia.
- Estructura socio-económica
- Empresa.
- Instrumento político.
- Gran espectáculo.
- Profesión.
- Experiencia hedonística.

Atendiendo a círculos especializados, evoca y realiza funciones de:

- Readaptación.

⁶ *Ibidem*

- Salvamento.
- Psicoterapia.
- Terapia de grupo.

Vista la vinculación que el deporte tiene con tan variados aspectos de la vida humana y de la relación social, es múltiple el enfoque que puede darse a su estudio; y asimismo, se puede acceder a él usando para la investigación herramientas científicas x culturales de muy diverso tamaño. En este estudio interesa analizar el deporte como posibilidad de ocio, el cual comporta a su vez una doble atención:

1. El deporte en cuanto ocio, es decir, el componente ocioso que puede tener todo deporte.
2. Las prácticas deportivas como posibilidades de ocupar el ocio.

II

En los comienzos mismos de la palabra deporte aparece su significación ociosa.

Nadie duda de la raíz latina de este término, pero ha existido bastante confusión, de la que hemos participado casi todos los apasionados por el tema, sin esclarecer con valerosa documentación las recónditas fuentes (y en cuya danza incurren culturalistas tan eminentes como Ortega y Carl Diem), hasta que Miguel Piernavieja elaboró su riguroso estudio «*Depuerto*», «*deporte*». *Protohistoria de una palabra*⁷. En él se sumerge el autor en el estudio directo de los documentos medievales y cataloga todas las primitivas formas ortográficas de este concepto. El trabajo se ciñe a los idiomas provenzal, antiguo castellano, antiguo catalán y antiguo francés. Prácticamente se puede asegurar que alcanza a los verdaderos orígenes de la palabra, ya que los estudios de sus fuentes en Alemania e Inglaterra (Groll, Diem, Amsler, etc.) unánimemente aceptan su paternidad mediterráneo-occidental.

Aunque no sea objetivo de este trabajo la prospección filológica, resultará elocuente el transcribir los **cuadros 1** resumen del citado estudio de Piernavieja en los que se recogen las formas lingüísticas y el significado textual de cada una desde sus orígenes:

Deporte (depuerto, deport, deportar, etc.) se concretó en los idiomas romances, en los siglos XII y XIII, como una palabra que significaba ante todo diversión. También señalaba una marcada tendencia a ejercicio físico. Otras significaciones más o menos cercanas (pausa, juego amoroso, burla, diversión obscena) completan el **cuadro 2** semántico:

Por consiguiente, deporte significó, ante todo, ya desde sus orígenes, *diversión*. Estos conceptos, compuestos por un verbo dinámico que significa «dirección hacia» y un afijo que expresa negación o más bien separación (di-versión, dis-tracción, etc.), apuntan como elemental intuición la dicotomía en el cúmulo de actividades en que puede escindirse la vida, la doble versión de uno en sus actividades: la obligatoria y onerosa, por un lado; por otro, la espontánea, recreativa y liberadora.

El *Diccionario de Autoridades*, anteriormente citado, define ya deporte: «diversión, holgura, passatiempo. Es compuesto de la preposición De y la voz Porte: y como ésta signifique el trabajo de portear o passar las cosas de unos paráges a otros, puede ser se dixesse Deporte para explicar se deponía absolutamente todo lo que era cuidado y fatiga para divertirse mejor.»

El significado, profundamente *ocioso*, del deporte está patente en esta aclaración del *Diccionario de Autoridades*. No es casual este entendimiento, ya que ilustres autores de la época y anteriores lo emplean ya en el mismo sentido. El historiador padre Mariana, en su *Historiae de rebus Hispaniae*, edición castellana de 1601 dice: «Goberné este capitán las cosas de los moros por espacio de veinte y cinco años por su rey, que vivía *ocioso* sin cuidar más que de sus *deportes*.»

No es menester prolongarse más con citas, dada la fuerza indiscutible de las ya aducidas y dado que el objetivo de este trabajo no es cantar la alcornia «ociosa» del deporte, sino, sobre todo, de constatar si nuestro deporte contemporáneo mantiene un componente verdaderamente ocioso.

⁷ Citins, Altius, Fortius, Madrid 1967.

Si acudiésemos a los diccionarios contemporáneos, en general nos topáramos con la permanencia de la acepción lúdica, recreativa, a la que se han ido adhiriendo otras diversas. En la recurrencia a las autoridades en la materia, se observa un parecido fenómeno⁸. Sin embargo, ya en la década 60-70, algunos eminentes estudiosos llegan a prescindir del elemento lúdico para la enunciación de las cualidades esenciales al deporte. Michel Bouet publica ya en 1963 un trabajo titulado *Juego y deporte*⁹ en el que, captando las nuevas direcciones que ha tomado el deporte a nivel internacional, acepta su alejamiento del juego. Deporte y juego son cosas distintas. «Parece que muchos autores interpretan y definen el deporte a través del juego —dice Bouet— recogiendo una actual corriente que tiende a inflar considerablemente el ámbito del juego. Asimismo, se han propuesto transferir pura y simplemente al deporte lo que es propio del juego, como llave para comprender el deporte. Esta llave no creo que sea apta para abrir las puertas del estadio.»

Este autor, que pocos años después publicaría una de las más importantes obras teóricas sobre el deporte¹⁰, argumenta con vigor en favor de este alejamiento del deporte con respecto al juego, partiendo, como ya se ha indicado, de las realidades sociales y psicológicas del deporte de nuestro tiempo.

En la misma línea está la definición que al BIDI (*Bureau International de Documentation et d'Information* del Consejo Internacional de Educación Física y Deportes de la UNESCO), en reunión sobre terminología que tuvo lugar en Bucarets en 1969, daba al deporte: «Actividad humana significativa que se manifiesta y se concreta en la práctica de los ejercicios físicos, bajo forma competitiva.» Dicha definición es el resultado de una labor realizada por un equipo de especialistas, los cuales trabajaron sobre un documento base cuya transcripción puede servir de aclaración: «Deporte es actividad específica de competición (emulación) en la que se valora intensamente la práctica de ejercicios físicos con vistas a la obtención por parte del individuo del perfeccionamiento de las posibilidades morfofuncionales y psíquicas, concretadas en un record, en la superación de si mismo o de un adversario.»

Tal definición puede ser aceptada, rechazada o discutida; pero, fuere cual fuere la postura de cada estudioso del deporte, es menester reconocer una realidad creciente en su evolución contemporánea: el deporte, sobre todo el oficial, está sufriendo lo que podríamos llamar un proceso de «desludificación». Cada vez es menos juego.

Ciertamente, el deporte oficial no es todo el deporte existente. Pero la referencia al deporte oficial no alude solamente al estatal, sino, en general, al deporte organizado más allá del simple club particular. Incluso en el deporte espontáneo, individual o de pequeño grupo, influye poderosamente la dirección del llamado deporte oficial. Toda información llegada por una u otra vía (televisión, radio, prensa, etc.) viene cada vez más cargada de estas características alúdicas del deporte. Tal información influye decisivamente en la elemental estructuración y entendimiento del deporte-esparcimiento personal o de pequeño grupo.

El *antiguo* «divertimiento en forma de ejercicios físicos», «diversión o pasatiempo», «ocioso por sus deportes» corre el peligro de convertirse en *arcaico*, por falta de uso, de adecuación a la realidad contemporánea.

Tal arcaización o fosilización del componente lúdico del deporte es asunto que queda todavía por demostrar. Es natural que muchos estudiosos no se avengan a aceptarlo, pese a la autoridad de los elaboradores de la citada definición y otras semejantes¹¹. Sin embargo, es conveniente respetar y contar con ese tipo de documentos recogidos por los organismos oficialmente constituidos y elaborados por eminentes especialistas. La aceptación de

⁸ Para quien desee detenerse en el repaso de definiciones sobre el deporte, se ofrece un resumen en *Deporte, pedagogía y humanismo*, de J. M. CAGIGAL, Madrid 1966, pp. 44-47.

⁹ Michel BOUET, *Jeu et Sport* en *L'Homme-Sain*, enero 1963, pp. 25-32.

¹⁰ Michel BOUET, *Signification du Sport*. Paris, Editions Universitaires 1968.

¹¹ Personalmente, hace ya años (*Hombres y deporte*, Madrid, Taurus 1.957), expuse la siguiente definición del deporte: «Diversión liberal, espontánea, desinteresada, expansión del espíritu y del cuerpo, generalmente en forma de lucha, por medio de ejercicios físicos, más o menos sometidos a reglas.» Como puede comprobarse, el primer predicado, es decir el centro predicamental de la definición es la diversión entendida en su sentido lúdico. No creo que la realidad extra-lúdica del deporte de los últimos años sea tan vigorosa que haya hecho desaparecer por completo el carácter de juego que el deporte siempre tuvo. Pero acepto una importante evolución que me aconseja renunciar a todo tipo de definición que suene a género próximo y diferencia específica, para adoptar la más cómoda y menos comprometida postura de enunciar simplemente ciertas características del deporte. Este podría ser una *actividad humana que trasciende netamente la vida social, en la que generalmente convergen competición, ejercicio físico, superación, actitud lúdica, espectacularidad*.

tales principios, después de hechas a tiempo las sugerencias, es una de las garantías de progreso a nivel internacional. La lucidez de lucubraciones personales podrá dar más trascendentales frutos si se trabaja y monta el esfuerzo a partir de estas convenciones. La desludificación del deporte supondría un giro en su consideración como actividad ociosa. Pero el ocio, el *loisir*, no se reduce al juego, aunque tenga mucho que ver con él. Por ello, incluso un deporte desludificado puede seguir siendo actividad marcadamente ociosa.

Siguiendo en la línea de enunciaciones doctrinales a nivel internacional, pasemos al examen de otro documento elaborado en el seno del mismo Consejo Internacional de la UNESCO. Se titula *Recomendaciones a favor del deporte para todos*.

Es ésta una expresión —deporte-para-todos— nacida como planificación sociológica dentro de la década 60-70, que cobró aceptación a nivel oficial internacional en el Consejo de Cooperación Cultural (Comité de Educación Extraescolar) del Consejo de Europa y posteriormente ha ingresado en las preocupaciones activas del CIEPS de la UNESCO. Se trata de un movimiento marcadamente educativo. Está encuadrado dentro de la preocupación latente en movimientos como *Educación permanente*, *Educación para todos*, *Educación extraescolar*, *mass media* y otros *slogans* semejantes que dominan las preocupaciones de las entidades culturales internacionales en estos últimos años. Tiene muchas coincidencias con el movimiento nacido en 1959 en la Alemania Federal denominado *El segundo camino del deporte*¹².

Ambos brotaron de una preocupación por los derroteros eminentemente espectaculares que iban tomando las competiciones deportivas. Sin enfrentarse a estas realidades, sin pretender desprestigiarlas, estos movimientos intentan llamar la atención sobre la sencilla práctica deportiva a todos los niveles, tanto de vida social como de capacidad física y técnica. Los indudables valores educativos que entraña la práctica deportiva habían sido relegados a planos secundarios por efecto de la alta competición, de las llamadas *performances*¹³. El deporte dominante en el mundo actual es apasionante espectáculo, alucinante carrera hacia logros inimaginables, cúmulo de sensacionalismo; pero su sencilla práctica, la que existe antes de tales logros y sensacionalismos está cargada de virtudes educativas, de efectos equilibrado-res, higiénicos. Existe un llamado «deporte para todos», al cual pueden acceder toda clase de individuos, aunque estén muy lejos de ser superdotados; el deporte, al margen de las grandes competiciones, tiene esta otra vía, apta para todos. He aquí el espíritu de estos dos movimientos.

Transcribimos a continuación algunos de los principios de este documento, presentado en la Asamblea General del CIEPS de la UNESCO en enero de 1971, seguidos de algún comentario alusivo a sus características ociosas: «El deporte-para-todos es uno de los aspectos y a la vez un elemento del desarrollo socio-cultural.» «Medio de ocupación de los tiempos de ocio, el deporte-para-todos:

1. Asegura a cada uno su desarrollo físico y mental, le procura un equilibrio dinámico satisfactorio, la salud.
2. Le ayuda a satisfacer sus necesidades de participación (integración en el medio, ejercicio de responsabilidad), de comunicación (relaciones humanas) y de expresión.
3. Le permite compensar las agresiones (*stress*) de la vida cotidiana.
4. Le permite, finalmente, asumir mejor sus obligaciones profesionales y su tarea social.»

«El deporte-para-todos persigue los objetivos generales de la educación permanente, de la cual forma parte.»

La simple enunciación de estos puntos doctrinales sitúa a este movimiento en el centro de los objetivos, fines o resultados del ocio: desarrollo de la propia formación, participación social.

El documento especifica posteriormente algunas situaciones y consecuencias de la vida de nuestro tiempo a las que se aplica de manera provechosa este entendimiento del deporte: «El medio industrial y urbano multiplica las enfermedades cardiovasculares, las enfermedades nerviosas, la irritación, la laxitud y la tristeza. Y está demostrado que un mínimo de ejercicio físico practicado cotidianamente, un retorno a la naturaleza y un reencuentro práctico con el juego desinteresado son los mejores remedios a la situación descrita.»

¹² Der zweite Weg des Sports.

¹³ Seguimos sin encontrar equivalente castellano a esta palabra.

Se puede observar una antinomia entre estos valores de «juego desinteresado» que otorga el documento al deporte-para-todos y la definición aceptada por un sector del CIEPS, en la que faltaba, como ya ha sido comentado, el factor lúdico.

«Desde el punto de vista social —prosigue el documento— el deporte facilita las relaciones, la vida en grupo, y canaliza la agresividad, la necesidad de confrontación. Despierta la sensibilidad, la creatividad, habitúa al esfuerzo y al respeto de las reglas. Puede ser el vehículo de una mejor comprensión internacional.»

«En los medios de producción, el deporte-para-todos contribuye al mejoramiento del clima social, de las condiciones de higiene, a la prevención de los accidentes de trabajo. Finalmente, favorece la producción.»

Toda una enumeración de valores educativos forma la base de este programa de acción. El documento continúa desarrollando estas ideas. Cabe, finalmente, destacar, por su espíritu pedagógico y su equidad: «La participación debe ser continua. Toda interrupción en momentos decisivos (fin de la escolaridad, 21 años, 35 años), es perjudicial sobre todo para la salud.»

«Ciertas prioridades deben ser respetadas si se quiere asegurar la verdadera extensión del “deporte-para-todos”, particularmente en lo concerniente al tipo de población al que interesa sensibilizar:

1. *Los niños pequeños.* Hay períodos decisivos para el nacimiento y formación de hábitos, concretamente entre los 3 y 6 años.
2. *Los “adultos”,* incluso personas de edad avanzada situados en puestos de responsabilidad, cuya cooperación es necesaria.»

«Una prioridad debe darse a las actividades “recreativas” y a las que pueden ser continuadas durante toda la vida.»

El carácter *recreativo* y placentero aparece una y otra vez como *Leitmotiv* de este movimiento brotado de la esencia del deporte, cristalizado a su vez como réplica a las abultadas derivaciones surgidas de él, y cuya principal preocupación es el objetivo educacional. Recreo y educación, precisamente, forman parte de los fines primordiales del ocio.

«Es necesario establecer estrechas relaciones entre deporte-para-todos y otras actividades culturales para su beneficio recíproco.»

«Conviene recordar que el deporte-para-todos se inserta en una educación total (global) y que interesa a jóvenes y viejos de ambos sexos.»

Con estas frases escogidas de un documento oficial del máximo organismo mundial del deporte, queda patente que, al lado del grandioso y espectacular deporte competitivo organizado a gran escala nacional e internacional, *subsiste* un deporte espontáneo, competición sencilla, ejercicio sin desmesuradas exigencias, no sólo en el recuerdo de los románticos y en los documentos para filósofos e historiadores, sino en el más urgente presente; y que tal deporte se considera por los expertos como poderosa energía educativa singularmente aplicable en nuestros días. Este deporte, recreativo, formativo, integrador, equilibrador, es eminentemente *ocioso*.

Regresando a los partidarios de un deporte desludificado, aparece patente también en ellos, muchas veces incluso solemnemente proclamado, que el deporte es ocio. Aceptan sin titubeo el carácter eminentemente ocioso, aunque no *lúdico*, del deporte, distinción que encontraría copiosas dificultades para ser aclarada, pero que corrobora directamente el objeto de nuestras reflexiones. Por ejemplo, Bouet concluía el trabajo antes citado ensayando una definición del deporte: «Es una actividad institucionalizada de ocio (*loisir*) con participación corporal, como elemento primordial, de estructuras motrices rigurosamente especializadas, ejercido por sí mismo, en forma de competición, con el objeto esencial de lograr una *performance*¹⁴.»

No son todavía concluyentes los argumentos demostrativos de que el deporte contemporáneo no sea juego. Quienes los esgrimen incurren, si no en contradicciones, en titubeos. El propio *Bureau International de Documentation el*

¹⁴ 1 c. p. 32.

d'Information del CIEPS de la UNESCO, en una reunión por él patrocinada en la Universidad de Lieja sobre el tema «La participación de los jóvenes en la gestión, administración y organización del deporte», en 1970, incorpora de nuevo a la definición de Bucarest el elemento lúdico, quedando al fin establecida: «Actividad humana significativa que se concreta en forma de entrenamiento, de ejercicios físicos, de competiciones y de juegos.»

Estos titubeos, poco fehacientes en favor de sus argumentadores, revelan, sin embargo, una realidad en el deporte de nuestros días. Su engrandecimiento, la preocupación que hacia él han sentido empresarios, comerciantes, políticos y, consecuentemente, el estrépito informativo que se ha instaurado a su alrededor, lo han arrancado parcialmente de su tierra natural, alejándolo del juego. Pero, quizá precisamente por ello, una gran parte del gran organismo deportivo intenta recuperarse y vivir por cuenta propia. El deporte se escinde en dos direcciones; ya son casi dos realidades distintas, que pueden complementarse, pero que marchan por caminos diversos. Sobre todo ese llamado «segundo camino», el más voluminoso y numeroso, porque en él pueden entrar todos, consiste en una sana ocupación voluntaria de nuestro tiempo, formativa, integradora, apta para el desarrollo de la vida social, liberadora y equilibradora. Es una actividad humana, característica de nuestro tiempo, eminentemente ociosa.

III

Tras este somero apunte, en el que se ha pretendido fijar el componente ocioso que el deporte entraña, podemos acceder ahora a otro planteamiento: *el deporte para el ocio*. Es decir: en el creciente tiempo de ocio, o tiempo apto para el ocio, en el tiempo-libre, el deporte puede constituir una de sus actividades primordiales.

Como ya hemos indicado, prácticamente todas las actividades humanas pueden llegar a integrarse en el ocio, pero para ello han de partir de una actitud, talante o espíritu singular. Hasta la misma profesión puede llegar a resultar ociosa cuando el profesional la realiza como un juego o diversión, desembarazado de obligaciones extrínsecas. Así sucede, sobre todo, en grandes artistas, los cuales, aunque ganen con sus obras fuertes sumas de dinero que les permitan vivir con holgura y lujo, más que profesionales son cultivadores de esa actividad con carácter permanente de afición, de pasión, de vocación. Generalmente, para que esto suceda, la actividad en cuestión ha de tener ciertas características intrínsecas. Tocar el violín o pintar cuadros puede concebirse en ciertos casos como permanente ocio cultural. Martillear repetida e ininterrumpidamente sobre la chapa de un tren industrial o teclear en una máquina de escribir difícilmente pueden llegar a serlo.

La práctica del deporte, prescindiendo del contenido reflejo con que se ejecute, lleva en sí las condiciones óptimas para que, sin especial convencimiento de liberación, sea ocio, sirva para llenar bien el tiempo-libre.

Podemos reducir a seis las características esenciales del ocio, tomadas de la definición que hemos aceptado como punto de partida de este estudio:

1. Ocupación voluntaria.
2. Descanso.
3. Diversión (recreo).
4. Formación (información).
5. Participación social.
6. Capacidad creadora (desarrollo de la).

A nuestro entender, a la definición citada le falta un elemento en el grado de los objetivos: la *recuperación*. Tiene ésta algo que ver con el descanso, la diversión y la formación, pero se diferencia netamente de cada una de ellas. No existe verdadero ocio sin cierto componente consciente de recuperación, máxime en estos tiempos en los que tanta conciencia se está adquiriendo de las agresiones, injurias o *stress* provenientes de nuestro mundo obligatorio.

A continuación se expone un sencillo análisis, a modo de simple recuerdo o sugerencia, no exhaustivo, sino con posibilidad de ser continuado, de ciertas características del deporte en relación con estos siete elementos sustanciales del ocio (los seis tomados de Dumazedier, más la *recuperación*). De esta pormenorización podría deducirse la natural aptitud del deporte para llenar el ocio.

1. Ocupación voluntaria

La práctica del deporte supone una actividad generalmente intensa. Depende del nivel de competición, de la modalidad deportiva, de la asiduidad, etc. Pero, aceptada ya como ingrediente importante del deporte la actitud agonística¹⁵, existe un sugestivo estímulo de dedicación, la entrega. En el deporte hay una suerte de donación gratuita: de esfuerzos, de energías, de pasión o afición. Hay un comienzo de alienación, en su entendimiento existencial más constitutivo; alienación de la alienación (apartamiento de la alienación) de las estructuras laborales puede suponer un principio de regreso a una vida personal, a una identificación. El ocio en sentido activo debe ser ocupación, a ser posible intensa. El deporte, por sus características, puede constituirse en ese ocio.

2. Descanso

El concepto descanso presupone cansancio, fatiga. El deporte es actividad, generalmente enérgica, intensa, como se acaba de recordar. A primera vista, pues, puede parecer contrario al descanso. Sin embargo, no se trata de descansar físicamente de fatigas físicas. Cuando se habla de descanso en general, se hace referencia al descanso personal (psíquico, intelectual, emocional, físico, etc.).

La inmensa variedad de profesiones que conoce la vida moderna hace que éstas puedan ser clasificadas en dos grandes grupos: las que comportan especial esfuerzo físico (acción principal del aparato locomotor) y las que producen más cansancio psíquico que físico, las más o menos sedentarias. En la civilización industrial es cada vez mayor el número de personas cuyo trabajo se debe incluir en el segundo grupo. Existe un aumento progresivo del cansancio mental, psíquico, emotivo, nervioso.

Si el principal factor de descanso es el restablecimiento del equilibrio o de los equilibrios homeostáticos, cada vez es más urgente el ejercicio físico. Hablamos de principios generales. Hay multitud de casos en que una fatiga mental aguda no debe ser compensada con ejercicios físicos que pueden aumentar el perjuicio. Pero, por regla general, el ejercicio físico es universalmente recomendado como contrapeso y vía de descarga de las acumulaciones de tensiones neuronales.

«Ideas parásitas», «tensión nerviosa», «agotamiento nervioso», «vida agitada»..., he aquí un repertorio de expresiones que usamos constantemente y revelan el grado de hiperfunción nerviosa que produce la vida moderna, sobre todo en las grandes ciudades. Para esta característica de nuestro tiempo, que podríamos denominar, aceptando la terminología clásica, como fatiga psíquica o fatiga mental, el deporte ofrece una amplia gama de descansos liberadores. Ahí puede cumplir una de las más útiles funciones del ocio.

Hay ciertas modalidades deportivas que ponen al hombre en contacto sereno con la naturaleza (golf, vela, caza, pesca, montañismo, etc.). Ellas ejercen una acción sedante no sólo en el orden psíquico, sino también en el físico-orgánico, al sacar al hombre de los hábitos, las rutinas, los estereotipos y las contaminaciones de las ciudades.

3. Diversión (recreo)

Sobre la importancia que la diversión, esparcimiento, recreo, distracción, tienen para la vida del hombre y, sobre todo, como componentes en el adecuado desarrollo personal de los niños, se han llenado muchos e importantes libros. Psicólogos y pedagogos no dejan de hacer resaltar la trascendencia de ese algo imperceptible, cuya esencia constitutiva es difícil de precisar y que denominamos felicidad o, a nivel más efímero, disfrute, fruición, deleite. Una de las más grandes aportaciones que el ocio moderno puede hacer a la humanidad es la recuperación de ciertas fruiciones. Por ello son actividades eminentemente ociosas los llamados *hobbies*, las aficiones. El distintivo de tales entidades está en el espontáneo disfrute que de ellas se extrae. Podríamos hablar también del carácter frutivo de las pasiones. Por eso pueden éstas en alguna manera ser también ocio. Hace muy pocos años respondía el eminente pianista Rubinstein a un periodista que le preguntaba cuáles eran sus *hobbies*: «Yo no tengo *hobbies*; tengo pasiones.» La pasión, en este sentido lato de «padecimiento» frutivo de una acción intensamente vocacional, es también un gran elemento de disfrute recreativo.

¹⁵ Cuando se habla de deporte agonístico o competitivo no se hace referencia necesariamente al deporte de alta competición, sino, simplemente, a la actitud emuladora, competidora, que está presente en casi todas las formas del deporte contemporáneo.

La filosofía de la diversión y el recreo es sugestivamente extensa, y rebasa con mucho el procedimiento de este trabajo. Baste el recuerdo de la nota esencial, especificadora de la función de divertir, recrear, que ha de tener el ocio: es el disfrute producido por un cambio de actividad, por una percepción estética, emocional o pasional.

El deporte, actividad física, constituye un importante agarradero como salida de todo tipo de trabajosa ocupación mental sedentariamente desarrollada. Como posible disfrute emocional o pasional, encuentra en su carácter competitivo, al que ya hemos aludido, una gran posibilidad de realización.

4. Formación (información)

Uno de los ingredientes que identifican el ocio de nuestro tiempo es su posible carácter formativo, educativo. Los vehículos clásicos de la cultura y la pedagogía (academia, escuela, universidad, imprenta) habían quedado, pese al esforzado cambio de sus estructuras, insuficientes para atender a las demandas de los nuevos tiempos. Se buscaron en el ocio nuevas posibilidades.

Al parecer, han sido encontradas, y ya no se concibe un ocio sin contribución educativa. En los moldes más flexibles del ocio, el hombre puede seguir formándose e informándose. En realidad lo necesita; de tal forma que a estas alturas una deficiente formación ociosa se acusa tanto como una insuficiente formación académica.

¿Puede ser considerado el deporte como un elemento formativo, sin forzar la realidad? Desde un punto de vista físico, no es menester insistir en las enormes posibilidades formativas de la práctica deportiva. El ejercicio físico, sobre todo en una época en que el sedentarismo causa estragos fisiológicos, es no sólo útil, sino urgente. ¿Y qué manera mejor de ejercitarse físicamente que haciendo deporte, con lo cual se recibe, aparte de los beneficios de salud, el disfrute de la competición, al cual ya hemos aludido?

En una encuesta que todavía se halla en fase de recopilación de datos, pero con resultados ya significativos, catalogados sobre más de mil personas que habitan en gran ciudad, se ha detectado la opinión acerca de la «práctica del deporte» y su contribución formativa. Al preguntar: «¿Creen que la práctica del deporte contribuye a un mejor desarrollo corporal?», un 99 por 100, exactamente, ha respondido que sí.

Al preguntar: «¿Creen que la práctica del deporte contribuye a un mejor desarrollo de la personalidad?», el 83, 1 por 100 ha respondido que sí.

A la cuestión: «¿Creen que la práctica del deporte hace más alegres a las personas?», un 90,6 por 100 ha respondido que sí.

Las muestras están tomadas de profesiones intelectualmente superiores, de estudiantes universitarios, de profesiones técnicas, de empleados y de obreros. No dejan de sorprender estas respuestas bastante rotundas sobre ciertos valores formativos del deporte, no ya referidos al aspecto físico, sino a otros órdenes de la personalidad.

Repasemos algunos valores singulares que pueden ser catalogados en la denominación general de aprendizaje a la vida, qué ofrece el deporte.

Adiestramiento al esfuerzo. El deporte generalmente exige prestaciones esforzadas. El barón de Coubertín, indudablemente uno de los hombres que más importante huella dejaron en la dirección del deporte moderno, aun cuando últimamente haya sido ampliamente rebasado, destaca cinco notas en el deporte: «iniciativa, perseverancia, intensidad, búsqueda del perfeccionamiento, menosprecio del peligro»¹⁶. Cada una de ellas confiere a la acción deportiva resultados netamente educativos.

Dejando de momento el comentario sobre la iniciativa, al cual se accederá posteriormente, se ofrece la perseverancia en los objetivos propuestos, en el empleo de los medios para conseguirlos, como uno de los aprendizajes más útiles para andar por la vida. La preparación para una competición exige asiduidad y disciplina en los entrenamientos, entereza frente al desaliento, la máxima dedicación posible, puesto que los adversarios también apuran su preparación (la «intensidad» coubertiniana).

¹⁶ P. de COUBERTÍN. *Pédagogie sportive*. París, 1922, p. 1.

La «búsqueda del perfeccionamiento» tiene el sabor del más genuino aliento ético. El «sed perfectos» debe presidir como aspiración toda actividad humana. Dondequiera que haya un esfuerzo de perfección, una realización de tal esfuerzo y, sobre todo, un hábito de tales acciones, hay un amplio trecho andado en la caminata hacia la edificación espiritual.

En el deporte existe un autocontrol. Un corredor de 5.000 metros no puede lanzarse a correr como un velocista que compite en los 100. Ganas no le faltan, pero ha de controlar su afán de triunfo, precisamente para poder aspirar inteligentemente a la victoria. Un jugador de fútbol, rugby, hockey, ha de auto-controlarse en el choque con el adversario, que sólo puede ser admitido ajustándose a determinadas reglas. Para una buena prestación deportiva, el control a lo largo de los entrenamientos y en el desarrollo de la misma competición es imprescindible.

En la vida, los desajustes entre nivel de aspiración y realidad posible son origen de neurosis y psicopatías. Por ello el principio del realismo de la propia limitación es buen procedimiento pedagógico. Las contrariedades, las frustraciones recibidas en dosis asimilables son necesarias para un enriquecimiento estimulador de la personalidad. Un muchacho que puede soñar y aspirar a ser un héroe, creerse un futuro personaje histórico y que se afirma en su fantasía fuera de la realidad sin fácil control educativo, recibe en la práctica deportiva, más aún que en otras asignaturas, la enseñanza realista de la propia limitación. Él sabe que salta 1,30 metros de altura y que su compañero salta 1,40, que su compañero es mejor que él en salto de altura y que le costará mucho alcanzarle. Es consciente de que es el mejor rematador de cabeza, pero sabe, y lo constata diariamente en el terreno deportivo, que el otro compañero corre más que él, y que un cuarto le vence jugando a la pelota, y un quinto es más fuerte en las confrontaciones de lucha. Aprende jugando, sin resentimientos, sus límites personales. He ahí una espontánea educación, libre de esquemas artificiales.

5. Participación social

El colectivismo de todo tipo, industrial, recreativo, cultural (sub-cultural) que se va imponiendo en la sociedad de nuestro tiempo, igualmente en países de muy divergente régimen político, deja como consecuencia paradójica una mayor soledad individual. Cada vez se participa más en la tarea común del país, incluso de la humanidad. Pero, así como cuando dos socios llevan un negocio en común, tienen constantes relaciones de trato, amistad, intercambio personal, así ahora el individuo desconoce a esa pléyade de hombres con los que colabora. Hoy día las aglomeraciones de las grandes ciudades presentan verdaderamente el aspecto de desiertos llenos de gente. Se hace un viaje apretujado en un autobús y no se ha cambiado una palabra con nadie. Puede que el vecino de «al lado» pertenezca al mismo seguro de enfermedad, y sin embargo no se le conoce.

Esta soledad individual produce una singular tensión entre el impulso de socialización, que está en el ambiente y es recibido y aceptado por el individuo, y el exiguo encuentro de verdadera compañía humana. Por otra parte, el esfuerzo personal donado en el trabajo se diluye en la obra colectiva. No se experimenta la sensación del propio trabajo realizado. La antigua artesanía, que llevaba en el disfrute espiritual de la obra acabada el contrapeso al gasto energético de la elaboración, ha sido sustituida por el trabajo mecanizado impersonal.

La agrupación deportiva, en el grado de primaria unión de pequeño grupo para la práctica de un juego deportivo, posee las condiciones esenciales de los llamados grupos sociales.

La *dinámica interna* del grupo social deportivo está especificada por la espontaneidad. Es algo semejante al aglutinante que opera en el grupo familiar. Pero mientras éste se mantiene dentro de límites casi biológicos, en el grupo deportivo se acepta al otro sin el miramiento de la falta de consanguinidad e incluso de la falta de proximidad.

Esta espontaneidad de vinculación capacita al individuo en formación —niño, adolescente— para un fácil diálogo con los demás. Con el juego, en el espontáneo agrupamiento deportivo, se inicia un proceso psíquico, personal, de apertura social.

La *dinámica externa* del grupo deportivo se caracteriza por la ausencia de prejuicios.

El contacto entre un grupo deportivo y otro se realiza con el mínimo bagaje de estereotipos. Los hijos de unos obreros difícilmente asisten a un *cocktail* organizado por los hijos de los ingenieros. Pero fácilmente se entenderán en un encuentro deportivo. En éste se valora a cada uno por su valía personal dentro del juego, no por

convencionalismos extrínsecos. En el proceso de desaparición de las barreras sociales, la dinámica externa de los grupos deportivos representa uno de los más fuertes impulsos.

Más aún. Lo que no logra quizá el contacto deportivo-individual, el acercamiento de dos individuos alejados por distancias sociales o políticas, lo consigue fácilmente el grupo deportivo. El niño, individualmente, no se atreve a sobrepasar ciertos prejuicios que ha absorbido diariamente en su familia. Él, en realidad, los saltaría, puesto que espontáneamente no halla nada extraño en competir con el hijo de la familia rival. Pero no se atreve; y, a la larga, termina aceptando aquellos prejuicios que antes no entendía. Sin embargo, dentro de un grupo deportivo, el camino se allana. Los chicos americanos de estados donde hay problemas raciales son con frecuencia castigados por sus familiares por jugar al béisbol con muchachos negros. Esto prueba la tendencia espontánea de acercamiento social que ofrecen los grupos deportivos.

Se encierra en la práctica deportiva, y se expresa más fácilmente en el ambiente de equipo, una tendencia espontánea de acercamiento humano.

En el alegre ambiente de un equipo deportivo, un muchacho ha de someterse a un entrenador. Si a él le gusta personalmente jugar de *pivot*, debe aceptar el puesto de defensa que le adjudican. Después de alguna protesta, pronto se percató que, actuando en el puesto que le ordenan, puede contribuir mejor al rendimiento del equipo. Comienza la espontánea cesión de intereses particulares en beneficio del conjunto; o, si ello es demasiado utópico, comienza a vincular sus propios intereses a los del conjunto. ¡Importante aprendizaje a la vida de colaboración con los demás!. A este respecto, las respuestas dadas en la antes citada encuesta a la pregunta «¿Creen que la práctica del deporte desarrolla el espíritu de colaboración?», han sido en un 93,9 por 100 afirmativas.

Igualmente, refiriéndose a sí la práctica del deporte «facilita el trato entre las personas», el 91,9 por 100 ha respondido que sí.

En la dinámica social de una competición deportiva existe una figura singular acerca de la cual se llenan miles de páginas semanales en la prensa de todo el mundo, pero cuya simbología ha sido poco desentrañada: el árbitro. Es este señor un juez que ha de juzgar, fallar y dictar sentencia en décimas de segundo; que no puede equivocarse, so peligro de ser insultado. Las incorrectas maneras y el desacato habitualmente instaurado en los grandes espectáculos deportivos, y, lo que es más deprimente, en muchos grandes rotativos, han sido trasplantados, por efecto de ese influjo informativo al que antes aludíamos, a las simples y espontáneas competiciones de niños o adolescentes. A pesar de todo ello, en la figura del árbitro se alberga una de las más densas y sustanciales entidades de la vida social: el sentido, necesidad o impulso de autoridad. Si varios muchachos se reúnen espontáneamente en un parque público a jugar al fútbol, hacen los equipos por selección alternativa, hasta que, en el caso de ser impares, queda uno al final. Este siempre es el que peor juega y sus compañeros le ordenan que haga de árbitro. A partir de ese momento, todos le obedecen. Asombroso ejemplo de una autoridad democráticamente elegida y unánimemente acatada. Esa energía de educación social se esconde en el más elemental esquema de competición deportiva.

Finalmente, como último dato acerca de los valores formativos y de participación social que encierra la práctica deportiva, citemos el aprendizaje de la derrota¹⁷. Si nuestra vida puede reducirse a un 50 por 100 de triunfos y un 50 por 100 de fracasos, la más sólida pedagogía sería aquella que descubriese al hombre la manera de aprender a vivir correctamente el aspecto más doloroso de su propia vida, su media existencia de fracaso. En la práctica deportiva, a la larga se gana el 50 por 100 de las veces y se pierde el otro 50 por 100. Pero generalmente no hay resquemor intrínsecamente nacido en el terreno de juego; sólo lo hay por contagio de ciertas formas de alta competición. En el deporte el clima intrascendente, entretenido, lúdico, ayuda a asimilar estas derrotas, aun cuando en el primer momento lleguen a ser tan dolorosas como cualquier otro fracaso de la vida. Basta que esté presente alguien que sepa orientar pedagógicamente las competiciones deportivas para que, tras la derrota, se establezca una reestructuración de energías personales y de grupo y se afronte con nueva fuerza, nuevo enriquecimiento, la próxima competición. Así, sin darse cuenta, se aprende a vivir.

¹⁷ Véase El atleta ante la derrota. Hacia una pedagogía del fracaso, en este mismo libro, pp. 67-84.

6. Desarrollo de la capacidad creadora

La mecanización y la masificación, consecuencias tajantes del agigantamiento industrial, suenan ya a tópicos, por haber sido tantas veces citados y repetidos por sociólogos y filósofos. Pero son realidad, lugares comunes, si se quiere. Los lugares comunes no son siempre convenciones artificiales; muchas veces señalan las realidades más evidentes y constantes de la vida humana. Por eso se converge en ellas; pasan a ser comunes.

De la mecanización se ha derivado la mutilación psicológica. Un obrero ajusta un mismo tipo de tornillo 1.500 veces al día. Al cabo de un mes ha ajustado 40.000 tornillos. Pasa años realizando el mismo gesto laboral. Si después de su trabajo no se repone de esa perseverancia gestual y estrechamente mental con algún tipo de actividad cultural, imaginativa, física, al cabo del tiempo quedará mutilado psicológicamente¹⁸. El hombre ha llegado a la Luna —¡maravilla de la organización técnica!—, pero las ciudades de la tierra están repletas de personalidades mutiladas. Y ello no es exclusivo del obrero industrial. La mecanógrafa que copia páginas y páginas como un autómatas sin percatarse muchas veces de lo que escribe, pero sin cometer errores; el paradójicamente llamado «sabio» que pasa semanas, meses, años produciendo en su laboratorio un mismo ensayo de bombardeos electrónicos, avanza igualmente hacia la mutilación psicológica. Por ello el hombre necesita actividades en las que ponga en juego los recursos normales y variados de la personalidad, donde haya de discurrir algo, y a la vez ejecute algo no automatizado, solución de dificultades, planea, fracase o triunfe. El deporte activo se le ofrece dotado de esa complejidad. La puesta en punto de un equipo, el ingreso en un campeonato o la realización de una excursión exigen planear, prevenir, imaginar... luego ejecutar, dirigir, resolver dificultades, encontrar adversarios, triunfar, ser derrotado... Actividad múltiple donde entran en juego los resortes ordinarios de toda la personalidad. La simple jugada en un partido, con la velocidad de elección y ejecución entre varias posibilidades, adquiere visos de *artesanía*. Si los grandes adelantos que nos ha proporcionado la moderna industria han traído de rechazo la mutilación del *homo faber*, es lógico que éste, sin percatarse de cómo ni por qué, busque la defensa de su integridad en el *homo ludens*. Desaparece la artesanía mercantil; se hace más perentoria la artesanía lúdica. En el hombre siempre debe existir un artífice.

En cada jugada hay algo de creación. Con un balón en el pie o en la mano, un jugador, por muy estudiadas y automatizadas que se tengan las jugadas colectivas, ha de elegir rápidamente entre varias posibilidades (retener, pasar, correr, lanzar, driblar). Por esto en la práctica del deporte el individuo recobra cierta sensación de señorío, de mando, cuya general ausencia en su dilatada vida laboral tantos micro-traumas psicológicos puede causarle.

Frente al anonimato derivado de la masificación, el hombre en la práctica deportiva puede encontrar la sensación de actor, de protagonista, siquiera sea en la simplicidad de la efímera figura deportiva que realiza. Muchas dosis de ansiedad y rebeldía acumuladas como consecuencia de la despersonalización de la vida moderna, latentes y dispuestas a configurarse en inadaptaciones o psicopatías, pueden encontrar cauce de solución, de compensación, en esa sencilla protagonización deportiva, generalmente desapercibida, pero cargada de posibilidades regeneradoras de la personalidad.

Frente a la pasividad en un mundo de gestión física cada vez más estereotipada y de ideas-tipo cada vez más estandarizadas, el hombre necesita sensación de iniciativa. En la excursión deportiva, en la jugada, en el *demarrage* del *sprint* en todo deporte no excesivamente tecnificado (precisamente el deporte más recreativo) existen ingentes posibilidades de ejercer pequeñas, pero rotundas, oxigenadoras iniciativas.

7. Recuperación

Principalmente de los estragos del sedentarismo, el hombre necesita recuperarse. La lista de cardiopatías y anomalías vasculares, enfermedades respiratorias, reumáticas, malformaciones del aparato locomotor, de la columna vertebral, todas ellas favorecidas, si no muchas veces originadas, por el sedentarismo, se haría interminable. No es propio de este trabajo entrar en descripciones de patología orgánica que cualquier tratadista o especialista de los respectivos campos puede describir con más pormenorización y competencia.

¹⁸ Las ideas que se exponen en las dos páginas que siguen también son desarrolladas en *El deporte como salud mental para el futuro*; en este mismo libro, pp. 1-20.

El sedentarismo de nuestro tiempo está minando el organismo. La inhibición de funciones naturales, la posterior incapacitación para realizarlas cuando se presenta una necesidad, dañan no solamente el organismo, sino el propio equilibrio personal.

Qué remedios pueda ofrecer la práctica deportiva frente al sedentarismo es cosa tan patente y extensa que no es menester entrar en detalles.

Pero, además de ayudar a la recuperación de los desequilibrios provenientes del sedentarismo, la práctica del deporte ayuda, como acabamos de recordar, a percibir la iniciativa personal, la enriquecedora complejidad de la acción humana. Todo ello se concreta en valor específico de *recuperación* de tantos estragos como causa en la personalidad humana la vida moderna.

Los avances de la Medicina, de la Biología, con sus espectaculares progresos en Virología, Cirugía, Genética, etc., han traído grandes ventajas al hombre. Ya casi no existen pestes en el mundo; las múltiples enfermedades infecciosas han quedado en su mayoría sojuzgadas. Ha aumentado notablemente la longevidad media del hombre. Disminuyen en todos los países los índices de mortalidad infantil. Por consiguiente, el progreso objetivo de la higiene, y, consiguientemente, de la salud de la humanidad es un hecho; significan una realidad enormemente positiva que es menester proclamar para evitar la impresión de pesimismo que se haya podido desprender de algunos de los análisis fenomenológicos que han precedido. Pero a estos logros acompañan, indudablemente, aspectos negativos. Hay más neurosis, psicopatías, inadaptaciones. Hay más cansancio psíquico, más acumulación de ansiedad, quizá más infelicidad. A todas estas realidades, sin despreciar el aspecto positivo de otras muchas, hay que buscar remedios. La prevención y la recuperación son palabras que han entrado de lleno en todo programa de higiene física y mental. El ocio tiene un importante papel que cumplir en este terreno; y el deporte puede ser uno de sus instrumentos más idóneos.

Al análisis del deporte considerado generalmente, puede añadirse, con sus correspondientes aplicaciones al cuadro del ocio, el estudio específico por modalidades deportivas. De estos estudios se podrán sacar interesantes y muy concretas consecuencias pedagógicas y sociológicas.

IV

Entre las muchas clasificaciones que se han hecho del ocio, existe una de especial significación, ya que sus distintas categorías comportan actitudes personales muy diversas. Me refiero a la división de los tiempos de ocio según su propia duración y según, también, la duración de los tiempos de ocupaciones obligatorias intersticiales.

No lleva la misma *disposición ociosa* una persona cuando se va de vacaciones de verano —tiempo máximo de ocio— que cuando se entretiene una hora libre que saca dentro de una jornada laboral. La distinta extensión de los tiempos de ocio no se reduce a la mera diferencia temporal, sino que califica una distinta actitud personal. Por ello, al aplicar al ocio cualquier actividad humana, sobre todo si ésta puede ser muy variada, como el deporte, es conveniente especificar temporalmente los ocios.

Podríamos hablar de las siguientes grandes categorías de ocio según su duración y temporalidad, generalizadas en los países que han ingresado ya en un proceso más o menos intenso de industrialización:

- Ocio *anual*. La gran vacación, generalmente en verano.
- Ocio *plurimensual*. Concretado a los dos o tres períodos de duración de una o dos semanas cada uno, tales como Navidad, Pascua (con carácter menor, en algunos países, carnaval, Pentecostés).
- Ocio *semanal*. Definido y concretado en una jornada, jornada media o doble jornada, según el menor o mayor grado de lo que se llama desarrollo.
- Ocio *diario*. El rato libre que cada uno saca o puede sacar dentro de una jornada normal de trabajo (el paseo, lectura, televisión, prensa, tertulia, una copa, algún ejercicio físico, etc.).
- Ocio *menudo*. Los ratos sueltos, generalmente minutos, que uno dedica a cierta recuperación mental o descanso físico dentro de las horas estrictas de trabajo (la pequeña pausa reglamentada, el comentario ajeno o de simple distracción entre compañeros de trabajo, el chiste en la oficina, etc.). Este ocio menudo, pocas veces sometido a consideración por parte de los sociólogos, puede alcanzar gran significación, sobre todo en cierto tipo de ocupaciones.

En general, se observa una tendencia a dar mayor entidad a los ocios de larga duración, aun con detrimento de ocios menores. Es frecuente la corriente de alargamiento del fin de semana con la posible incorporación del sábado completo o de la mañana del lunes, etc., aun a costa, muchas veces, de aumentar alguna hora o minutos la jornada laboral diaria. Sobre todo la vacación anual influye poderosamente en el régimen de la vida diaria, en la austeridad, ahorro, limitaciones de todo tipo, renunciando a ciertas expansiones y formas de ocio, en aras de un veraneo liberado y confortable, económicamente desembarazado, con largo viaje, a ser posible.

También es digno de notarse el hecho de que en las ciudades pequeñas y en los pueblos se dispone más fácilmente de los ocios diarios y menudos que en las grandes ciudades.

Junto a los ocios descritos, que podríamos llamar estrictos, existe un tipo de actividad semi-obligatoria, que no es compensada por un tiempo estricto de descanso, en parte porque no es menester y en parte por imposibilidad. Son las actividades que podríamos encuadrar en una categoría de *semi-ocios*. Las personas que más participan de este tipo de ocupación son las amas de casa, en parte de sus tareas domésticas; también lo protagonizan personas cuyo trabajo no exige continua atención y deja libre la mente durante muchos ratos, tales como ciertos puestos de cuidadores, conserjes, etc.

Caminando hacia un terreno práctico pedagógico, pregunté-monos: ¿Cómo está organizado y orientado el deporte en nuestros días con respecto a los diversos tiempos de ocio?

La mayor parte de las modalidades deportivas desarrollan sus competiciones oficiales precisamente dentro de los meses más estrictamente laborales. Fútbol, baloncesto, balonmano, hockey, balonvolea, béisbol, esgrima, halterofilia, judo, lucha, pelota, rugby, etcétera, en casi todos los países, conciertan sus calendarios en el otoño, invierno y primavera¹⁹. Cuáles sean las razones de esta selectividad temporal, no es fácil de precisar; pero se puede barruntar la influencia en ello de dos estamentos a cuyo derredor han sido sustancialmente estructurados los calendarios competitivos: los estudiantes y los profesionales.

Después del estamento aristocrático, alrededor del cual nacieron en Gran Bretaña, a mediados del siglo XIX, la mayor parte de las modalidades del deporte moderno, fue el mundo de los estudiantes el pilar donde principalmente se asentó el desarrollo de estos movimientos. Por ello, sus calendarios competitivos se ordenaron de acuerdo con los períodos estudiantiles, es decir, coincidiendo con las épocas en las que los estudiantes se encontraban habitando en universidades y colegios.

Más modernamente, en los deportes profesionalizados, o en aquellos en los que, sin una profesionalización oficialmente admitida se acepta el condicionamiento económico, la adaptación a los períodos vacacionales habituales en la ordenación laboral ha apoyado sin incomodidad esta rutina.

El hecho es que nos encontramos con un ocio semanal teóricamente cubierto por las organizaciones deportivas. Estudiantes, empleados, obreros, jóvenes de zonas rurales, encuentran en el fútbol (por citar el más popular de los deportes en nuestro país) la posibilidad de dar algún contenido deportivo a sus fines de semana. Al menos en tercera categoría regional, en las diversas categorías infantiles, juveniles, pueden enrolarse sin poderosas dificultades los grupos juveniles que lo desean. Al igual que en fútbol sucede en casi todos los deportes citados anteriormente.

Los principales problemas que plantea esta estructuración en favor del ocio deportivo semanal son los siguientes: *Carencia de instalaciones*. Los campos y canchas, vacíos en gran parte durante toda la semana, resultan insuficientes para acoger la concentración de practicantes, principalmente los domingos.

Desatención de otros importantes períodos ociosos:

1. En primer lugar, el ocio diario queda al margen de la organización deportiva. Sólo los entrenamientos (la parte menos ociosa de la estructura competitiva) mantienen cierto modo de contacto o aprovechamiento del posible tiempo-libre diario.

¹⁹ En el cuadro adjunto final aparece una lista de modalidades deportivas con aclaración del tiempo de ocio específico al que atienden principalmente sus estructuras organizativas.

Las soluciones no parecen fáciles. Sin embargo, a las complicaciones en la estructuración del tiempo llegadas con la industrialización y el hacinamiento urbano, ha acompañado la aparición de nuevos y sorprendentes medios de comunicación, los cuales han llegado a ser denominados *ocios permanentes*. Primero fue la prensa, luego la radio, y después la casi todopoderosa televisión. En una fecunda y bien situada floración de estos medios a las demandas de las nuevas épocas, podrían hallarse las vías de solución a muchos de los problemas planteados por la masificación, la aglomeración, el agobio, el ritmo nervioso y la pérdida de los esquemas ociosos naturales. Mediante el uso multiplicado de estos medios —dos canales de televisión para un país de más de 30 millones de habitantes, que se auto-define como moderadamente desarrollado, resulta un esquema deficitario en todos los órdenes²⁰—, se podría llegar a la invitación persuasiva al ejercicio físico relajante, tonificador, equilibrador y ocioso. Los tímidos intentos de «gimnasia para todos» forzados a un horario extemporáneo por prevalecía lógica de otros programas más importantes o por la estrechez de estructuras productoras de las actuales televisiones²¹, no son más que un palidísimo apunte de programas que en canales especiales podrían hacerse con holgura, invitando a cada uno a aprovechar horas y basta minutos en pequeñas sesiones de ejercicios, sugiriendo nuevos tipos de competiciones familiares o vecinales que, acaso chocantes en un principio, podrían abrir nuevas y auténticas maneras de hacer deporte, de «deportarse», vacar, liberarse con hábiles constitutivos de un verdadero ocio, adaptado a los tiempos presentes. La sugerencia referente a canales estrictamente deportivos podría valer para otras formas de ocio, entre las que deberían destacar las de tipo artístico por su principalísima función educativa.

2. La insuficiente adecuación de los actuales hábitos deportivos a la estructura de la sociedad y a sus cambiantes necesidades se hace más patente en la desatención a los grandes períodos de ocio.

No basta que pueda ofrecerse cierta lista de deportes cuyos calendarios competitivos se centran sobre todo en verano: vela, motonáutica, piragüismo, esquí náutico, natación, incluso atletismo. Estas modalidades citadas son deportes que cuentan con la benignidad de la estación para su idónea práctica. Ello es un beneficio en favor del más largo y prestigiado período ocioso que es el verano. Sin embargo, a excepción casi exclusiva de los náuticos, los otros deportes citados, aunque se intensifican en verano, están montados sobre la organización de la vida, sobre los hábitos sociológicos propios de los meses laborales.

Una de las consecuencias más patentes que ha traído la motorización de la sociedad es el desplazamiento de un alto porcentaje de la población en sus vacaciones anuales. Ello ha supuesto un cambio radical en el régimen de vida, en la actitud durante el período veraniego. Se busca tópicamente el contacto con la naturaleza. Otros no lo buscan o, al menos, lo hacen sólo en teoría, ya que prefieren hacinarse casi igual que en sus ciudades en las nuevas y artificiales aglomeraciones que se denominan centros turísticos o veraniegos, polos de vacaciones. Allí logran liberarse de muchos convencionalismos de las grandes urbes, entre los que destacan los referentes a la vestimenta, pero trasplantan a su vacación, a su «campo», a su «naturaleza» muchos de sus propios hábitos urbanos. Aun cuando gran parte de la sociedad no haya encontrado el verdadero contacto con la naturaleza, pese a haberlo buscado, sí cambia la actitud, el espíritu, los modales, cuando en su largo ocio anual se libera de sus habituales calles, de su oficina, de sus jefes. A este nuevo estilo de vida que ha brotado en las zonas turísticas, en las colonias veraniegas, en los cinturones residenciales de las grandes urbes, en las costas soleadas o en lugares apacibles de la sierra, no ha llegado la organización deportiva, si exceptuamos contadas y notables realizaciones aisladas.

Es menester insistir en que cuando se habla de deporte oficial, de estructura organizativa deportiva, no se hace exclusiva referencia al deporte federado. Este es, en realidad, una pequeña parte de la verdadera práctica deportiva. Como ejemplo, en España las fichas oficiales de fútbol registradas en 1969 eran 149.309; en tenis, 10.942; en balonmano, 62.288. Personas que practican habitualmente la modalidad deportiva del fútbol, del tenis y del balonmano en España son muchísimas más que las recogidas en las citadas cifras. Pero la trascendencia de las estructuras oficiales del deporte es enorme en cuanto a la creación de hábitos, formas espontáneas de organización, etc. Un campo de investigación sociológica que aportaría luz en esta relación entre la práctica deportiva y el ocio

²⁰ En la revista *Deporte* 2000, número 9, agosto 1969, apareció un editorial titulado «Un canal deportivo en TVE.», en el que se sugería la creación de un nuevo canal estrictamente deportivo con el cual se atendería a la gran necesidad de programas deportivo-educativos, a la información más extensa de muchas modalidades deportivas habitualmente silenciadas, y se evitaría la protesta de muchas personas que se quejan del exceso de horas que el canal general dedica a la información deportiva, no sin parte de razón.

²¹ Me refiero en general a la mayor parte de las televisiones europeas, envaradas y autolimitadas por un sometimiento de incipientes esquemas organizativos que podrían ya haber evolucionado grandemente.

anual sería la encuesta a los deportistas activos acerca de la práctica de su deporte habitual o de otros deportes durante las vacaciones.

Esta falta de atención del deporte organizado, y de otras muchas actividades organizadas de ocio ajenas al deporte, de cara al gran tiempo del ocio veraniego, quizá motivada simplemente por la rapidísima evolución de las costumbres y la creación precipitada de superestructuras, está dando ya alarmantes resultados. Nuestras colonias veraniegas se ven repletas de grupos de adolescentes que van de acá para allá, mañana y tarde, sin objetivos, sin estímulos, carentes de la iniciativa y de la elemental energía para subir siquiera una vez al monte en todo el verano. Los veraneos confortables de gran parte de nuestros adolescentes, sin organización en que acogerse, son escuela de vaciedad. Y en el vacío, es cosa sabida, encuentran albergue extrañas reacciones psicológicas, entre ellas la prematura auto-suficiencia.

Una acción deportiva de cara a los ocios veraniegos no quiere decir, naturalmente, que deban trasplantarse los mismos esquemas vigentes en otros tiempos del año a la vacación; no se trata de prolongar las temporadas competitivas. Una acción deportiva para el ocio anual significaría estudiar ciertas características de tales ocios, inventar nuevos estilos competitivos; ampliar los espontáneos brotes que en este sentido surgen acá y allá. No es tarea fácil. Pero al menos puede suponer un primer paso tomar conciencia del problema.

Para la práctica del deporte en los pequeños ocios *diarios* y *menudos* existen especiales dificultades. Sobre todo en grandes ciudades, falta tiempo. Las respuestas recogidas y catalogadas hasta el momento en la encuesta anteriormente citada dan los siguientes resultados:

Tienen *nada o muy poco* tiempo para hacer deporte: 57,2 por 100.

| | |
|--------------------------|---------------|
| Tienen <i>poco</i> : | 35,7 por 100. |
| Tienen <i>bastante</i> : | 6,1 por 100. |
| Tienen <i>mucho</i> : | 0,5 por 100. |

Las muestras de obreros y empleados dan las cifras más significativas:

| | |
|------------------|---------------|
| Nada o muy poco: | 73,3 por 100. |
| Poco: | 22,8 por 100. |
| Bastante: | 5,6 por 100. |
| Mucho: | 0,3 por 100. |

Sin embargo, es muy posible que estas respuestas negativas se deban en parte a un defecto de formación o de verdadera educación deportiva en que se ha incurrido en general en la mayor parte de los países occidentales al hacer la propaganda estimuladora hacia la práctica deportiva.

El ciudadano (al igual que el habitante rural), debido a la reciente explosión de los medios informativos, especialmente la televisión, ha accedido con facilidad a los grandes espectáculos deportivos (juegos olímpicos, campeonatos mundiales y nacionales de muy diversas *modalidades*, *criteriums* importantes, etc.). La visión, el entendimiento que ha adquirido de lo que es el deporte está exclusivamente ligado al gran deporte espectacular. Por ello no concibe otra manera de hacer deporte que *solemnemente*. Deporte significa excelentes instalaciones, abundante material, compleja organización, jueces, ayudantes. Hay un convencimiento progresivo de que es bueno hacer deporte: el 96,8 por 100 opina que la práctica del deporte *no es tiempo perdido*. Pero el 75 por 100 opina que *no existen instalaciones deportivas de fácil acceso*. Empleados y obreros, el 82,6 por 100. El 57,9 por 100 afirma que practicar deporte resulta caro.

¿No hay tiempo para hacer en casa un poco de gimnasia o alguna sencilla competición que requiera movimiento físico y muy poco terreno?, ¿no hay tiempo para subir las escaleras a pie, en vez de usar el ascensor, y más divertidamente (más deportivamente) subirlas de dos en dos o de tres en tres?, ¿no hay tiempo para dar un breve paseo al ritmo que a cada uno, según su edad y condiciones orgánicas, resulte paseo auténticamente deportivo?, etcétera. Estas, al parecer triviales ocurrencias, pueden ser formas simples de un auténtico deporte adaptado a los condicionamientos en que vivimos y a los encasillados tiempos-libres de que disponemos.

El insuficiente número de instalaciones deportivas es una realidad. Faltan, principalmente, sitios idóneos para practicar deporte durante los fines de semana, sobre todo en las horas en que coinciden la mayor parte de los deportistas. Buena cuenta de ello han tomado los organismos responsables en los diversos países, abordando urgentes y dispendiosos planes de construcción de instalaciones deportivas, intentando con ello recuperar tantos años perdidos por razón de la poca estima en que antaño se tuvo al deporte. Con estas campañas se pretende también incitar a otros responsables privados y públicos (no sólo nacionales, sino provinciales y locales) a la facilitación de lugares aptos para la sencilla práctica deportiva, de simple instalación y de barato mantenimiento. Pero también se puede practicar deporte, auténtico, primordial, sin necesidad de extensos campos y canchas ni de material de primera calidad. Se puede convertir parte de la propia circunstancia diaria en espacio y tiempo deportivos. Todo depende, en definitiva, de una actitud personal, que es la condición *sine qua non* para que exista ocio activo, en nuestro caso ocio deportivo²².

²² Dada la cercanía significativa que en estos últimos años han adquirido las expresiones castellanas *ocio* y *tiempo-libre*, prácticamente todo lo desarrollado en las páginas que anteceden puede aplicarse al *tiempo-libre*, a excepción, claro está, de los breves análisis lingüísticos de la palabra ocio. Desearíamos poseer en castellano un término totalmente equivalente a *loisir*. No nos encontraríamos con estos problemas.

EL ATLETA ANTE LA DERROTA

Hacia una pedagogía del fracaso

Las diversas realizaciones psicológicas que el deporte constituye hoy pueden concretarse en dos grandes módulos:

1. El deporte grandioso, espectacular, excitador de masas, lo mismo esté inscrito en abierto profesionalismo que en el gran *amateurismo* competitivo;
2. El deporte buscado y practicado por el individuo o por el grupo social como entretenimiento, como necesidad de equilibrio vital.

El primero está alimentado por el propagandismo, típica exigencia de nuestro tiempo.

El segundo es en gran parte respuesta humanística frente a otras características de nuestro tiempo. Actividad física frente a sedentarismo. Espontaneidad frente a automatización. Relajación frente a tensión nerviosa. Liberación psicológica en general frente a tanto y tan creciente condicionamiento. «Re-acción (dice Umminger) contra la dejadez del cuerpo en la técnica e industria del placer.»

Son, pues, dos hechos sociológicos muy diversos. El uno es consecuencia de esquemas vigentes en nuestro tiempo, consecuencia en definitiva muy humana. El otro es, en parte, reacción espontánea contra vejaciones auto-impuestas por el hombre en nuestro tiempo, reacción no sólo humana, sino humanística.

Si algún punto de contacto, alguna posible componibilidad puede existir entre ambos, ha de estar precisamente en su respectiva raíz humana. Son productos del hombre aceptados por el hombre, paradójicamente confundidos por el hombre.

El olimpismo, en nuestros días, cae de lleno dentro de la primera vertiente, del deporte gran espectáculo. Algunos estudiosos del olimpismo, y sobre todo dirigentes comprometidos públicamente en la defensa de su pureza, se escandalizarían al oír esta afirmación. Les invito a reflexionar sobre la actual realización olímpica, a distinguir entre las nobles y educativas ideas del barón de Coubertín y los hechos olímpicos tal cual hoy se desarrollan, las competiciones preolímpicas en cada país, los onerosos preparativos, el gran aparato de medios de difusión con que se adoban y, finalmente, las espectaculares ediciones de los juegos.

El olimpismo, hoy —dígallo el hombre medio de la calle, no el historiador o el ideólogo—, es deporte espectáculo, de alta competición, el más grandioso *espectáculo* deportivo que existe.

El olimpismo de hoy cumple, a pesar de todo, con muchos & los objetivos que se propuso su fundador. Esta es la tesis demostrada por H. Lenk en su obra *Werte Ziele Wirklichkeit dar modernen olympischen Spiele*, la más exigente exposición, garantizada con la sistemática de la ciencia sociológica, que se ha escrito sobre la actual realidad social de los juegos olímpicos. Conduce sin duda a una elevación personal, a importante contacto social internacional, a una manifestación abierta de las bellezas de la competición deportiva. Otros objetivos del olimpismo no se cumplen ya o simplemente no se cumplen porque quizá nunca hayan sido cumplidos. Pocas frases se hallarán tan repetidas y tan poco entendidas en u práctica como: «Lo importante de los juegos olímpicos no es vencer, sino participar.»

Quizá en este olvido de la gran máxima coubertiniana está la raíz de la desmesura olímpica. Puede también pensarse que con una plena realización de ella, el olimpismo no habría llegado a tanta brillantez, tanto prestigio, tanta belleza pública, y, por consiguiente, a tanto poder de vinculación y entendimiento de los pueblos.

Es un hecho innegable que el esplendor del olimpismo, apoyado por el propagandismo de nuestro tiempo, es quizá entendido por nuestra sociedad. Posiblemente ha cubierto con ello una etapa de dolorosas inautenticidades, pero de fecundos y prestigiosos hallazgos.

Puede ser éste un momento de aprovechar este prestigioso lugar de honor adquirido por el olimpismo entre las más importantes realizaciones internacionales para insistir en un estudio de profundidad, de reflexión, de exigencias internas, de posible recuperación de valores todavía no explotados.

Coubertín, pedagogo intuitivo mucho más que analítico y estructurador, no dejó una exposición sistemática de su doctrina. Inspirados por este carácter intuitivo y sugerente de sus exposiciones, aunque mucho más modestamente, nos vamos a extender en unas reflexiones, a modo de sugerencias, acerca de alguna de esas calidades casi imperceptibles, todavía anónimas, que pueden albergarse dentro del olimpismo.

Multitud de derrotas

Un atleta español, *record-man* en su país de salto de longitud y triple, finalista en los juegos olímpicos de Tokio con el sexto puesto, fue castigado en 1966 por la Federación Española de Atletismo con cuatro meses sin poder competir. El motivo del castigo, complejo como suele suceder en la mayoría de los casos, no viene a cuento recordarlo por la extensión que sería menester. Luis Felipe Areta, tal es el nombre del campeón, después de unos primeros momentos de indignación, acató disciplinadamente el castigo. Continuó esforzadamente sus entrenamientos. Cuando, cumplido el tiempo de sanción, se reintegró a sus competiciones, dijo: «En estos meses he aprendido más que en muchos años de triunfos».

Otro atleta español, José Luis Albarrán, campeón y *record-man* de su país en 100 y 200 metros lisos entre los años 1955 a 1962 decía recientemente: «Competiendo viajé mucho, disfruté y aprendí. El mundo se me abrió. Me llovían felicitaciones, abrazos, promesas. Cuando dejé de ser campeón desaparecieron las felicitaciones, los abrazos. Las promesas no se cumplieron. Pasé un período casi de abatimiento. Recordé mi época de triunfos con nuevas luces, profundas, verdaderas. Aprendí mucho más en unos pocos meses que en muchos años de victoria.»

En las grandes competiciones deportivas se elaboran sonadas estadísticas sobre los triunfadores. En los juegos olímpicos abundan las listas de medallas, clasificaciones victoriosas por países.

No es frecuente elaborar estadísticas de las derrotas famosas. Menos aún de las derrotas no famosas, lógicas, esperadas. Tal estadística no sería, naturalmente, sensacionalista, propagandística. Según los elaboradores de números, tales estadísticas no interesarían mayormente a la sociedad. Nos encontramos ya con la fundamental realidad de la vinculación del hecho deportivo a las características de la sociedad. Todo estudio humano del deporte esté vinculado a un estudio de la sociedad.

Junto a las grandes ediciones decorativas de los juegos olímpicos, con bellas fotografías y listas de campeones y finalistas, se publican también con más modestia de presentación y de tirada los resultados oficiales de los juegos, con las clasificaciones de todos los participantes. Estas son más farragosas que las primeras, tienen menos difusión. Pero para quien quiera conocer la entraña de lo que son unos juegos olímpicos (y por consiguiente lo que es el deporte mundial), son más importantes estas exhaustivas publicaciones de resultados que los lujosos y artísticos libros de campeones.

En Tokio hubo 392 medallas y 7.060 participantes. Competieron, pues, 6.668 deportistas sin victoria. Los juegos olímpicos son la visión sintética, en grande y aparatosa escala, del deporte del mundo. En toda práctica deportiva, a cualquier nivel, desde el olimpismo hasta la menuda competición escolar o de club, hay muchas más derrotas que victorias.

Ahora bien: todos esos que no vencen, ¿son en realidad derrotados?

La vida humana es lucha. Esta se reduce a la oposición entre la tesis y antítesis, y llega a canalizarse y a progresar gracias a la síntesis que pueda seguirse del enfrentamiento de ambas.

Psicológicamente hablando, la vida es un cúmulo de tesis. Nos proponemos hacer mil cosas: unas a largo plazo, los grandes objetivos de nuestra vida; otras, a medio; otras, a plazo corto, los múltiples propósitos diarios.

De estos objetivos que nos proponemos, conseguimos a la larga, en el mejor de los casos, el 50 por 100. En el otro 50 por 100 fracasamos. Es decir, media parte de nuestra vida está amasada con fracasos.

Si se hace una estadística en todo el mundo de los resultados escolares desde la escuela primaria hasta la universidad, se hallarán altos porcentajes de suspensos, de derrotas en los objetivos estudiantiles. En el mundo laboral, entre 100 que aspiran a un puesto de trabajo, menos de 50 lo consiguen. En la historia política y en la bélica,

junto a miles de victorias que narran los anales hay otras tantas derrotas. La vida es una moneda al aire. Sólo el anverso es la victoria. Y el 50 por 100 de las veces sale el reverso.

La mejor herencia que puede dejar un padre a su hijo o un educador a su discípulo es la firmeza de aspirar al triunfo y la capacidad de asimilar la derrota.

En mis limitados conocimientos no he encontrado elaborada sistemáticamente ninguna pedagogía de la derrota. Quizá sería la más profunda, realista y práctica pedagogía que pudiese ser escrita.

La vida misma se encarga de ser pedagogía para quien la vive. Peto los seres racionales, capaces de reflexionar sobre nuestras espontaneidades, podemos capturar y sistematizar y con ello progresar, en el cúmulo de elementos constitutivos de que nos es dado disponer. Así han sido elaborados sistemas educativos en todos los tiempos, pedagogías de variadas clases, todas con las miras puestas en ayudar mejor al hombre en su desenvolvimiento en la vida. De la propia vida, del lado negativo, contrario, esquivo, vencido de la vida, puede sacarse amplio botín de enriquecimiento personal, precisamente para recibir sin descalabros ese lado de la vida.

Un niño recién nacido no puede soportar un cambio brusco de 20 grados de temperatura. Probablemente moriría. Veinte años después, lo recibiría sin inmutarse, a lo sumo con un pequeño catarro como secuela.

La ley de la progresiva adaptación biológica vale plenamente para la parcela psicológica, para el comportamiento de las estructuras de la personalidad. El aprendizaje a vivir consiste en definitiva en aprender a recibir las sacudidas de la vida. Una fuerte brusquedad en una personalidad tierna o enfermiza puede producir un desequilibrio. En el fondo de toda psiconeurosis aparece una insuficiente adaptación para recibir en un determinado momento un ataque fuerte de la vida. Esta incipiente inadaptación marcará un cauce de hostilidad, de ensimismamiento, de angustia, según las características neuróticas.

En la frase «saber perder» se esconde algo mucho más profundo que una simple actitud de elegancia. Saber perder es, en definitiva, poder aguantar el encrespado oleaje de la vida. Es estar capacitado para entender la media parte más dificultosa de la vida.

La derrota es la síntesis frente a la tesis de obtener la victoria. En una personalidad preparada, esta antítesis desencadena nuevas energías, descubre insospechadas habilidades, abre horizontes, ordena una reestructuración de mecanismos, enriquece las diferenciaciones, de todo lo cual sale la personalidad robustecida. Se ha producido la fecunda síntesis.

Tal es la condición singular de la derrota. O provoca un cuarteamiento de la personalidad o produce un robustecimiento, un enriquecimiento. La derrota es algo peligroso, es como un veneno. Si la dosis es asimilable, se convierte en vacuna. Si la dosis no es capaz de ser asimilada, puede hacer estragos.

De estas reflexiones cabe deducir la trascendencia educativa que cobra la adquisición de hábitos de aprendizaje a la derrota.

Hemos insinuado anteriormente que el proceso mismo de la vida, el vivir mismo, aporta un progresivo crecimiento de las defensas, de los reflejos de adaptación; pero todo lo que sea reforzar este enriquecimiento defensivo (con más propiedad, enriquecimiento en las capacidades asimiladoras) constituye primordial y sólida función educativa.

Las superorganizaciones educacionales que hoy existen, traen el peligro de elaboración de climas artificiales, de ambientes prematuramente especializados. Producen bellas variedades humanas, pero casi siempre especies de invernadero. Preparar al individuo para una sociedad demasiado específica, en la que le ha de tocar vivir, es útil. Pero antes de todo ello existe la obligación de enriquecerte con una aptitud general, de hábitos animales y racionales, ante los ataques de la vida. Sencillamente es necesario que aprenda a recibir derrotas y a fortalecerse con ellas.

El deporte es ante todo juego competitivo. Es, por tanto, una lucha caracterizada por su intrascendencia lúdica. Analicemos la singular condición pedagógica que ello entraña.

Lucha significa un estado vital condicionado inexorablemente por la exigencia bipolar de la victoria o la derrota. En la competición, o se gana o se pierde.

En una vida deportiva, contabilizadas victorias y derrotas, se impone la ley de los grandes números: 50 por 100 de cada una. Aprender a competir deportivamente es aprender a asimilar un 50 por 100 de derrotas. Es una incitación al constante enriquecimiento personal con asimilación de la derrota. Es adquisición de un hábito de síntesis con las derrotas de la vida. Hay una frase hecha ya popular, incorporada a otras escenas de la vida: «Aceptar la derrota deportivamente.» Existe una confirmación cultural en considerar al deportista como la persona que es capaz de perder mejor. Insisto en que ello no significa solamente postura de elegancia social. Es, o debe ser, profunda actitud comportamental.

La intrascendencia lúdica —decíamos— con que va condimentada la competición deportiva aporta una singular condición que convierte este hábito luchador por la victoria en especialmente asimilable.

Quien ha practicado deporte o ha tratado asiduamente con deportistas, ha podido comprobar el estado de ánimo de un adolescente inmediatamente después de una derrota. Ha competido en un partido decisivo, y, después de tener la victoria al alcance de su mano, por unos descuidos finales o por un error arbitral ha sido derrotado junto con sus compañeros de equipo. Su estado de indignación o abatimiento en los momentos que siguen a la derrota es enorme. No es exagerado afirmar que puede comportarse al estado de frustración dolorosa producida por una desgracia familiar. Hay una diferencia fundamental. La frustración tras la derrota deportiva pasa rápidamente. La intrascendencia lúdica aporta su luz en el drama: «En realidad no ha pasado nada.» Se esfuman los tintes trágicos. Todo es un juego. La vida llamada seria sigue igual. Familia, estudios, trabajo, todo está en orden. No es necesario que el niño se haga concretamente estas reflexiones. Es una simple sensación intuitiva, una elemental constatación, que aparece liberadora. Se reorganizan los mecanismos de la personalidad. Las energías constructivas vuelven a su sitio, fecundadas, enriquecidas con la experiencia de la derrota superada.

El deporte es un juego competitivo. Como competición es entrenamiento para la competencia vital. Como juego es aprendizaje imperceptible, espontáneo, de esa competencia. Quizá sea el más provechoso de los juegos y la menos trágica de las competiciones.

El atleta español Albarrán encaje una tremenda decepción en la vida seria, porque se había habituado a perder jugando.

En las derrotas sonadas de muchos favoritos en los juegos olímpicos puede repetirse de algún modo el proceso. La derrota llega a ser vitalmente dramática, casi trágica, porque la responsabilidad, la significación de una victoria, hecha necesidad, había hecho desaparecer el carácter lúdico que la alta competición debía tener y se convirtió en cosa demasiado seria. Pero en casi todos los casos el atleta ha sabido reaccionar. Porque en los tiempos en que, cuando hacía deporte, jugaba, adquirió un hábito para saber perder.

El más importante suceso deportivo de nuestro tiempo, los juegos olímpicos, se ha convertido en una enorme paradoja: Se llaman juegos, y en cierto sentido lo son: públicos, internacionales, festivos. Están condicionados por rivalidades políticas organizadas, cargados de imperiosa responsabilidad, realidades muy alejadas del espíritu del juego.

Compiten en ellos deportistas que han sido verdaderos *jugadores*. Los más destacados entre ellos han dejado, en gran parte, de serlo.

Lo importante es participar

Han sido hechos ya a estas alturas bastantes experimentos sobre competidores deportivos, y elaboradas diversas teorías acerca de los resultados psicológicos de la competición.

Para muchos la competición deportiva es liberadora, oxigenadora, expresiva de la personalidad, compensadora (así Antonelli, Ancona, apoyados sobre experimentos propios y los de Stone). Otros opinan que la competición conduce por sí misma a la hostilidad, que actúa como fuente de frustraciones, que la agresión competitiva produce sentimiento de culpabilidad (así Deutsch, Janis, Katz, Husman). Por ejemplo, Stone comprobó en examen psico-

diagnóstico con T. A. T. que las respuestas de contenido agresivo en un equipo de rugby se habían reducido grandemente después de la competición con respecto al examen hecho antes de ella. Por el contrario, Husman, encontró también en el experimento T. A. T. que las fantasías agresivas en un grupo de pugilistas después de un combate indicaban signos de tensión más bien que de descarga. Tales discrepancias brotan fundamentalmente del diverso significado conceptual de términos como agresividad, catarsis, liberación, etc.

Otro aspecto que induce al error interpretativo es la imprecisión con que han sido detectados en muchos *tests* los valores y actitudes personales sin distinguir los elementos propios, originales, de los inducidos por valoraciones extra-personales de la competición deportiva: ambiente, excesiva necesidad campeonil, afán imperioso de vencer, por parte del grupo social, del país, de la sociedad. Jugadores de rugby, de boxeo, etc., pertenecientes a una organización que *necesita* victorias, son víctimas de ansiedades extra-personales, que poco tienen que ver con la original situación del individuo ante el juego o ejercicio del rugby o del boxeo.

«Todavía en general nuestra cultura muestra actualmente escaso interés hacia la actividad deportiva genuina; se aprovecha de ella, se sirve de ella (en el sentido peyorativo de la expresión), más bien que promueve su idealización. Ha industrializado el deporte, lo ha transformado en divismo, convirtiéndolo así en potente polo de atracción para todos los que, no encontrando en sí mismos suficientes razones para existir, lo buscan en el olimpo de la nueva sociedad. Es, por consiguiente, idealista pretender o esperar que el deporte hoy actúe espontáneamente como un sistema pedagógico, vuelto hacia el mejoramiento de quien lo practica y de quien asiste como espectador. Pero lo que no es posible por la falta de un adecuado clima cultural, permanece, sin embargo, siempre realizable por otra vía.»

Así se expresa con pesimismo sociológico Ancona, y señala como vía de aprovechamiento de las actuales situaciones competitivas una mayor maduración del yo, una mayor consistencia de la personalidad, que daría entonces como resultado el aprovechamiento, favorable, enriquecedor de todas estas situaciones socio-competitivas en que boy se desenvuelve el deporte, en vez de redundar en acumulación de tensión emotiva, de excitación de la agresividad, etc., tal como sucede a esa gran masa de personalidades no bien maduras.

El hecho que señala Ancona del progreso o regreso de una personalidad en la reacción ante un mismo estímulo agresor, según esté dicha personalidad madurada o no madurada, es de total evidencia psicológica, pero a un pedagogo que debe aprovechar el deporte dentro de la coyuntura actual como elemento educativo y por consiguiente estructurador y favorecedor de la personalidad, tal tesis no le dice nada positivo. Es menester descubrir en las estructuras del propio deporte sus elementos educativos, que ayuden directamente a esa maduración de la personalidad.

Sería utópico remar directamente contra la corriente del propagandismo, desprestigiar las victorias nacionales, intentar quitar importancia a las grandes hazañas deportivas. Son hechos que inundan nuestra sociedad, que la condicionan. Esta cara brillante del deporte ha dado a éste entrada en muchos cotos antes cerrados para él. En una sociedad eminentemente propagandizada, el deporte ha adquirido brillo de primera magnitud. El director de una agencia informativa internacional decía recientemente: «Tenemos tres grandes canales: uno para la información política, otro para la información deportiva y otro para todas las demás informaciones.» Esto puede tener tal significación que cobraría el carácter de acción casi suicida arremeter contra tales desmesuras deportivas.

Aceptemos los más enconados reproches que se hacen al deporte: dinero, vanidad, divismo, recompensa material.

La profesora polaca W. Nawrocka, en una encuesta realizada en 1961 con 800 deportistas calificados representando diferentes modalidades, sacó las siguientes conclusiones: Para el 51 por 100 el motivo principal de su práctica era el éxito deportivo, incluido en este concepto la garantía de una posición social.

Solamente el 18 por 100 ponía la rivalidad competitiva como motivo principal.

Y el 14 por 100 la necesidad de superar con esfuerzo ciertas dificultades propias de la disciplina deportiva.

La misma encuesta dirigida a los entrenadores, no daba resultados de más optimista espiritualidad: Según ellos, el 28,7 por 100 de los deportistas practican su deporte por su provecho material (dotaciones, bolsas, suplementos de alimentación, premios, viajes al extranjero, etc.).

El 24,3 por 100, siempre según la opinión de los entrenadores, lo practican por las posibilidades de mejorar su situación social en la vida, lo que satisface su propia ambición.

- El 19 por 100 por la sana rivalidad y el deseo de un éxito.
- El 13 por 100 por la necesidad de actividad.
- El 11,8 por 100 por el verdadero gusto, por la disciplina deportiva.

Estos y otros mil ejemplos nos inducen a aceptar que el deporte, tal cual se organiza, estructura y desarrolla en el mundo de hoy, dista de significar el puro juego competitivo, distracción, expansión de energías dormidas de la propia personalidad.

Dejarse llevar por un pesimismo a la vista de tales realidades significaría por una parte fatalismo cobarde; por otra, incluso falta de lógica, insensatez.

En primer lugar, si en la práctica deportiva existen valores espirituales, tales como afán de superación de la propia limitación, espíritu de sacrificio, generosidad en la disposición espontánea y liberal de las propias energías, etc., en toda realización deportiva existirá alguno de estos valores, por muy ocultos que se hallen debido a fórmulas exteriores.

Los jugadores de rugby de Stone o los pugilistas de Husman sentirían ansiedad y creciente tensión agresiva, pero seguramente esas personas, dejadas ya sus competiciones y vueltas a la vida normal, pondrán en práctica espontáneamente una serie de aprendizajes, de aceptación de reglas, hábitos de superación, etc., aprendidos en sus prácticas deportivas y que en el momento de intensidades competitivas podrían estar ofuscados por otros valores inducidos de las tensiones sociales que les impulsaban.

En segundo lugar, es útil comprobar cómo la práctica de los deportes por parte de la masa que se deja arrastrar por la propaganda, le hace cambiar de hábitos: primeramente, se acepta que el deporte es útil; después, se busca su práctica de alguna manera, y se preparan para las nuevas generaciones mayores facilidades (recordemos los vastos planes de instalaciones deportivas que en estos momentos están vigentes en muchos países de Europa). En este progresivo convencimiento juegan no pequeño papel los grandes campeones desorbitados por la propaganda. Si muchos de estos campeones son verdaderos jornaleros fabricados en laboratorios deportivos, no lo serán tanto los miles y miles de admiradores que más o menos borreguilmente siguen sus pasos y pretenden emularles o compensar muchos de sus complejos personales con las hazañas de ellos. No practicarán el deporte en su desnuda pureza, pero en la mezcla, en medio de mucha ganga, existirán sin duda dosis importantes de metal de ley.

En tercer lugar, siempre es posible introducir paulatinamente ideas renovadoras dentro de los grandes *slogans* que mueven hoy a los hombres. Este quizá sea el momento, como hemos insinuado al comienzo de este trabajo, no ya de iniciar el estudio en profundidad de las ideas olímpicas y deportivas en general, cosa comenzada hace ya tiempo, pero sí de procurar introducir sus más valiosos tesoros psicológicos en el engranaje organizativo, informativo y propagandístico de tales juegos.

Los puristas de toda ideología tienen el peligro de exasperarse ante la imperfecta realización práctica de sus hermosas ideas, y adoptar actitudes revolucionarias que destruyen y barren, sin aceptar lo válido de las realizaciones, y, sobre todo, las sanas raíces capaces de renovados frutos.

Entre los autores que han estudiado el olimpismo abundan los desencantados que censuran a ultranza las realizaciones olímpicas¹. El aprendizaje experimental de la paradójica condición humana —y por consiguiente de la estructura social— dualista, contradictoria a veces, nunca incontaminada, induce a una filosofía realista cuando se trata de inspirar organización, en las que junto a las sumas y multiplicaciones haya que aceptar las sustracciones y divisiones. El propio Coubertín se lamentaba con frecuencia del mal enfoque práctico que se daba a sus ideas olímpicas.

Pero sucede que las ideas, cuanto más geniales, más capaces son de largas esperas y retardados efectos.

¹ El autor de estas líneas confiesa haber casi militado entre estos soñadores y poco realistas olimpiófilos y «El olimpismo moderno. Meditación cultural.» *Citius, Altius, Fortius*, Publicación del Comité Olímpico Español. 1961, pp. 145-212.

Uno de los pensamientos cruciales de la pedagogía olímpica, repetido hasta la saciedad, pero casi siempre mal enfocado es: «Lo importante en los juegos olímpicos no es vencer, sino participar..., lo que tiene importancia en la vida no es el triunfo, sino el combate; lo esencial no es vencer, sino luchar.»

Afirmo que este lema de la participación ha sido en general mal enfocado, porque casi siempre se ha usado como secuela de las derrotas o como disculpa de las organizaciones o países impotentes, siempre enmarcado, sin embargo, en un ambiente totalmente abocado al triunfo campeonil.

Quizá estemos en la época en que el olimpismo, en un progresivo crecimiento cuantitativo, haya llegado a su plenitud numérica. Coubertín soñó siempre en la calidad de sus juegos, en el tinte aristocrático (por selección personal no socio-familiar), cultural de los eventos olímpicos. Se quedó en gran parte con los sueños. El olimpismo estaba en crecimiento. Su metabolismo interior necesitaba nutrición que le hiciese crecer y así no era posible —no lo fue— un verdadero acrisolamiento cualitativo. Hoy el olimpismo ha llegado a su máximo volumen práctico. El progreso puede ya empezar a mirar hacia dentro. Se ha hablado mucho últimamente (Roma y Tokio) del excesivo gigantismo organizativo, del esfuerzo fastuoso en que se empeñan los gobiernos de los países organizadores —no precisamente las ciudades—. Los responsables de los juegos de Méjico hablan ya más de cordialidad, de amistad, de convivencia por encima de todo, de no convertir los juegos en manifestación monstruosa, sino en piedra de toque para una inolvidable convivencia internacional.

Simultáneamente, no dentro del olimpismo, pero sí en el ámbito deportivo, algunas organizaciones nacionales buscan nuevos caminos deportivos que contrarresten el excesivo campeonismo y la demasía de las altas competiciones. La federación alemana, en su reunión anual de 1959 lanzó su manifiesto denominado «El segundo camino del deporte»: Este debe regresar a su condición de juego, de expansión, de entretenimiento, de alegría espontánea. Debe extenderse, facilitarse a todos, superando las selecciones competitivas, las «elites», y todas las consecuencias sociológicas que tales grupos de selección suponen. Tal ha de ser el deporte en el ocio, universal, asequible, fácil. Este panorama no tiende a excluir la otra dirección que ha tomado el deporte competitivo, sino a complementarla.

Este lema ha sido recogido por otras organizaciones nacionales e internacionales. Los dirigentes, cada vez más pedagogos, descubren con progresiva claridad esta noble tarea del deporte en su sencilla práctica, en su espontánea expresión, recuperando precisamente su originalidad semántica.

La época deportiva que quizá estemos comenzando posiblemente se halla más dispuesta a entender el básico *slogan* coubertiniano «Lo importante es participar».

Las guerras a muerte entre unos hombres y otros pueden ser ya tan terribles que es posible que estemos entrando en la era humana sin guerras. Sin embargo, la vida humana sigue siendo lucha, superación. Es la época de las luchas incruentas, de las competiciones lúdicas y artísticas. Ahí el deporte tiene uno de los primeros puestos.

Con el tiempo, siguiendo la evolución pacifista, aun en el mundo lúdico, vencer tendrá una significación menos definitiva. Será sustituido por el superarse colaborando, por el diálogo enriquecedor. «Lo importante es participar» quizá sea la frase de más lejano alcance profético del barón de Coubertín.

Las fórmulas organizativas que esta verdadera aceptación del lema coubertiniano hayan de suponer, escapan ya a nuestra lucubración. Sería tarea de dirigentes.

No obstante, queda aún mucho camino que recorrer hasta que el bloque mayoritario de dirigentes olímpicos y deportivos en general llegue a un convencimiento resolutivo de que el deporte: Antes de convertirse en victoria o derrota, es una actividad eminentemente económica, es decir, puede ser portador de satisfacciones necesarias para la economía psíquica.

Antes de resolverse en victoria o derrota, da posibilidades de descargar mucha agresividad acumulada en las frecuentes y crecientes tensiones de la vida.

Antes de acabar en victoria o derrota, brinda al individuo la posibilidad de sentirse protagonista, providencia de especial importancia psicológica en una sociedad cada vez más automatizada y clasificada, donde el individuo deja de ser artesano para convertirse en obrero-pieza.

Antes de llegar a ser victoria o derrota, alimenta de algún modo (según inspira M. Moreno) la imagen perennemente juvenil de nuestra persona arquetípicamente simbolizada en el *puer aeternus* jungiano, mantenedor de nuestra vida de ilusiones, de un mundo permanente de posibilidades, sin ataques definitivos, libre como la fantasía, independiente de toda mezquindad, de un mundo donde es posible aún ser héroe.

Después de ser derrota, enseña sin acritud el lenguaje realista de la propia limitación.

Después de ser derrota, desencadena ricas energías de recuperación, descubre secretas posibilidades en los mecanismos de respuesta.

Después de ser derrota, induce al individuo a una resolución auto-determinadora (aceptación cabal de la derrota), actitud compensadora de la muchedumbre de frustraciones en conflictos no escogidos (laborales, económicos, ambientales, etc.).

Después de ser derrota, el deporte enseña a todos la media parte débil que somos e incita a intentar la superación.

Después de ser derrota, el deporte enseña a sonreír, a abrazar sin resquemores, a reintegrarse sin complejos, a dialogar entendiendo el argumento contundente de la victoria ajena.

Yo me atrevería a invitar a la Academia Olímpica Internacional, en su papel de estudiosa del presente olímpico y de inspiradora efectiva de su organización, a convocar una reunión anual de estudio dedicada al descubrimiento del lema coubertiniano «Lo importante es participar», desde diversos puntos de vista: histórico, social, psicológico, técnico-competitivo, directivo, pedagógico, etc. Este lema constituye, según creo, una de las más interesantes vetas de la cantera coubertiniana, todavía en gran parte no explotada.

LA EDUCACIÓN FÍSICA, ¿CIENCIA?

El presente trabajo se concreta en la reflexión acerca de la educación física como posible ciencia, reflexión para la cual podemos seguir dos métodos opuestos: Uno más teórico, partiendo del análisis de los conceptos: otro, más realista, examinando el *corpus* aceptado culturalmente como totalidad de estudios y prácticas y especificado por el objeto considerado como propio de la educación física.

Educación

El término *educación, educar*, nos evoca un contenido de todos conocido, aunque por elemental y a la vez universal, sea difícil reducirlo a definición. ¿El término proviene del latín *educere*: sacar hacia fuera. La acción de educar, en realidad, no es otra cosa que ayudar a salir al ser necesitado de ello, al niño desde el vientre de su madre, desde su limitado mundo de infancia, hacia mundos más abiertos; es la ayuda al diálogo con la vida desarrollando las facultades que para ello existen en potencia.

La vida es un proceso de exclaustación. Es un progresivo éxito desde claustros pequeños a ambientes superiores. Nunca dejará el hombre de estar de alguna manera enclaustrado en el ámbito de sus propias limitaciones. Educar consiste en ayudar al ser humano en ese proceso de salida, en esa búsqueda y necesidad de anchuras mayores con las que establece contacto. El primer momento educativo importante es el nacimiento. El tocólogo saca hacia fuera al niño, le ayuda a salir, coopera al impulso que biológicamente había iniciado la propia naturaleza. La salida del primero y más pequeño claustro que conoce el ser humano en la vida, el claustro materno, es un importante suceso educativo, aunque en él no existen explicaciones teóricas ni enseñanzas conscientes; es una educación puramente *física*, como sagazmente indicaba Yela¹, de manipulaciones, de ayudas posturales, de equilibrios corporales.

En la vida se sucederán las progresivas exclaustaciones. Pero hay unos momentos más importantes que otros, en los cuales la presencia del educador tiene capital significación. A los tres, cuatro o cinco años —según las distintas costumbres sociales— el niño sale de su reducido encerramiento familiar al ámbito más ancho del mundo escolar. Surgen nuevos estímulos, sorpresas, a los cuales debe responder el individuo; debe dialogar con la vida valiéndose de nuevos recursos, latentes en él en forma embrionaria e indiferenciada, a los que es menester dar forma adecuada en cada momento preciso. En cada uno de esos momentos juega el educador importante papel.

A los trece o catorce años, con el acceso al período puberal, en la iniciación a la dolidad adolescencia (valga la tautología), el individuo descubre nuevos paisajes, más dilatados que cuando niño, pero ahora principalmente dentro de sí mismo. El erotismo las localizaciones sexuales, el descubrimiento pleno del «yo», el impulso de autorreflexión, la capacidad crítica, la consecuente tendencia a la independización, etc., aparecen tumultuosamente, descubriendo dilatados panoramas internos, el gran claustro del mundo propio las crisis en este período son frecuentes, principalmente por la ausencia de certeros educadores, que, en vez de alarmarse, ayuden al jovencito a salir desde el pequeño y simplificado mundo de la infancia al complicado marco de la propia personalidad.

Otro momento importante en este proceso de engrandecimiento dialogal es el paso de los estudios medios a los superiores, o, dentro del llamado mundo laboral, de las prácticas y estudios del aprendizaje al trabajo. El incipiente universitario, más que descubrirse a sí mismo descubre a la propia generación; aparece la conciencia del «nosotros». Percibe la fuerza de su propio grupo, ya en plenitud de facultades físicas e intelectuales, y sin embargo, dependiente socialmente, impotente. Halla insospechados fallos en la sociedad en que vive, y pretende arreglarlos por la vía que sea. Su generación nada tiene que perder. Una enérgica necesidad de protagonizar se apodera de ella. De ahí la facilidad sociológica de la postura subversiva universitaria. Este es momento para importantes educadores, de actitud muy distinta de la que los que dirigen adolescentes o niños. Pata ayudar al individuo en este crucial período del encuentro con la adultez generacional, son menester educadores de prestigio, sin tópico, sin afincamientos institucionales predeterminados, capaces de presentar unas visiones completa de los fenómenos humanos y sociales, y por tanto, poseedores ellos mismos de esta visión.

¹ «El hombre, el cuerpo y la educación física». *Citius; Altius, Fortius*. (Publicación del Comité Olímpico Español, VII, 2, p. 223. 1965.

El proceso de enriquecimiento personal no acaba en esta coyuntura de los 17-20 años. Prosigue toda la vida o al menos debe proseguir. Ser educable toda la vida significa ser capaz de seguir enriqueciéndose, mantenerse apto para respirar nuevos horizontes.

Un educador será tanto mejor cuanto posea mayor riqueza de elementos para ayudar a dialogar rectamente con la vida y cumplir así el fin para el que existe. Toda clase de conocimientos, son, por consiguiente, útiles al educador. Pero no bastan conocimientos, cultura, erudición. Es menester intuición pedagógica, tacto, tino, decisión, ese algo indefinible que se da en toda vocación profesional y que es más exigible en aquellas que han de tratar directamente con los hombres. La educación no puede reducirse a un cúmulo de enseñanzas —pecado intelectualista de nuestra tradición occidental—, ni basta la adición de hábitos de voluntad, aunque todo ello esté regido por sanos criterios de vida. La educación debe atender a toda la persona. Debe, pues, partir de un concepto de la persona humana.

Sería caminar fuera del objetivo y horizontes de esta lección iniciar cualquier estudio (filosófico, psicológico, antropológico, sociológico, etc.) de la persona humana. Para no salir de nuestra línea, bástenos recordar que en la persona existen dos ingredientes (sean éstos materia y forma, partes esenciales, energía y expresión, extensión x' pensamiento, según terminologías de diversas escuelas), uno espiritual y otro físico. La educación debe atender a ambos. Ello no significa que hayamos de dividir la educación en *partes*, como se ha hecho clásico entre algunos modernos propulsores de la educación física. La educación no tiene partes. Se educa siempre a la persona, con acento, según la especialización, en alguno de sus aspectos personales. Pero siempre el sujeto integral de educación es el ser humano.

Podríamos, según ello, señalar la educación como el arte, ciencia, sistema o técnica de ayudar al individuo al desarrollo de sus facultades para el diálogo con la vida y consiguiente cumplimiento de su propio fin.

Educación Física

Pretender introducirse en la evocación semántica del término griego *fysis*, origen de nuestra palabra, sería enfrentarse con materia para una o varias tesis doctorales, empeño alejadísimo de la escueta cita que aquí nos podemos permitir. *Fysis* ha sido traducido por naturaleza, traducción que en ocasiones se ha aplicado también a *ousia*. Fue uno de los conceptos de más amplia evocación en el mundo antiguo, algo profundo, constitutivo de la naturaleza, entendido después de Aristóteles como verdadero «principio y causa del movimiento y del reposo intrínseco al ser en el que reside». Los estoicos llegaron a identificar la *fysis* con *Zeus*, siendo la naturaleza o *fysis* de los hombres parte solamente de esta *fysis* universal. Platón manifiesta que «según los antiguos, la *fysis* es la génesis de lo primitivo».

Actualmente, *físico* en su amplia acepción es lo perteneciente a la constitución y naturaleza corpórea o material. En tal sentido se aplica a las ciencias físicas o de la naturaleza llamada inerte. Referido al ser humano, físico se entiende por aquello que forma su constitución y naturaleza, y en segunda acepción por el aspecto exterior de una persona.

En esta doble acepción personal ha de entenderse el adjetivo que completa la expresión «educación física». Según ella, educación física sería el arte, ciencia, sistema o técnicas de ayudar al individuo al desarrollo de sus facultades para el diálogo con la vida, con especial atención a su naturaleza y facultades físicas. Es decir, educación física es aquel aspecto de la educación en general que llega al individuo atendiendo primariamente su constitución física, su destreza, armonía de movimientos, agilidad, vigor, resistencia, etc. Un sistema educativo donde cuenta sobre todo el hombre en movimiento y consecuentemente el hombre en especial actitud espiritual. No es un aprendizaje de movimiento, como *han* sostenido algunas escuelas embarrancadas en niveles atomísticos, sino —repitamos— una educación del hombre sistematizada a partir de una atención a su propia condición física generalmente detectada en movimiento y apta para el movimiento.

Todas las nacientes teorías educativas suelen encontrar obstáculo máximo en la estructura tradicional de la cultura. Por ello la educación física, que, como movimiento pedagógico consciente, no llegó hasta finales del siglo XIX, ha tenido que ir acoplándose a toda una tradición de enseñanzas, especializaciones, horarios, etcétera, que la han minimizado. Uno de los más tristes aspectos que ha tenido el movimiento en pro de la educación física es su autodefensa como *asignatura* en los programas escolares. Ha sido como pedir limosna de las migajas de horarios que una vieja distribución escolar súper-intelectualizada dejaba entre sus estrechos resquicios. En muchos países de nuestra cultura occidental ha evolucionado esta actitud hacia un modo general de enfoque educativo. La tristeza en

la búsqueda de la migaja subsiste en otros, como el nuestro, con la particularidad de que hay quienes incluso la niegan. La culpa no está tanto en estos últimos, defensores por oficio de esquemas ya hechos, como en los que por prudencia o por propio desconocimiento no se han atrevido a plantear los problemas a más profundas niveles.

Si educar es, en alguna manera, ayudar al diálogo con la vida, es conveniente recordar que toda iniciación al contacto con la vida es sensorial, y todo hecho sensorial viene condicionado por las coordenadas espacio-tiempo. No es menester caer en las tajantes teorías kantianas sobre el papel deformador o «elaborador» del binomio espacio-tiempo, para aceptar el importante condicionamiento que estas dos entidades o «categorías» imponen al hombre en su comunicación. Antes de que el hombre pueda comunicarse conceptualmente con sus semejantes, dialoga ya con éstos y con el resto del mundo por gestos, de tal forma que una importante serie de hábitos, de invitaciones, espontaneidades y respuestas ha conformado elementalmente su personalidad. Aparecido y evolucionado el lenguaje conceptual, cimera expresión humana, subsiste el nivel del gesto físico como importante campo captador de noticias exteriores y emisor de vivencias interiores. A partir de este fundamental nivel antropológico hay que colocar la educación física en su verdadero y completo sentido. Tiene ella mucho que ver con la educación sensorial, perceptiva, motriz, con el aprendizaje propioceptivo y exteroceptivo, con la noticia espacial, con la respuesta personal a la incitación espacial, con la organización temporal, rítmica de la propia persona².

Importantes parientes como la música, la danza, la expresión canora, y, en nivel humano colectivo, el folklore, etc., deben ser tenidos en cuenta, dado su carácter de espontánea expresión física humana, en toda seria estructuración de la educación física, y, sin pretender absorberlos, integrarlos armónicamente en su amplio cometido.

Capítulo aparte merece la especialización paidológica de la educación física, excesivamente descuidada hasta el presente, debido probablemente a la fuerte vinculación cultural entre la educación física y el deporte, que ha tapado los ojos durante mucho tiempo impidiendo descubrir la original importancia educativa de la educación física muy anterior a toda prestación deportiva, aunque directamente favorecedora de ella. La atención de la educación física a los niños muy pequeños es un campo de importantes responsabilidades y risueño porvenir. Todavía hay quienes se sorprenden un poco de oír estas aseveraciones, como se sorprendieron algunos cuando la rectora de la *Sporthochschule* de Colonia, profesora Diem, exponía en el congreso mundial de Educación Física y Deportiva de Madrid, en 1966, el tema «La educación física en el primer año de vida».

Otro capítulo digno de ser notado es el papel creciente que puede desempeñar la educación física en la educación de subnormales —cuyos porcentajes en países avanzados superan el 10 por 100 de la población— buscando los caminos de reestructuración y adaptación personal con atención a los primarios y menos castigados niveles de aprendizaje personal, cuales son precisamente los niveles físico-animales, muy desatendidos generalmente por la casi exclusiva preocupación de educar la inteligencia.

La educación física como investigación humana y, sobre todo, como aspecto singular de las ciencias de la educación, tiene un amplio cometido y va adquiriendo entidad internacional, al menos en el ámbito de las ciencias aplicadas. Así lo entiende por ejemplo, H. Hebbelinck, para el cual la educación física es «la actividad que intenta influir favorablemente en el hombre biológica y pedagógicamente por medio de actitudes y movimientos sistemáticos»³.

En este sentido se inclinan con insistencia los autores modernos. Quizá no hayan sido capaces de desembarazarse del todo de cierta timidez y complejo de inferioridad ante otras ciencias, para explayarse con convicción por el terreno de la expresión humana, en la que una rigurosa educación física tiene mucho que decir.

² Han aparecido en estos últimos años casi simultáneamente movimientos de educación física atentos a estos enfoques fundamentales, y empieza a plantearse la problemática de la educación física a partir de estos niveles originales. En tal sentido pueden citarse los métodos y experiencias de Le Boulch, Souviran, Picq, Vayer, y en algún sentido de Medau. Entendiendo la importancia de tales preocupaciones científicas, miradas todavía con recelo por muchas posturas cómodas, el Instituto Nacional de Educación Física de Madrid ha instaurado con carácter fundamental la asignatura «Educación Física de base», no al viejo modo en que dicha expresión viene a coincidir con la gimnasia básica, sino incorporando la citada preocupación por los orígenes físico-educativos en los esquemas académicos del Instituto. La postura no es cómoda pero la consideramos necesaria.

³ H. HEABELINCK. Essai d'appréciation de l'éducation physique en tant que science appliquée. Mouvement. (Québec) 1, 3, p. 151,

II

Para delimitar, según el segundo método enunciado, el contenido de la educación física, acudimos a las teorías y sistemas hoy vigentes acerca de esta materia.

Al revisar algunos de los principales estudios realizados en el último decenio, aparecen variadas opiniones, según la educación física sea aceptada como ciencia o simplemente como teoría, y según una u otra tengan el rango de:

- Subordinada a otras ciencias.
- Condicionada a otras ciencias.
- Relativamente independiente.
- Absolutamente independiente.
- Ciencia transversal⁴.

El terreno de la filosofía o teoría de las ciencias siempre ha sido inconsistente; variedad de opiniones, enfoques diversos. Cuando la materia que se pretende fijar tiene la heterogeneidad y variabilidad de lo que entendemos por educación física, cultura corporal o ciencias del deporte, la inconsistencia aumenta.

Sin entrar en erudición bibliográfica, es conveniente, sin embargo, presentar un resumen suficiente para comprender la dimensión del problema y la voluminosa importancia que para todo progreso en el campo de la educación física se está dando a su posible emplazamiento como ciencia.

De la ya extensa bibliografía sobre la materia, destaca por su aportación sistematizadora el citado trabajo del profesor Schmitz: «*El problema de la «ciencia» del ejercicio físico y del deporte*». En él clasifica el profesor alemán las variadas opiniones, principalmente en Centro-Europa, acerca de la hipotética ciencia en dos grandes grupos: Quienes niegan a la educación física *status* científico autónomo. Quienes definen un campo científico independiente de otras ciencias. Son actualmente muy pocos los que se empeñan en negar a la educación física su carácter científico. Contra ellos arremete

Schmitz: «En un afán idealista, movido por una manera juvenil de ver las cosas y por una conformidad natural, se pretende que basten aquí los móviles espontáneos de movimiento y de juego humanos, la exaltación de la naturaleza, los esfuerzos y luchas por la presencia del ejercicio físico en la educación, en la cultura y en la sociedad, ignorando que el hombre inteligente busca, con creciente anhelo, unos conceptos documentados acerca de su realidad como tal. El temor casi patológico a un «exceso de cientifismo» o «exceso de pedagogismo» en lo referente a la educación física y el deporte, deforma la estructura de la educación física de igual manera que la realidad del hombre como tal. Manifestaciones como las de Roosenboom (1934) y Fink (1965), pasan por alto el hecho de que, por una parte, los supuestos de la práctica del deporte, que ellos mismos acentúan, quedan en pie aun cuando se busque su conocimiento teórico y su base científica; a su vez, y por otro lado, la práctica del ejercicio físico puede tener lugar al margen de cualquier entusiasmo espontáneo, sin que por ello deje de considerársele como actividad de movimiento necesaria para la salud y el bienestar de los hombres. El que no quiere o no puede hacer el esfuerzo de someterse a los conceptos y al sentido teórico del deporte, debería, por lo menos, callarse»⁵. Así opina Schmitz de los aprioristas negadores de la educación física como ciencia, cada vez afortunadamente, en menor número.

Dentro de la tendencia de negación científica, pero con pronóstico esperanzador, se halla en cierto modo O. Grupe, el cual admite como objeto verdaderamente científico a la educación física y al deporte, pero aún no está suficientemente sistematizada, precisada ni independizada para pasar de ser teoría a ciencia. Lo enmarca dentro de las ciencias de la educación.

El encuadramiento dentro de estas ciencias de la educación con verdadero carácter científico propio es quizá la opinión más extendida en los momentos actuales. En esta línea abundan autores importantes como Englert, Meinel, Goelder, Lukas, Roblitz, Groll, Bernett, Paschen, y, en algún aspecto, el antes citado Crupe.

⁴ Clasificación tomada de J. N. SCHMITZ, *El problema de la «ciencia» del ejercicio físico y del deporte*, publicado en *Cines, Altas, Portes*. (Publicación del C. O. E.) VII, 4, pp. 439-470.

⁵ J. M. SCHMITZ, o. c. 443.

El profesor Fetz se inclina a veces por la «teoría» de la educación física, a veces por la «ciencia». «Esta rama de la ciencia —dice— tiene su sitio dentro de los límites de la pedagogía, de la que recibe su último sentido.» Sin embargo, hemos de observar que la educación física ha de entenderse como una educación total a partir del cuerpo⁶, y no como educación de lo físico, como cabría, por el contrario, dentro de la educación de la inteligencia... La teoría de la educación física se trata de un círculo de problemas especiales de la educación; es el conjunto de problemas resultantes del problema cuerpo. Para la constitución de esta ciencia, Fetz evoca aspectos pertenecientes a la pedagogía, a la psicología, a la anatomía, a la fisiología, a la estética, a la higiene, a la biología, a la sociología, al folklore y a la física⁷.

En este enfoque de ciencia singular que debe contar fundamentalmente con otras ciencias, Fetz sigue la línea de Carl Diem, aunque éste es mucho más rotundo y aboga con convicción por la existencia de una verdadera ciencia constituida. «La ciencia del deporte es simplemente la ciencia del hombre en movimiento.» Posteriormente aclara: «La ciencia del deporte no es una ciencia que registra los conocimientos y los logros deportivos, sino una parte del esfuerzo humano encaminada a perfeccionar, por medio de la ciencia, la naturaleza del hombre, sus objetivos en el mundo y las obligaciones dimanantes de su misión... La ciencia del deporte es en gran parte ciencia de la educación, que roza ampliamente, partiendo del fenómeno juego, muchas otras disciplinas: filosofía, psicología, medicina, historia de la cultura, etnología, sociología, etc... Al igual que en otras partes, también aquí aparece la necesidad de una síntesis; ella es la *ciencia del deporte*»⁸.

Para Falize, la educación física es, ante todo, un arte estrechamente asociado a la pedagogía. Bajo ciertos aspectos, es también una ciencia: ciencia humana, indudablemente, que nunca podrá aspirar al rigor de las ciencias exactas, la física y la química⁹.

Para el profesor checo Stranai, «es misión de los científicos recoger en una teoría de la educación corporal, considerada como ciencia autónoma, todo lo que se descubre por los caminos de la práctica y la ciencia. Como enseñanza, esta nueva ciencia se relaciona con las *pedagógicas*. En muchos otros aspectos comprende, sin embargo, una problemática común, tanto a las ciencias naturales como a las sociales». Posteriormente dice: «De acuerdo con su carácter, la teoría de la educación corporal es una ciencia social que prácticamente ha desarrollado en la actualidad... todo un sistema de ciencias de cultura corporal»¹⁰.

H. Altrock comienza su importante obra en cinco tomos *Schule Leibeserziehung, Reform und Aufgabe*, con este solemne enunciado: «La educación física ha de ser uno de los principios básicos de la educación total, de la cual no debe estar separada»¹¹.

El profesor vienés H. Groll dice que «La teoría de los ejercicios físicos puede hoy reclamar un campo de acción relativamente autónomo desde el punto de vista científico, porque se presta a una delimitación clara del *objeto*, *contenido*, *ámbito* y *planteamiento de los problemas del mismo*».

He aquí ya un planteamiento rigorista según clásica exigencia de la teoría de las ciencias. Sistema y delimitación metodológica, contenido o *corpus*, objeto.

En cuanto al sistema y metodologías que se emplean hoy en el campo científico de la educación física y el deporte, aunque existen variedades, aparecen claras líneas cada vez más definidas: Una, parte del campo general de las ciencias biológicas. Otra, camina inspirada por métodos pedagógicos. Los métodos de observación sistemática y

⁶ Enumeración tomada de GAULHOLFER en la exposición de su método natural austriaco.

⁷ FETZ, E., Beitrage zu einer Bewegungslehre d. Leibesübungen (Aportaciones a una enseñanza del movimiento en los ejercicios físicos). Viena, 1964, pp. 11 y ss. Tomado de J. N. SCHMITZ, o. c. pp. 448-449.

⁸ DIEM, C., Sport als Wissenschaft (El deporte como ciencia) en Deutsche Studentenzeitung, 8 y 9/1953, así como la literatura sobre el problema de la ciencia del deporte, en Die Leibeserziehung, 5/1957 p. 129 as. Tomado de J. N. SCHMITZ o. c. pp. 458-459.

⁹ FALIZE, J. Invitación a la investigación en educación física y deporte, Citius, Altus, Fortius, (Publicación del C. O. E.), VII, 4 p. 470.

¹⁰ STRANAI, K, Über die Notwendigkeit, die Theorie der Körpererziehung als selbständige wissenschaftliche Fachdisziplin auszubilden (Sobre la necesidad de establecer la Teoría de la educación corporal como una especialidad científica independiente), en Theorie u Praxis d. Körperkultur, 9/1962, pp. 794-809. Tomado de J. N. SCHMITZ, o. c. pp. 463-464.

¹¹ ALTROCK, H., o. c. Band I, Die pädagogische und organisatorische Aufgabe. p. 8.

objetiva, coincidentes con los de las citadas ciencias, van siendo ya suficientemente estandarizados, creando metodología específica.

En cuanto al contenido o *corpus*, ya Gabriel afirmaba hace unos años: «El desarrollo de la educación física en la actualidad justifica sus pretensiones a cierta independencia dentro de la ciencia de la educación, ya que una simple ojeada a la bibliografía especializada del siglo pasado y de nuestros tiempos descubre la abundancia de investigaciones científicas irreprochables y la de obras que tratan de los ejercicios físicos como parte de la vida y de la cultura»¹².

Dejamos para el último lugar las reflexiones acerca del *objeto* de la ciencia de la educación física. Es éste el punto central para la determinación de una ciencia. No puede constituirse ésta sin objeto propio. Objeto formal, objeto en algún modo específico, objeto propio de la investigación, según las clásicas terminologías, son de todo punto necesarios para que un *corpus* de conocimientos y estudios sea erigido como ciencia. Por ello vamos a proceder con mayor detenimiento en la consideración del objeto de la educación física.

Ya en 1928 Muller llega a la conclusión de que la ciencia de los ejercicios físicos es la *enseñanza del movimiento*, porque lo «sustancial», lo «originariamente básico» de todo ejercicio físico consiste en el movimiento, que no es precisamente «el movimiento de trabajo o encaminado a un fin», sino el «movimiento sin un fin determinado», el movimiento vivido¹³.

En 1934, Zeuner señala el *movimiento orgánico*, como materia central de la ciencia de los ejercicios físicos. El objeto de esta ciencia consistiría en «coordinar las diferentes opiniones sobre el problema del movimiento orgánico y comprobar sus leyes en todos los campos». Muy posteriormente, en 1959, aboga ya rotundamente por la «educación del movimiento como ciencia», cuyo objeto es el hombre como ser móvil y capaz de automovimiento»¹⁴. «La ciencia del deporte —volviendo a Carl Diem— es simplemente la ciencia del hombre en movimiento»¹⁵.

Para Meinel, «En el punto central de la cultura corporal y del deporte está el *hombre en movimiento*», el *hombre activo en sentido corporal* que adopta frente al mundo exterior no la postura que crea bienes y valores productivos,

¹² GABRIEL, Leo. *Ist Sport eine Wissenschaft?* (¿El deporte es una ciencia?) en *Olymp Feuer*, 8/1955. Tomado de J. N. SCHMITZ, o. c. p. 456. Sabido es que la envergadura y calificación de las diferentes ramas científicas viene reflejada en el número y calidad de sus revistas especializadas. Cito a continuación una lista de aquellas revistas que en el campo de la educación física y actividades deportivas alcanzan la internacional aceptación de científicas o de alta cultura: *Athletic Journal* (Evanston). *Citius, Altius, Fortius* (Madrid). *Cultura física si sport* (Bucarets). *Défense du sport* (París). *L'éducation physique* (París). *Education physique et sport* (París). *Fiziceskaja kul'tura vaskole* (Moscú). *Fizicka kultura* (Belgrado). *Hermes* (Nápoles). *Journal of health, physical education, recreation* (Washington). *The journal of sport, medicine and physical fitness* (Turín). *Körpererziehung* (Berlín). *Kultura fizyczna* (Varsovia). *Leibeserziehung* (Schorndorf). *Leibesübungen* (Frankfurt/M). *Leibesübungen-Leibeserziehung* (Viena). *Médecine, éducation physique en sport* (París). *Medicina dello sport* (Turín). *Medizin und Sport* (Berlín). *Physical education* (Londres). *The research quarterly* (Washington). *Revista chilena de educación física* (Santiago de Chile). *Revue de l'éducation physique* (Lieja). *Scholastic Coach* (Nueva York). *Schweizaeische Zeitschrift für Sportmedizin* (Ginebra). *Sport* (Milan). *Sportés tudomány* (Budapest). *Der Sportarzt* (Colonia y Berlín). *Spporterziehung, Bewegungsbildung* (Celle). *Sportmedizin* (Friburgo). *Telesna vychova mladeze* (Praga). *Teorie a praxe telesne vychovy* (Praga). *Teorija i praktika fiziceskoj kul'tury* (Moscú). *Testnevelés tudomány* (Budapest). *Theorie und Praxis der Körperkultur* (Berlín). *Vuprosi na fiziceskata kultura* (Sofía). Estas 36 revistas son las catalogadas en primerísima categoría entre las 184 recogidas como revistas científicas o culturales por el departamento de Documentación de la *Deutschen Hochschule Iir Körperkultur* de la Universidad de Leipzig. Por ejemplo, solamente ha sido recogida en la lista la revista cultural deportiva española *Citius, Altius, Fortius*, siendo así que en España se publican más de 300 revistas deportivas.

¹³ MULLER, K., Gibt es eine Wissenschaft der Leibesübungen? (¿Existe una ciencia de los ejercicios físicos?) en *Dic Leibesübungen?* Berlín 18/ 1928, pág. 464. Tomado de J. N. SCHMITZ, o. e. p. 457.

¹⁴ ZEUNER, M., Gibt es eine Wissenschaft der Leibesübungen? (Existe una ciencia de los ejercicios físicos?) en *Leibesübungen u. körpererz. Erziehung*, 5/1934, pág. 92; *Dié Frage der Körpererziehung als Wissenschaft* (El problema de la educación corporal como Ciencia) en *Theorze u. Praxis d. Körperkultur*, 10/1959, pág. 9. Tomado de J. N. SCHMITZ, o. e., pp. 457-458.

¹⁵ DIEM, C., o. c.

tal como ocurre en el trabajo humano, sino que *resuelve educarse a sí mismo para perfeccionarse como ser biológico y social*»¹⁶.

Según Stranai, el grupo científico y materias que constituyen el sistema de ciencias de *cultura corporal* sitúa «su objeto central en el movimiento»¹⁷.

Como puede comprobarse por estas citas, existe una clara y casi unánime opinión en la determinación del objeto de esta ciencia: *el hombre en movimiento o capaz de automovimiento, como ser móvil*. Incluso autores que no citan directamente ninguno de estas expresiones, tampoco las excluyen y, en alguna manera, se sobreentiende que las aceptan. Por ejemplo, Groll dice que «El objeto de la investigación de la teoría de la educación física es el fenómeno cultural y el problema social de los ejercicios físicos, con sus múltiples repercusiones en el campo de la educación en general»¹⁸. El habla aquí de la teoría de la educación física como materia puramente teórica en un grado superior de abstracción, de reflexión.

El fenómeno cultural y el vasto problema social producido por los ejercicios físicos nos abren un panorama que debe ser englobado en la ciencia que estamos comentando. Es el resultado organizativo, social, político, del hombre en movimiento en su aspecto menos analítico, de más amplia humanidad. Esta dimensión, que muchos autores no especifican, debe comprenderse como implícitamente aceptada al hablar del hombre en movimiento, puesto que es un aspecto necesariamente derivado de la condición social comunicable del hombre.

En resumen, podríamos definir el objeto de nuestra ciencia como «*el hombre en movimiento o capaz de movimiento, y las relaciones sociales creadas a partir de esta aptitud o actitud*». Así, el mundo del deporte, hasta sus más empujadas manifestaciones internacionales, son objeto de estudio de esta ciencia.

Por su singularidad, traemos como última cita la del holandés Rijsdorp, el cual señala la independencia del área científica de los ejercicios físicos, y a esta área independiente propone la sugestiva y evocadora denominación de *Ginnología* como ciencia. Ella investiga los ejercicios físicos y su aplicación en todos los terrenos en que tropezamos con ellos... El objeto de la ginnología tiene aspectos anatómicos, biomecánicos, fisiológicos, psicológicos y sociológicos; pero, además, conociendo la problemática didáctica, es decir, pedagógica, la ginnología entra en los problemas filosóficos y antropológicos»¹⁹.

Antes de puntualizar algunas consecuencias de esta exploración bibliográfica, será conveniente registrar una complicación metodológica con la que nos hemos topado; la variedad terminológica existente en la simple denominación de nuestra ciencia, terminología que hemos usado indistintamente sin previa advertencia. De las citas recogidas y de las expresiones usadas en diversos estudios, aparece una lista suficiente para producir desconcierto:

Educación Física (la más extendida, América, Asia, África, Australia y gran parte de Europa);

- Cultura física (en general, Europa oriental);
- Cultura corporal (*ibid.*);
- Educación corporal (esporádicamente usado);
- Ciencias del deporte (repetido indistintamente);

¹⁶ MEINEL, K., Algunos pensamientos acerca del carácter científico y de la independencia y autonomía de nuestra especialidad en *Theorie u. Praxis d. Körperkultur*, 7/1957, pp. 637 y 642. Tomado de J. N. SCHMITZ, o. c., pp. 459-460.

¹⁷ STRANAI, o. c. El citado autor define, a continuación el objeto de la educación corporal en estos términos: «La teoría de la educación corporal como rama científica independiente se ocupa de la investigación de las relaciones, interdependencias y legalidad de la educación corporal, primeramente como parte componente de la educación general, después investigando la legitimidad de su origen, de su desarrollo y progreso dentro de los límites del desarrollo general y como fenómeno social; finalmente se ocupa de la determinación de sus subordinaciones, sus fundamentos legales y sus diferentes condiciones según las categorías, objetivos y problemas que se plantea según los principios, el contenido y los medios que emplea en sus procesos, y según los métodos de organización y la fenomenología de la educación corporal.»

¹⁸ GROLL, Hans, Posibilidades y límites de la Ciencia de la Educación Física, en *Idee u. Gestalt d. Leibeserziehung heute*, Wien, 1957, p. 57 ss. Tomado de J. N. SCHMITZ, o. c. pp. 454-455.

¹⁹ RIJSDORP, K. Grundlagen der Leibeserziehung (Fundamentos de la educación física), *Die Leibeserziehung*, 10/1962, p. 323. Tomado de J. N. SCHMITZ, o. c., pp. 465-466.

Educación física y deportiva (Congreso Mundial de Educación Física y Deportiva, Madrid, 1966);

- Pedagogía del deporte (algunos puntos de Europa occidental);
- Ciencias de los ejercicios físicos y corporales;
- Fisiografía, Amsler²⁰. Registrado ya en catalogaciones bibliográficas internacionales, por ejemplo en *Documentation Sportive, Institut National des Sports* (París);
- Fisiopedagogía, Cagigal²¹;
- Gimnología, Rijdsdorp²²;
- Scienza dell'attività motorica (Instituto de Medicina del Deporte, de Roma).

Todas estas denominaciones son duplicadas en el uso, según los autores hablan de una *teoría* de la educación física, de la cultura física, etc., o de una *ciencia* de la educación física, de la educación corporal, etc. Una consideración superficial de esta babel terminológica puede inducir a un diagnóstico de inmadurez de contenido. No es así. En primer lugar, el nombre de una ciencia aparece con posterioridad a los especialistas que la introdujeron. El término filosofía aparece en el siglo V a. C. cuando bastante antes, auténticos filósofos la practicaban sin ser conscientes de tales. La geografía es, en realidad, fundada por la *Royal Society de Londres* (1666) aproximadamente un siglo después de Mercator. Algo parecido sucede con la zoología, física, química, economía política, etc.²³

Además es interesante observar las características singulares de cada ciencia en su nacimiento. Comúnmente las nuevas ciencias surgen por desprendimiento especializado de ciencias madres que anteriormente las abarcaban indiferenciadamente.

El *corpus* científico de la educación física no se ha desprendido de ciencia alguna, sino que ha ido formándose de una manera anárquica, como derivada de modos sociales, de innovaciones pedagógicas, de la diversidad de orígenes que ha tenido la actitud del hombre en movimiento, condicionado todo por la variada organización y estructuración que, según épocas, países, costumbres, ambientes culturales, han tenido las prácticas físicas del hombre.

De todo ello surge la imprecisión conceptual en la que nos movemos. No es la excesiva bisoñez la que sumerge a la educación física en confusión terminológica. Es el contraste que existe entre la madura evolución de muchos de sus contenidos (prácticas gimnásticas, deportes, estudios anatómicos, fisiológicos, sociológicos, etc.) y la actitud, definida en talante, pero estructuralmente incipiente, de una conexión orgánica de todo ello. Cada sistema, cada país, influido por hábitos sociales y más modernamente por presiones políticas, ha organizado a su manera estas enseñanzas, y así conviven hoy día las facultades de educación física de las universidades de Europa oriental, de América y Japón o los institutos universitarios del mundo germánico occidental con multitud de escuelas de puro aprendizaje práctico y prestigio secundario que todavía existen en muchos países.

A pesar de todo, la precisión cada vez más unánime del objeto de la ciencia que nos ocupa, el hombre en movimiento o capaz de movimiento, elimina los temores de no poder progresar. Importa ante todo haber delimitado este objeto y procurar depurar al máximo los métodos de investigación y, consecuentemente, los objetivos de las instituciones pedagógicas en las que se concreten las tareas de esta ciencia²⁴.

La tendencia a una unificación terminológica internacional es ya preocupación del *Bureau de Documentation et d'Information* del CIEPS de la UNESCO. No es tarea fácil, porque inciden en este hecho muy variadas tradiciones locales, enfoques culturales, sociales y políticos.

²⁰ *Heródico o de la Fisiografía. Citius, Altius, Fortius* (Publicación del C.O.E.), 1, 3, pp. 295-303, 1959.

²¹ CAGIGAL, J. M. *Hacia una psicopedagogía específica del profesor de educación física*. Congreso sobre la formación científica del profesor de Educación Física, Lisboa, 1963, publicado en «Bulletin de la Fédération Internationale d'Education Physique», sep. 1963, pp. 136-141.

²² RYSNOZE, o. c.

²³ AMSLER, o. c.

²⁴ La denominación no es lo más importante. En España, desde la fundación de la primera institución dedicada a esta materia, la gloriosa escuela central militar de Toledo (1919), se eligió con buen criterio «Educación física». Persistimos en ella, que al fin y al cabo, es la más extendida internacionalmente, con la concreta acogida del mundo de los deportes, que supone la más voluminosa extensión cultural y organizativa del hombre contemporáneo en movimiento.

La educación física va estructurando sus conocimientos, se esfuerza por estandarizar internacionalmente los métodos de observación, adquiriendo una sistemática cada vez más específica y delimita su objeto propio, concretándolo en el hombre en movimiento o en cuanto capaz de movimiento, con todas sus consecuencias culturales. Tiene, pues, los ingredientes para ser considerada ciencia.

Naturalmente, este objeto no es de su exclusividad. El hombre en movimiento es estudiado, bajo ciertos aspectos, por la cinesiología, la biomecánica, la anatomía funcional, la fisiología, la psicología, la sociología, etc., y desde luego en grados superiores de abstracción, por la matemática e incluso por la metafísica.

Sin embargo, son distintos los niveles de alcance del objeto, y diversos por tanto los objetivos. A su vez, cada una de esas y otras ciencias se encuentra en evolución, precisamente desencadenada por el progreso. La fijación estricta de las fronteras es tarea que ha servido a muchas divagaciones y seguirá sirviendo, sin que se llegue nunca a resultados definitivos.

La ciencia, con sus descubrimientos, diagnósticos y vaticinios, influye en la sociedad y en la civilización. Pero hay que considerar también cómo influyen la civilización y la espontánea evolución de la sociedad en la ciencia. La teoría o filosofía de la ciencia en general ha de estar dispuesta a repensar y renovar con frecuencia sus esquemas y encasillados.

La ciencia, para ser viva, ha de estar atenta al progreso de la vida, sobre todo al espontáneo comportamiento humano y social, que es donde el hombre muchas veces encuentra valiosos hallazgos por vías distintas a las utilizadas por la ciencia.

El mundo de los deportes, de las prácticas gimnásticas que han terminado englobándose más o menos en la denominación «educación física», ha supuesto un fenómeno social, humano, vital, al margen de la ciencia. Hace sesenta años estos movimientos empezaron a preocuparse de la incompreensión de que eran objeto por parte de minorías científicas e intelectuales y se percataron de las grandes conexiones que tenían sus prácticas con la fisiología, anatomía, y posteriormente con la pedagogía. Hubieron de agarrarse a ellas para adquirir prestigio. Todavía en muchos países el predicamento de profesores de educación física estriba en que sean a la vez médicos, lo cual quiere decir que tienen base científica de anatomía y fisiología.

Hoy ese mundo espontáneo de prácticas físicas, competiciones, organizaciones, ha sido detectado como expresión de una singular actitud humana, que va desde el examen analítico de la fibra muscular en movimiento hasta las relaciones psico-sociales y políticas del hombre deportivo internacional. Todo ello comprende el estudio del hombre en movimiento, nueva preocupación y ocupación científica que sobre una importante parcela del comportamiento humano ha descubierto el hombre mismo.

A la anatomía y fisiología, la ciencia de la educación física agradecerá los servicios prestados en cuanto ciencias en algún modo madres, aunque habrá de incorporarlas como parte fundamentalísima de sus conocimientos. Otra cosa habrá que decir de las ciencias de la educación, que son objeto progresivo de acercamiento por parte de nuestra ciencia.

Si dividiésemos las ciencias en dos grandes grupos, según sea o no el hombre su objeto propio, tendríamos a las ciencias que podríamos llamar *humanísticas* y las *no humanísticas*. Las englobadas en este segundo grupo (generalmente denominadas como ciencias naturales, cuyos sujetos protagonistas están acaparando la exclusiva de «científicos») han obtenido un enorme desarrollo en los últimos tiempos, por su mayor mensurabilidad, que es la más cómoda dimensión para los científicos. Las humanísticas, por el contrario, más imprecisas, etéreas y discutibles, han sufrido crisis y han quedado rezagadas, desprestigiadas en una sociedad ofuscada por el tecnicismo, la producción y el funcionalismo. La ciencia del hombre en movimiento se va configurando cada vez más dentro de las ciencias humanísticas, gracias quizá a un colectivo instinto de defensa, por el cual el hombre inconscientemente tiende a defender su propia humanidad y busca instintivamente nuevos apoyos en nuevas posturas. El hombre en movimiento, el hombre activo físicamente, el hombre deportivo, puede ser objeto de un nuevo entendimiento científico merced al cual se pueden descubrir importantes medios de ayuda humanística. Por eso, por ser un posible campo de *ayuda*, debe ser enmarcada esta ciencia entre las *educativas*.

SUGERENCIAS PARA LA DÉCADA DE LOS 70 EN EDUCACIÓN FÍSICA

Cuando el secretario general del ICHPER (Consejo Internacional de Higiene, Educación Física y Recreación), Dr. Troester, me invitó a presentar este trabajo, inmediatamente decidí responderle que no podía aceptarlo. Dar direcciones para años futuros a un auditorio internacional me pareció tarea que rebasaba con mucho mi competencia y mis posibilidades. Debido a unas tareas urgentes que me ocupaban, dilaté la respuesta algunos días. Durante ellos di vueltas al tema propuesto; es un asunto que me apasiona personalmente por vocación y por profesión. En un instituto de educación física todavía casi recién nacido como el de Madrid, los planes, estructuraciones, trabajos, se centran precisamente en la década de los 70. Ofrecer al congreso algunos resultados de nuestras reflexiones y nuestras inquietudes podría ser de alguna utilidad para quienes se debaten entre iguales o parecidos problemas. Y respondí al Dr. Troester aceptando. Pero en vez de titular mi pequeño trabajo «Direcciones para la década del 70 en educación física», rogué aceptasen: *Algunas sugerencias para la década del 70 en educación física.*

I

Para ceñir nuestras reflexiones a algunos puntos centrales y concretos entre la variadísima gama de temas que una denominación tan general como «educación física» ofrece, conviene tomar conciencia de algunos problemas conceptuales y profesionales.

1. El primer problema reside en la limitación terminológica y en la diversidad de entendimientos que esta expresión produce en diversos países y áreas culturales. Siendo idénticas las palabras, no entienden lo mismo la educación física el área cultural norteamericana y los distintos países de Europa occidental. Los países de Europa oriental hablan más de una «cultura física» o «cultura corporal» que de una educación física. Con respecto a los mismos componentes de la educación física, nos hallamos con realidades como la «gimnasia» entendida de diversa manera en Norteamérica y en Europa. Expresiones de tan singular significación como las inglesas: *gymnastics, educational gymnastics*; las españolas: «gimnasia educativa», «educación física de base»; la francesa: *éducation psychocinétique*; las alemanas: *Leibeserziehung, Leibesübun gen, Körpererziehung, Körperkultur, Gymnastik, Turnen*, etcétera, son como una ventana que nos muestra la extensa problemática que sólo esta babel terminológica plantea. Para unos educación física y deporte son términos cercanos, en parte coincidentes; para otros, entroncados en más estricta tradición gimnástica, la educación física es cosa esencialmente diversa del deporte. Esta vecindad o alejamiento con respecto a un hecho tan vasto y complejo como el deporte agranda las dimensiones del problema.

Las diferentes tendencias y concreciones de la educación física en el mundo nos aconsejan incorporar todo lo valioso que de una u otra concepción se pueda tomar. Un punto de partida legítimo es recurrir a lo que los mismos términos de la expresión señalan. Educación física es todo tipo de educación del individuo y de la sociedad con especial atención a las capacidades físicas humanas. No es simplemente educar el organismo o el aparato locomotor. Tal organismo o aparato locomotor humano no puede ser objeto de educación, sino solamente de adiestramiento. El objeto y sujeto permanente de educación es el ser humano; una parte del individuo nunca se educa; sólo se adiestra. La educación recae en el individuo como tal, y para ello se puede hacer uso de parciales adiestramientos.

El objeto de la educación física es el hombre con sus posibilidades físicas de acción y expresión. El simple compuesto orgánico humano estáticamente considerado no parece objeto específico de la educación física, sino más bien de la fisiología o biología. La educación física debe atender al hombre físicamente capaz y físicamente expresivo. Por consiguiente, apunta fundamentalmente (aunque no exclusivamente) al hombre en movimiento. Naturalmente, la educación física también debe atender a la búsqueda de una condición orgánica sana en general, prescindiendo del ejercicio o del esfuerzo, pero ahí la educación física se confunde más con la higiene en general, la medicina preventiva, etc. La situación del hombre como sujeto de la educación física se concreta en el movimiento, en el esfuerzo orgánico; y, generalmente, para la búsqueda exclusiva de una buena condición orgánica, la educación física usa como instrumento humano el propio hombre en movimiento, en situación de esfuerzo. La ciencia de la educación física casi podría coincidir con una ciencia del hombre en movimiento. Por ello parece muy acertada la denominación de *kinantropología* propuesta por el Instituto de Educación Física de la Universidad de Lieja como la concepción más cercana a lo que buscamos como base científica a una educación física rigurosamente centrada e identificada.

2. Las respectivas historias contemporáneas han condicionado de manera distinta la evolución de esta parcela educativa en cada país o en cada una de las áreas culturales. En algunos lugares la educación física es admitida como importante tarea docente. Los cuadros de especialistas reciben la misma consideración que otros

profesores de materias clásicas. Por el contrario, en otros ámbitos, la educación física es subestimada con respecto a otras enseñanzas; sus estructuras docentes están poco desarrolladas.

3. Otro problema bastante generalizado es la disconformidad entre el papel (rol) que en la mayor parte de los países la sociedad atribuye al profesor de educación física y la conciencia que éste tiene de sí mismo, de su responsabilidad dentro de la acción general educativa, y en resumidas cuentas, de su categoría social. A. Sheedy ha planteado este problema, aplicable en general a la profesión docente, pero agudizado en el campo de la educación física, en un trabajo presentado en la conferencia internacional que, bajo el patrocinio de la AIESEP (Asociación Internacional de Escuelas Superiores de Educación Física), tuvo lugar en Varsovia en septiembre de 1970, emitiendo algunas hipótesis para la posible solución de este problema. Para el objetivo de nuestro trabajo baste reseñar la muy generalizada existencia de esta tensión.

De esta diversidad de entendimiento y valoración de la educación física por parte de unos y otros países surgen, entre otras cosas, los distintos niveles de estudios y titulaciones de los especialistas. Desde el doctorado específico en educación física que imparten algunas universidades, pasando por los doctorados en filosofía, educación, ciencias, no específicos de educación física, pero cuyos estudios, prácticas e investigaciones se realizan en facultades o institutos de educación física, por las titulaciones de rango superior, pero sin encuadrar en una rigurosa terminología académica, tales como la de «profesor de educación física», existente en tantos países... hasta las titulaciones menores de «instructores», «monitores», cuyo nivel no han rebasado todavía muchos países, nos topamos con la más variada gama de enseñanzas, exigencias y niveles en las instituciones creadas para formar los cuadros docentes.

4. A esta variedad e inconsistencia hay que añadir un problema creciente, sobre todo en las instituciones donde se forman los docentes de educación física a nivel universitario: la acumulación progresiva de materias y asignaturas.

Nadie duda de la importancia que para impartir una educación física competente tienen las ciencias de entronque biológico, tales como anatomía, fisiología, etc., que son, sin duda, las materias de más clásico prestigio en educación física. Por otro lado, se ha ido reconociendo la significación que para una educación física adecuada adquieren las ciencias pedagógicas en general, las ciencias de conocimiento de la conducta humana, como la psicología en sus variadísimos capítulos. La función eminentemente docente del educador físico exigió un entendimiento cultural y humanístico de su formación; se considera cada vez más importante el conocimiento y sobre todo el talante humanístico del futuro docente en educación física; por ello materias como filosofía, antropología, historia, arte, etc., van siendo incorporadas al *currículum*. La sociología y sus variados aspectos y técnicas se hacen cada vez más imprescindibles. A todo este amplio panorama añádase la concreción y progreso de ciertas ciencias específicas de la educación física, tales como la biomecánica (que algunos tienden a especificar en antropo-bio-mecánica). Por otro lado, cada vez se hacen más necesarios conocimientos de ciertas ciencias auxiliares que, por su importancia para el rendimiento de trabajo, pasan a ser ciencias condicionantes, cuales son las entroncadas en el campo de la cibernética, la electrónica, etc. Junto a todo ello, subsiste el variado mundo de las diferentes técnicas deportivas, cuya identificación con la educación física se va haciendo patente, dada la trascendencia sociológica que ha adquirido el deporte en nuestro tiempo y los valores motivacionales que ello supone. Este aluvión de materias que se acumulan en el *currículum* del moderno especialista de educación física crea problemas de difícil solución: la dispersión de conocimientos, el detrimento en la profundización por la excesiva extensión, la interferencia del especialista de educación física en otros campos científicos con el consiguiente recelo de los otros especialistas; el aumento en la duración de los estudios. En el citado simposio de Varsovia, el profesor Nicola Kurelic, de la facultad de Educación Física de Belgrado, exponía que el término medio de la duración de los estudios en su facultad, principalmente debido a la densidad del *currículum* era de *siete* años, cuando teóricamente deberían durar cuatro. Los datos de esta institución y otras semejantes que se conocen vienen a ser reflejo de un problema ya muy generalizado.

De la constatación de esta vasta problemática específica de la educación física a la que es menester añadir los problemas más genéricos de la moderna ciencia aplicada y de la educación en general, se deduce la urgencia en reunir esfuerzos, intercambiar opiniones para centrar los objetivos de la educación física y acceder, en lo posible, a cierta homogeneidad de criterios de organización y acción. Para ello, el primer paso debe darse a nivel de teoría de las ciencias. Es menester fijar el objeto formal específico de esta ciencia aplicada que denominamos educación física, si es que existe, y al mismo tiempo delimitar su *corpus* científico y su metodología. Si somos capaces de fijar en alguna manera estas realidades, podremos hablar de objetivos a corto y largo plazo, de programaciones, aun teniendo en cuenta la diversidad de circunstancias que en cada país han de condicionar la realización de tales programaciones. Habría que respetar la rica variedad de matices e incluso de objetivos concretos que tal diversidad de condicionamientos impongan; pero nunca la variedad debe

derivarse de una confusión de principio, de una incomprensión básica de la ciencia que debe vertebrar nuestra tarea.

II

Una ciencia aplicada debe definirse fundamentalmente por sus objetivos de aplicación. Si repasamos la tarea que hoy realizan por el mundo los especialistas (con muy diversas titulaciones) en educación física, nos topamos con una amplia variedad de funciones:

- Participación en la enseñanza escolar en sus diversos grados (básica, media, superior, especializada, etc.).
- Preparación física para el deporte de alta competición.
- Colaboración al mantenimiento y mejora de la condición física dentro de clubs deportivos.
- Preparación y adiestramiento físico para ciertos trabajos especializados (gimnasia laboral, etc.).
- Reeducación de minusválidos.
- Reeducación y adaptación de subnormales.
- Rehabilitación en general.
- Mantenimiento de buena condición física en adultos (gimnasia voluntaria, etc.).
- Organización de actividades socio-deportivas, etc.

Si intentásemos fijar el constitutivo esencial de la educación física a partir de estas áreas facticias, es decir, en razón directa de sus objetivos concretos, nos encontraríamos no con una, sino con varias educaciones físicas. Hay no sólo gran distancia en el objetivo de unos ejercicios físicos o adaptaciones postulares aplicados a un buen adiestramiento de un escolar de primera enseñanza y un campeón deportivo, sino también disparidad en los procedimientos. Por ello, si creemos en *una* educación física no podemos definirla a partir directamente de sus variadas tareas, sino que hemos de buscar un algo común a todas estas tareas, anterior a ellas, soporte y alforja de todas y cada una. Si no lo encontráramos no podríamos hablar de una educación física. Sería ésta una expresión ficticia, artificial. Existiría una gama de educaciones a través de posturas o ejercicios físicos que no habría por qué agruparlas bajo una misma denominación.

Pero si analizamos el comportamiento esencial que subyace en todas y cada una de estas diversas tareas, nos encontramos con el *movimiento humano* como denominador común. Toda la realidad existente es movimiento si partimos de una consideración microcósmica; por ello el hombre, como cualquier otra realidad material, no existiría sin movimiento a nivel subatómico y a nivel de mera fisiología animal. Pero junto a este movimiento específico humano, concretado en el juego de traslación temporal de todo o parte del aparato locomotor, regido cerebralmente o por arcos reflejos¹. Este tipo de movimiento, que podemos denominar *humano* es el eje de todas las tareas que entran en juego para obtener cualquiera de los objetivos anteriormente citados: educación escolar, preparación físico-deportiva, rehabilitación, etc. Hay un algo común, central, axial a todas estas tareas: el movimiento humano. Podremos hablar de una educación física sí asentamos ésta en el movimiento humano. La vertiente científica de la educación física podría denominarse kinantropología. La educación física sería la aplicación de esta ciencia en el ámbito de las ciencias aplicadas educacionales.

¿Cabe otorgar una delimitación científica a esta kinantropología con respecto a otras ciencias?

El hombre en movimiento instaura una nueva realidad: El mismo en especiales condiciones. El esfuerzo, el trabajo orgánico le emplaza entre unas nuevas coordenadas. Han de buscarse nuevas situaciones homeoestáticas, nuevas capacidades adaptadas a los esfuerzos que uno u otro estilo y necesidad de movimiento exijan. Así junto a una fisiología que parte del hombre normal y en reposo, la kinantropología aboca a una fisiología específica que puede llamarse «fisiología del ejercicio», «fisiología del esfuerzo». Igual sucede con las tradicionalmente denominadas ciencias biológicas que estudian al hombre, tales como las biología, anatomías y sus múltiples derivadas, las cuales ingresan en la problemática de la kinantropología a través de un nuevo prisma: el movimiento y el esfuerzo. En el centro de esta nueva apreciación biológica está la *biomecánica*, la cual pasa a ser en la nueva perspectiva de la kinantropología el centro específico de las ciencias de carácter biológico, y en cierta manera el

¹ El movimiento intracerebral en forma de conexiones, transmisores, *sinapsis*, necesario para toda acción del hombre, incluso para el ejercicio del pensamiento, no es considerado como el específico movimiento físico del que hablamos.

objetivo al que abocan las citadas ciencias biológicas clásicas. Subsisten con gran importancia como ciencias auxiliares la bioquímica, biología molecular, etc., y como ciencias instrumentales, pero de creciente importancia metodológica, la cibernética con su inmensa aplicación al campo de la documentación e información (informática).

El otro gran campo de estudio del hombre en movimiento es el conjunto de ciencias que podríamos agrupar bajo la denominación común de humanísticas, dando a esta palabra una amplia acepción cultural y enfoque pedagógico. Psicología, filosofía, pedagogía, sociología, historia, antropología, incluso arte, derecho, política, etc., aportan temas directamente interesados en el suceso del hombre que se expresa en el movimiento. Los hábitos, modas e instituciones culturales que instaura el hombre expresándose en movimiento pueden ser objeto directo de nuestra ciencia específica.

Las mil variadas formas de realizar los objetivos que pretende el hombre con sus movimientos pueden polarizarse en dos grandes modos, distinguidos más bien por la actitud, el talante con que los acomete: el primero abarca los movimientos obligatorios, necesitados, utilitarios; el segundo los movimientos espontáneos, liberales, desinteresados. En la primera área se sitúa toda la historia antropológica guerrera, laboral; en la segunda las acciones de rango manifestativo espiritual. La kinantropología apunta directamente a esta segunda área.

En esta forma de espontánea expresión humana a través del movimiento surgen dos realidades antropológicas esenciales: *La danza* y el juego *físico-agonístico* (posteriormente comprendido como deporte). Estas dos son, por consiguiente, las formas culturales que van a encauzar, polarizar y en alguna manera especificar el ancho campo de las ciencias cultural-humanísticas para que ellas pasen a ser objeto específico de la kinantropología. La danza y el deporte son los dos grandes talentos en que se ha expresado culturalmente el hombre en primaria manifestación de movimiento. La *kinantropología* (versión científica de nuestro tema), la *educación física* (versión pedagógica) deben tener como objetos centrales de investigación cultural la danza y el deporte. Como la danza, por una serie de condicionamientos históricos ingresó en áreas culturales apartadas del entendimiento moderno de la educación física, no es tarea fácil romper moldes ya muy solidificados y reivindicar con inmediatez para nuestros campos científicos este importante modo de la expresión humana móvil. Por ello, sin renunciar a la apertura mental que será menester intentar en propios y ajenos a la educación física con respecto a la danza, para estas líneas reflexivas que parten de situaciones actualmente vigentes, prescindamos de la danza. Meditaciones más profundas y planificaciones más solemnes deberán obligarnos a abordar de nuevo el tema.

Con el mismo sentido práctico de atender a lo actualmente vigente y en alguna manera hoy por hoy insoslayable, no se puede ignorar el importante papel que en la educación física moderna tuvieron los movimientos gimnásticos y el grado condicionamiento y vinculación que aun actualmente tienen entre sí las instituciones de educación física y las de gimnasia. Por ello, junto a la danza y el deporte como medios espontáneos de expresión humana por el movimiento, hemos de añadir la gimnasia en sus variadísimas formas como importante contribución al estudio del movimiento, como fecundo germen de técnicas más o menos analíticas del movimiento y como compendio histórico nada desdeñable de aplicación educativa. Así pues, dejando de lado la danza, los dos prismas cuyo paso y transformación han de aceptar las ciencias antropológico-humanísticas para que se conviertan en específicas de nuestra materia son el *deporte* o ejercicio ludo-competitivo y la *gimnasia* o conjunto de técnicas y métodos analíticos del movimiento. Encontraremos, entonces, como ciencias antropológico-humanísticas específicas de nuestro quehacer la psicología del deporte, la psicología del agonismo, la sociología del deporte, dinámica de grupos deportivos, la pedagogía deportiva, la historia de la educación física y el deporte, y, entrando ya en áreas antropológico-filosóficas, el homo *ludens* (el homo *agonisticus* o *ánthropos ágonistikós*) y, en una derivación sociológica del deporte de alta competición, el moderno homo *faber-competitivus*; el sugestivo campo del adiestramiento corporal estético, del aprendizaje motor en general; finalmente, cualquiera de las ciencias dirigidas al esclarecimiento humano y al rendimiento en cualquier modalidad deportiva (baloncesto, fútbol, natación, atletismo, tenis, etc.).

Grupo aparte formarían los campos de investigación abiertos por las diversas técnicas deportivas y gimnásticas; pero estos campos, dirigidos en general hacia altos rendimientos deportivos y progresivas exigencias estilísticas, vienen a delimitar y casi a confundirse con las áreas biomecánica y bioquímica del esfuerzo; y en otro orden de consideración entran en el campo de la psicología.

Naturalmente, el perfeccionamiento de todo instrumento redundará en mejoramiento del deporte y, en nuestro caso, de la investigación y de la ciencia. Por ello puede ser aceptado dentro del progreso general de la educación física el

ingreso en campos científicos que, considerados desde la óptica de la kinantropología pueden servir de ciencias instrumentales, aun cuando en su propio ámbito sean consideradas plenamente ciencias autónomas. Dentro de este grupo puede ser considerada la amplia gama de la cibernética y sus derivadas; dentro de ellas, con sus singulares características, la informática, la biónica, etc. Cualquier investigación de psicología del esfuerzo, de biomecánica, etc., exige acopio de datos, correlaciones, operaciones matemáticas, cuyo manejo funcional requiere cada vez más aportación de las citadas ciencias.

Aceptemos igualmente con este carácter de ciencias auxiliares la radiología, el ancho campo de la electrónica, la fotoquímica y, en general, todo tipo de ciencias basadas en perfeccionamiento técnico e instrumental.

La investigación en todos estos campos, con más o menos directa aplicación a las materias que componen la educación física, puede ser enormemente provechosa, pero sin que, desde nuestros objetivos y necesidades, olvidemos su condición de instrumentales.

Quedan, pues, delimitadas cuatro grandes áreas científicas. Dos de ellas (áreas B y C en el cuadro adjunto) específicas de la kinantropología. El área A recoge los dos grandes grupos de ciencias que en alguna manera podrían considerarse madres de nuestra kinantropología o educación física, ya que son las que estudian al hombre a partir de dos talentos o actitudes más o menos marcadas, la biológica y la humanística. El área B, netamente específica, conserva la dicotomía de los grupos biológico y humanístico como derivada, en alguna manera, de sus ciencias madres, y constituye ya nuestra ciencia específica. El área C señala los campos también específicos de nuestra ciencia en relación con las formas directas del movimiento humano, del deporte principalmente, y en segundo lugar en relación con la moderna tradición gimnástica. En esta área pueden hallarse enormes variedades de campos de investigación en función de la gran diversidad de modos y técnicas deportivas y gimnásticas. En una exigente lógica de rigor antropológico y superando esquemas, estereotipos y artificiales tradiciones, entraría también en esta crea la danza con sus variados aspectos y derivaciones.

Existe una zona científica, de materias que hoy se agrupan alrededor de lo que se entiende por medicina deportiva, de tan estrecha vecindad con el campo de la kinantropología en sus aspectos biológicos que muchas veces se entrecruzan con ella sin poder fijar lindes, pero no son propiamente kinantropología puesto que estudian al hombre traspasado por el prisma patológico, o con disarmonía de rendimientos, o en previsión de tales patologías y disarmonías. La higiene preventiva, el variado mundo de ortopedias profilácticas, la psicopatología de la competición, incluso la clásicamente llamada gimnasia correctiva y otras materias afines ocupan el área de las que podríamos denominar «ciencias muy vecinas».

La diversificación entre las áreas A y B, insistimos, es el movimiento humano tal cual lo hemos definido, pero como la existencia, por ejemplo, de una fisiología del esfuerzo o del ejercicio puede ser también relativa al ejercicio o esfuerzo en el trabajo obligatorio, lo que diversifica el área B con respecto al área A es el movimiento humano surgido en el ámbito del área C, es decir, el movimiento espontáneo, liberal, como ya se ha apuntado anteriormente, con todas sus consecuencias sociológicas, antropológicas y culturales. Por consiguiente, una fisiología del ejercicio realizado en el mundo laboral no es materia científica propia de nuestra kinantropología.

Esta fijación del distintivo científico de la kinantropología, la cual da pie a su vez a una ciencia aplicada específica, la educación física, puede liberarnos del confusiónismo producido por sus muy variados objetivos prácticos. Es muy diversa, en efecto, la técnica aplicable en una clase de educación física dentro de una escuela de enseñanza básica y la preparación física de un atleta destacado. Pero ambas se basan en el hecho del movimiento humano espontáneo. Esta característica distintiva delimita el fundamento propio de todas estas tareas, agrupando todas ellas alrededor de un objeto formal propio, el cual es el principio de una delimitación científica. A partir de aquí se puede ya hablar de una educación física en singular, aun cuando ésta tenga pluralidad de aplicaciones (**Cuadro 5**).

Como segundo paso para poder hablar de una ciencia está la descripción del *corpus* científico. Es tarea sugestiva y —estoy convencido... de indudable éxito si se parte de esta especificación de objeto que hemos fijado; pero es trabajo arduo que rebasa con mucho los límites de estas sugerencias y al que invito a los especialistas.

La metodología específica es ya asunto más problemático. En clásica teoría de las ciencias se considera una de las condiciones indispensables la existencia de método propio de investigación para poder hablar de una ciencia. Tal tesis es, sin duda, válida en todo tipo de ciencias que se formen como producto de las exigencias de la

especialización, es decir, en toda ciencia desgajada como consecuencia del crecimiento, divisiones y subdivisiones a partir de una ciencia madre. Hasta que no surge con clara delimitación un método propio que la distingue de las otras ciencias afines igualmente provenientes del mismo tronco y que la distingue a su vez de la ciencia madre, no se puede hablar de nueva ciencia. Pero nuestro caso es laboriosamente singular. La educación física no es una ciencia hija surgida al modo cariocinético de otra ciencia madre más amplia. Es como la convergencia de problemas, tareas más o menos similares surgidas en ámbitos humanos diversos y que la intuición popular los ha ido agrupando bajo una denominación común. Algunos la han llamado ciencia transversal (C. Diem), porque participa de la problemática de otras muy diversas y sólidas ciencias sin estar verdaderamente identificada con ellas. La educación física tiene mucho que ver con la anatomía, la fisiología, la pedagogía, la psicología, la sociología, etc., pero no es propiamente alguna de ellas. Por su objeto puede diversificarse perfectamente de ellas. Pero, ¿puede igualmente decirse que tenga un método homogéneo y diverso del de cada una? Esto es ya mucho más difícil de afirmar; la educación física en términos de problemática fisiológica participa de métodos fisiológicos, en investigaciones y problemáticas sociológicas usa método sociológico. ¿Debemos, por ello, afirmar que no es una ciencia o que no se asienta sobre una ciencia específica (la kinantropología)? El volumen de su *corpus* científico es enorme, incluso superior al de cualquiera de las citadas y afamadas ciencias. Habría que aceptar las sugerencias hechas por algunos filósofos de la ciencia de que sean revisados algunos de los tópicos sobre los que se asienta la tradicional teoría de las ciencias. Puede ser interesante la sugerencia de incorporación suficiente a la categoría de ciencia de aquel conjunto de conocimientos con objeto propio que, aunque no pueda ofrecer una metodología estricta, presente un importante y bien fijado problema científico fundamental, es decir, allí donde está «claramente diferenciada su *problemática específica* de todas las demás ramas científicas» (Vaupel).

III

Esta designación del hombre en movimiento como distintivo de nuestra ciencia y, consecuentemente, como punto de partida para nuestra acción pedagógica puede parecer una verdad de perogrullo; y en alguna manera lo es. Hay, sin embargo, quienes lo discuten. A veces las verdades gruesas necesitan ser demostradas. Esta fijación nos permite abordar las múltiples tareas, responder a las crecientes demandas, entender las complejas implicaciones con cierta unidad de criterio. No importa ya tanto la disparidad de condiciones en que se desenvuelve y crece la educación física por el mundo cuando se tiene un punto común de partida y un centro referencial al que poder acudir para toda reestructuración y planificación.

El hombre en movimiento puede ser considerado a todos los niveles, desde el atomístico pasando por el anatomo-fisiológico hasta el de personalidad global, el social e incluso el socio-histórico-cultural. La kinantropología debe estar atenta a estas tan diversas realidades. Por consiguiente, la vertiente aplicada (educativa) de esta ciencia tiene una inmensa gama de posibilidades de acción, de instrumentos para su tarea, ya que dispone de todos esos niveles para su ejercicio educativo.

Centrados ya en la proyección educativa de nuestra ciencia, es decir, situados en la postura práctica de la educación física, procede recordar, en primer lugar, si se planea para un futuro, la problemática general de la educación:

- ¿Cuáles son los fines y objetivos de la educación?
- ¿Para qué orden social se ha de educar?
- ¿Cuál es su contenido?
- ¿Cuáles son los métodos, instrumentos para transmitir dichos contenidos?

La respuesta a la primera pregunta está en función de una filosofía de la vida. La respuesta a la segunda, en función de una concepción socio-política. Las otras dos son consecuencia de las primeras.

Indudablemente las muy diversas y a veces encontradas concepciones filosóficas y sociales coinciden en que educar es ayudar al individuo al correcto desarrollo de sus capacidades personales y a su integración social. Coinciden, asimismo, en que en el centro de todo ello está el desarrollo y uso de la libertad personal.

Si deseamos, pues, ofrecer sugerencias aptas para distintas filosofías de la vida y distintas convicciones socio-políticas, debemos ceñir nuestra reflexión alrededor de ciertos hechos universales y característicos de nuestro tiempo. Ayudar al individuo a enfrentarse con estas universales realidades es prepararle para su vida futura; es educarle.

Educación física, ciencia aplicada de la kinantropología, es el proceso o sistema de ayudar al individuo en el correcto desarrollo de sus posibilidades personales y de relación social *con especial atención a sus capacidades físicas de movimiento y expresión*.

Entre las muchas formas de realizar esta tarea, han surgido en nuestro mundo con características de ininterrumpido incremento ciertas realidades que sitúan al hombre ante nuevas posibilidades de expresarse físicamente, y que otorgan al movimiento físico humano nuevas significaciones. Nos referimos, en primer lugar, al advenimiento del ocio. En segundo lugar, a ese complejo *medio ambiente* en el que el hombre de la sociedad industrializada se halla cada vez más inmerso y que puede ser definido por un conjunto de sustantivaciones de gran prestigio en el mundo actual: consumo, sociedad de masas, vida *standard*, alienación.

Prescindiendo aquí de discusiones metodológicas, de enfrentamientos de escuelas de educación física, temas apasionantes siempre que se quiera plantear un progreso de la educación física y que dejamos para los tratadistas específicos de estos niveles metodológicos, prosigamos nuestra reflexión situados a nivel socio-antropológico; de ella, si llega a tener alguna sustancia, se podrán extraer posteriormente las consecuencias «escolásticas» que se crean oportunas.

Mucho se ha hablado ya del ocio, aunque de él, como hecho central social, se tenga conciencia hace solamente pocos años. Su trascendencia para la vida humana es tal que esta coincidencia de preocupaciones no es un tópico banal, sino lógica consecuencia de una importante realidad de nuestro mundo.

Digamos lo que es el ocio recordando que es todo aquello que²:

- no es trabajo profesional;
- ni obligación laboral;
- ni ocupaciones con las que buscar complementos económicos;
- ni responsabilidad familiar;
- ni ocupación doméstica ineludible;
- ni actividad necesaria de conservación (comida, sueño, aseo, etc.);
- ni ceremonial social o familiar establecido y aceptado.

Frente a la antigua acepción del ocio, predominantemente inactividad o cesación del trabajo, en este siglo ya los diccionarios aceptan el moderno entendimiento activo. Ocio puede ser no hacer nada, simplemente reposar; pero puede ser cualquier tipo de actividad que se realice con la actitud anteriormente señalada. A este segundo modo ocioso se refiere la feliz y sugerente expresión «civilización del ocio» (Dumazedier).

Si el ocio se entiende como la vida del hombre distinta del trabajo obligatorio, es muy importante constatar el crecimiento progresivo del tiempo de ocio que se va experimentando en todas las sociedades económicamente avanzadas o en franca iniciación de expansión económica, y el pronóstico netamente favorable hacia su incremento. H. Kahn y A. J. Wiener, en su sugestiva y nada caprichosa obra *El año 2000*³ prevén para dicho año en las sociedades pos-industriales un pronóstico cifrado más o menos según el siguiente patrón:

7,5 horas de trabajo al día.
4 días de trabajo por semana,
39 semanas de trabajo al año.
10 festividades oficiales.
3 días de vacación de fin de semana,
13 semanas de vacaciones al año.
Es decir: 147 días laborales y 218 días de descanso al año.

Prosiguen: En una sociedad orientada al ocio, el tiempo puede distribuirse:

El 40 por 100 de los días en una ocupación principal.

² Ver el desarrollo en *Ocio y deporte en nuestro tiempo*, en este libro, pp. 21-66.

³ H. KAHN y A. J. WIENER. *El año 2000*. Un marco para la especulación sobre los próximos 33 años. Madrid, 1969.

El 40 por 100 de los días en una ocupación accesoria o distracción.

El 20 por 100 (es decir, más de un día por semana) en ninguna ocupación, es decir, descansando simplemente.

«Sería posible dedicarse a una ocupación accesoria con tanta intensidad como a la principal, y aún habría tiempo para satisfacer otros fines.»

A estos datos —hipotéticos pero sólidamente pronosticados— hay que añadir la reducción de los años de trabajo por el adelanto de las jubilaciones, etc. Con lo cual el hombre llegará a pasar aproximadamente la mitad de su vida en disposición de completo o semi-completo ocio y la otra mitad dividida en los años de estudios y aprendizajes y en los años de trabajo, los cuales a su vez consistirán en una tercera parte de jornadas la. bordes.

No todos los sociólogos coinciden en este pronóstico netamente favorable al incremento del tiempo de ocio (González Seara); pero en general los argumentos de quienes lo pronostican son más convincentes y en las sociedades de progresiva industrialización actual, por ahora, el proceso de acortamiento de semana y jornada laboral les va dando la razón.

En una época de progresivo sedentarismo, de asunción del esfuerzo físico humano por la máquina, por el vehículo, por el «ingenio»..., el movimiento, el ejercicio físico se presenta como necesidad cada vez más acuciante, como el gran reflejo equilibrador del hombre.

Nos encontramos, pues, con un tiempo libre creciente (sin llegar a las previsiones para el año 2000, para dentro de 10 ó 15 años el incremento habrá sido muy considerable) y, dentro de la libre dedicación humana, con el movimiento físico como una necesidad cada vez más perentoria. Por consiguiente, al especialista en el movimiento físico le espera una tarea creciente y cada vez más protagonista.

Cuáles hayan de ser las fórmulas concretas para responder á esta demanda es ya tema marcadamente técnico que sale de la presente reflexión. La educación física es primordialmente una tarea educativa; por tanto, tiene mucho que ver con el mundo escolar. Pero si nos fijamos en sus estructuras actuales en muchos países, uno de los embarazos que más le impiden su progreso y su atención a nuevas realidades es su excesiva «escolarización». En muchos lugares educación física equivale simplemente a unas clases en los centros de enseñanza, es decir, a la adición en los programas escolares de unas clases más junto a la geografía, matemáticas, literatura, etc. La educación física no es simplemente una asignatura; es uno de los aspectos generales de la educación, la que atiende precisamente al modo como el hombre se comporta en su primer diálogo con el mundo, por medio de sus capacidades físicas a través de las coordenadas espacio-tiempo. Conseguir que en los súper-intelectualizados programas escolares, sobre todo de la tradicional cultura occidental, fuese introducida una asignatura de educación física fue un buen triunfo. Pero la educación física es mucho más que eso, y sería una pena embarrancar en estos logros sin capacidad para crear nuevas estructuras, nuevos modos de entender la acción educativa a través del movimiento, nuevos especialistas preparados para responder a los requerimientos de una sociedad progresivamente ociosa compuesta de hombres cada vez más necesitados de movimiento.

La educación física, sin perder su trascendental acción escolar, incluso mejorándola, debe atender, inspirar hechos sociológicos, tales como colonias veraniegas, intercambios juveniles, residencias de jubilados, clubs «tiempo libre»... y otros muchos movimientos e instituciones distintos de nuestra época.

Las sustantivaciones anteriormente citadas, tales como industrialización, mecanización, sociedad de masas, estandarización, etcétera, muy significativas de nuestra época, sugieren gran amplitud de horizontes para la nueva sociedad, abren perspectivas, inauguran estructuras. En medio de todo ello está el hombre, para quien serán los provechos, pero que ha de pagar también ciertos tributos a todo ello.

Junto al concepto sociedad de masas está el suceso psicológico de la manifestación del individuo, consistente principalmente en la falta de sensación de individualidad. Al antiguo artesano, que elaboraba su sencilla obra de principio a fin y sentía al final el disfrute psicológico de haberla realizado, ha sustituido el obrero de nuestro mundo industrializado, que trabaja igualmente, pero que al final se ve privado de esa fruición de su propia obra realizada. Sabe que contribuye a una producción colectiva, lo cual supone un progreso psico-social, pero esta satisfacción de

colaborar en una tarea común no le libera del vacío en el que le sumerge el anonimato de su esfuerzo, de su trabajo, de su obra. La falta de protagonización tiende a sustituir en él la sensación de persona por la sensación de número o de pieza; sabe, en la mayor parte de los casos, que un buen día su trabajo *personal* podrá ser sustituido por el trabajo de una máquina.

Junto a esta despersonalización laboral sobreviene la estandarización incluso en la diversión, en el entretenimiento. Los poderosos medios de difusión masifican los módulos de diversión, y a las antiguas formas de expresión popular, concretadas en danzas típicas, singulares, distintivas de un grupo social, van sustituyendo las formas de expresión individual y colectiva generalizadas; esto puede abrir indudablemente nuevos caminos de comunicación, pero deja grandes vacíos en la personal y colectiva satisfacción popular.

Esta y otras secuelas, especie de contribución que al hombre le va tocando pagar a medida que le es dado conquistar nuevos campos científicos y lograr sorprendentes realizaciones industriales, deben ser especialmente estudiadas y conocidas por los educadores que preparan al hombre de un próximo futuro. A ellos les toca suministrar los nuevos elementos psicológicos que los imprevistos desgastes requieren. Unos sistemas educativos aptos para las ¿pocas que han dado en llamarse civilizaciones «medias» no sirven íntegramente para el hombre cósmico de nuestro futuro, aun cuando ciertos valores en lo fundamental sean permanentemente aptos?. Las estructuras educativas que no evolucionan son como organismos muertos que, al correr del tiempo, se corrompen y dañan.

En la búsqueda de remedios específicos para estas condiciones humanas que acabamos de reseñar aparece con singular virtud un hecho que por su familiaridad y asiduidad no solemos analizar con suficiente asombro: el deporte.

Rodea éste nuestra vida contemporánea, llena nuestras ciudades en las jornadas de asueto, polariza la atención de aficionados y no aficionados inundando los medios informativos; vivimos casi anegados en deporte. Ello produce lógica reacción de crítica y rechazo. En medio de este apasionamiento de partidarios y detractores, al educador físico le compete más que a nadie estudiar el hecho, clarificar situaciones, proponer normas. No se puede olvidar que el deporte nace como una de las manifestaciones elementales del hombre a través de su propio movimiento natural. El antropólogo del movimiento es quien debe asumir la tarea de estudiar este suceso y sus derivaciones, y el pedagogo del movimiento la de orientar a los demás.

Sucedió que la educación física surgió en el mundo contemporáneo como una derivación o normal crecimiento de los movimientos gimnásticos. Estas gimnasias que sustancialmente consisten en estudio y prácticas analíticas del movimiento y de las posturas, se habían desarrollado al margen del brote del deporte moderno, que casi con coincidencia de fechas iba a iniciar su internacionalización a partir fundamentalmente de esquemas británicos. Sucedió que el deporte, merced a su intrínseca espectacularidad y merced a otros factores socio-antropológicos comenzó a conocer un éxito sin precedentes; llegó el nacimiento de federaciones internacionales y la aparición de estructuras supranacionales cuya fuerza ha ido creciendo. Este prestigio fue descubierto por personas influyentes ajenas a la profesión educativa (industriales, comerciantes, hombres de negocios, políticos, etc.), los cuales se introdujeron en las filas directivas del deporte nacional e internacional. Por ello el deporte tomó direcciones imprevistas con crecientes implicaciones económicas, políticas, etc. El educador físico, a quien el pueblo con certeza y fina intuición tendía a identificar con el hecho deportivo, se apresuró a decir que él no tenía nada que ver con ese deporte desmesurado. Parcialmente tenía razón; pero, sin querer, los educadores físicos se alejaron de la más voluminosa parcela derivada del movimiento humano. Un afán de repulsa a la contaminación les hizo perder terreno en el ámbito donde podían haber encontrado las mayores motivaciones hacia las prácticas de la educación física por parte de la juventud.

Hoy el deporte se bifurca en dos grandes vertientes: el espectáculo deportivo, y la sencilla práctica individual o de pequeño grupo. Son dos realidades humanas dispares, dos actitudes diversas. Pero sociológicamente no pueden separarse tajantemente una de otra. Hoy una de las más fuertes motivaciones para que un niño se aficiona al deporte es la imagen de los grandes campeones que ve asiduamente en la televisión. Después de que se aficiona, tiempo tendrá el educador para descubrirle los otros valores del deporte.

Es menester apoyar los enfoques educativo-deportivos que se integran en movimientos como «el segundo camino del deporte», «el deporte-para-todos», etc. Pero es peligroso, en una sociedad espectacularizada y movida por sensacionalismo, enfrentarse radicalmente al deporte espectacular instaurado en medio de la sociedad, discutido y

denigrado en muchos casos, pero lleno de elemental prestigio. En el fondo es una variante social, gigantesca, si se quiere, del simple hecho humano de la competición indica en forma de ejercicio físico.

Toda esta evolución y controversia ha impedido contemplar con serenidad los sorprendentes valores que el deporte entraña precisamente en función de los estragos humanos de la sociedad contemporánea a que nos hemos referido.

La práctica deportiva se le ofrece al hombre dotada de aquella complejidad y a la vez sencillez de actividades que necesita realizar para que se pongan en juego los recursos normales y variados de su personalidad, a lo que aludíamos anteriormente.

Seámos lícito recordar someramente algunos de estos valores de educación de la personalidad⁴.

En cada jugada hay algo de creación. Con un balón en el pie o en la mano, un jugador, por muy estudiadas y automatizadas que se tengan las jugadas colectivas, ha de elegir rápidamente entre varias posibilidades (retener, pasar, correr, lanzar, driblar). Por esto en la práctica del deporte el individuo recobra cierta sensación de señorío, de mando, cuya general ausencia en su dilatada vida laboral tantos micro-traumas psicológicos puede causarle.

Frente al anonimato derivado de la masificación, el hombre en la práctica deportiva puede encontrar la sensación de actor, de protagonista, siquiera sea en la simplicidad de la efímera figura deportiva que realiza. Muchas dosis de ansiedad y rebeldía acumuladas como consecuencia de la despersonalización de la vida moderna, latentes y dispuestas a configurarse en inadaptaciones o psicopatías, pueden encontrar cauce de solución, de compensación en esa sencilla protagonización deportiva, generalmente desapercibida, pero cargada de posibilidades regeneradoras de la personalidad.

Frente a la pasividad en un mundo de gestión física cada vez más estereotipada y de ideas-tipo cada vez más estandarizadas, el hombre necesita sensación de iniciativa. En la excursión deportiva, en la jugada, en el *demarrage* del *sprint*, en todo deporte no excesivamente tecnificado (precisamente el deporte más recreativo) existen ingentes posibilidades de ejercer pequeñas, pero rotundas, oxigenadoras iniciativas.

Con estas reflexiones no se pretende encumbrar el deporte como si fuera la panacea educativa de nuestro tiempo. No existen panaceas y todos los recursos y valores educativos están en función de su aplicación, del ambiente y circunstancias. Pero indudablemente, el éxito, la explosión del deporte contemporáneo tenía que obedecer a algo intrínseco que la humanidad intuitivamente (acaso instintivamente) descubre y acapara. Al sociólogo, al antropólogo, al educador toca analizar y descubrir esas secretas realidades intrínsecas, esas fuerzas latentes, hacerlas conscientes, depurándolas, y planificar consecuentemente objetivos y tareas.

Entre el deporte y la educación física han existido enfrentamientos. El deporte creó sus estructuras aparte; en su seno surgieron sus propios técnicos, ajenos casi siempre a una visión educativa. Los educadores físicos, lógicamente, alegaron que nada tenían que ver con esos cuadros. Con ello dejaron las principales estructuras del deporte en manos «educativamente» incompetentes. Después, aceptando la evidencia, incorporaron a sus enseñanzas las prácticas deportivas, pero quedaban fundamentalmente al margen del deporte organizado.

La sugerencia principal que me atrevo a ofrecer como consecuencia de estas últimas reflexiones es que el educador físico refuerce su propio convencimiento acerca de los valores pedagógicos del deporte y, en concreto, de ciertas calidades que hacen a este especialmente apto para el tratamiento del hombre de nuestro tiempo. Consecuentemente, que las estructuras docentes de la educación física y sus planes de acción se abran más al deporte. Debe resaltarse con todo tipo de propaganda las excelencias del deporte-práctica, de ese «segundo camino» que es donde verdaderamente residen los citados valores. Pero conviene no olvidar que el deporte, como abstracción de una importante realidad humana, no es más que *uno*: ejercicio en forma ludo-competitiva; que las desmesuras espectaculares, las grandes estructuras, los grandes campeonatos, son derivaciones de esa original realidad humana; por consiguiente, al educador físico, aunque haya creído lo contrario, también el deporte espectacular que incorrectamente llamamos no-educativo le toca bastante de cerca.

⁴ Ver 171 deporte como salud mental para el futuro, en este Libro pp. 1-20.

A los educadores nos interesa mejorar al hombre, mejorar la sociedad. La educación física aporta una interesante contribución a esta tarea. Su cercanía a la naturaleza del hombre, a la naturaleza en general, la hacen especialmente idónea para el futuro súper-tecnificado que se nos avecina. No hay por qué ser enemigos de la técnica, de la industrialización, del maquinismo. Quizá sean procesos irreversibles que haya que aceptar. La postura positiva es buscar la mejor adaptación *humana* posible a este nuevo mundo. Sociólogos, naturalistas y dirigentes políticos se aúnan para defender el medio ambiente, la naturaleza que rodea al hombre, para eliminar la polución de aire, agua, los más naturales y abundantes elementos con que el hombre ha contado en la historia. El educador físico puede asociarse a estos movimientos. Pero tiene una tarea más específica: Hacer que el hombre se reencuentre a sí mismo, recuperar muchos valores y resonancias de su propia naturaleza merced al movimiento. En este reencuentro hay grandes dosis de salud física. Pero hay, sobre todo, una gran cantera de salud mental. Deporte, danza, ejercicio en general y, a ser posible, en contacto con la vieja y virgen naturaleza. El movimiento es al hombre tecnificado lo que al pájaro la libertad después de la jaula. El hombre sedentarizado, sin movimiento, es la materialización de la materia humana. El hombre en movimiento puede significar la desmaterialización de su propia materia, su espiritualización. El sedentarismo es el cáncer de la sociedad mecanizada. Para eliminar un cáncer no hay que destruir el organismo entero; hay que extirpar, purificar y abastecer con energías específicas. El suministro específico frente al tecnicismo sedentarizado es el movimiento. Al educador físico le toca una trascendental tarea para el futuro. Sería una lástima que, impedido por estructuras rutinarias, no supiese estar a la altura de las circunstancias.

La acción de educar tiene una triple proyección: Hacer vivir ya en el propio período de la educación la vida que se pretende.

Hacer que esa vida se estructure en hábitos comportamentales para el futuro.

Lograr un convencimiento mental de la bondad de esos hábitos.

Si falta cualquiera de estos tres ingredientes la educación es incompleta. Si falta el primero, se comete la injusticia de privar al niño o al adolescente de los derechos de su vida presente. Si falta el segundo, la educación carece de dinamismo operante. Si falta el tercero, se rompe la unidad operativa del hombre en el que las ideas deben regir su comportamiento.

La educación física debe hacer que el educando se mueva, corra, salte, lance, dispute, esquive..., todo ello, sí, correctamente, con buena coordinación, con ejercicios bien estructurados. Pero, aun con todo ello, no será verdaderamente educación si no consigue que sea ejecutado con fruición, con deleite, gusto, gana, placer, ánimo. Sólo mediante esto, además de conseguir que viva con plenitud el presente, se crearán verdaderos hábitos para el futuro. Y la inteligencia comprenderá que si el hombre —ser necesitado de movimiento— se mueve, hace una cosa bien hecha.

Por ello, los movimientos naturales, espontáneos, sin artificios ni opresores estereotipos son los más aptos para motivar a una sana, liberadora, oxigenante educación física, adecuada al tiempo que se nos avecina.

LA PSICOLOGÍA EVOLUTIVA COMO CONDICIONAMIENTO EN LA PROGRAMACIÓN DE EDUCACIÓN FÍSICA

Dos grandes pautas deben condicionar toda programación pedagógica:

Lo que el individuo va a ser (ha de ser, es capaz de ser).
Lo que el individuo es.

La primera consiste en la imagen que del hombre en general (capítulos de una psicopedagogía general) y de cada persona en particular (psicología diferencial) se puede tener como proyecto definitivo una vez que haya alcanzado el grado de madurez en su evolución.

La segunda consiste en el realismo con que la tarea educativa debe aplicarse según las características de cada fase del desarrollo. Aquí hace su presencia la psicología evolutiva¹, el segundo gran asidero científico del pedagogo.

Así como una escultura no existe como tal obra de arte hasta el momento en que el artista la concluye, por el contrario, el hombre terminado no empieza a existir en su época adulta. La tarea educativa debe tener presente el proyecto definitivo («el día de mañana» que se repite como uno de los tópicos válidos en pedagogía), pero sus quehaceres en razón de este objetivo futuro han de coordinarse con los que exige el hombre de hoy, el niño recién nacido, el de 3, 6, 10, 15 años, ya existente como persona, actuante ya en el concierto social.

El proyecto adulto, que no ha de perderse de vista en toda tarea educativa, no ha de eliminar la delicadeza de tratamiento exigible por el ser que está en vía de terminar siendo, pero que va es. Cada trecho de esta caminata acompañada de orquestación pedagógica (la caminata del crecimiento) tiene sus ritmos, sus exigencias. Hay períodos de crisis, otros de integración, épocas curiosas, vigilantes, tiempos de somnolencia. El educador debe conocer con pormenor las vicisitudes de cada una de estas épocas; y obrar en consecuencia.

Para proceder a educar físicamente es menester conocer los períodos de evolución física del individuo.

Pero es menester adelantar un presupuesto: la actividad física no coincide exclusivamente con la actividad motriz. Es algo más. La actividad física es, ante todo, expresiva. El bebé mueve ya sus manos y pies para expresar algo. Posteriormente, el individuo actúa físicamente para expresar un mundo de ideas o deseos o emociones. La actividad física es esencialmente *expresiva* de la personalidad. Esta es la razón por la que el estudio evolutivo de la personalidad debe acompañar al estudio de la evolución fisiológica y motriz para fundamentar en unión de ella toda programación de educación física.

Educación física es el arte, ciencia, sistema de ayudar al individuo para el más perfecto desarrollo de sus capacidades personales, con especial atención a sus facultades físicas (ejecutivas, expresivas, condicionantes).

Cada individuo presenta características distintas. No se puede juzgar ni tratar a todos por el mismo rasero. Las maduraciones genéticas y las circunstancias ambientales diversifican de tal manera las características personales, que cada ser necesita un tratamiento propio. Un niño creciendo en ambiente proletario, en el seno de familia numerosa tiene un despertar intelectual, un contraste realista de personalidad mucho más precoz que un hijo único de familia acomodada, aunque éste posteriormente tenga más posibilidades de desarrollo intelectual. Mil ejemplos sugestivos podrían aducirse.

¹ Es clásica la adjetivación de *evolutiva* a esta importante parcela de la psicología. Sin embargo, esta denominación tiene un peligro conceptual *evolución* originariamente significa cambio progresivo, es decir desarrollo; el fenómeno contrario sería la *involución* o cambio regresivo. Según esta precisión semántica es correcta la adjetivación de psicología evolutiva al estudio de la psicología en las fases del desarrollo progresivo, de crecimiento, positivas. Sin embargo, por un fenómeno gramatical de generalización, el término evolución ha venido a comprender también los procesos regresivos o *involutivos*, por lo cual hoy la expresión psicología evolutiva tiene el peligro de que se entienda aplicada también a las fases psicológicas de cambio regresivo, es decir la adultez y la vejez. Por ello se usa cada vez con más insistencia la expresión «psicología del desarrollo». No obstante, mantendremos en nuestro trabajo, simultaneándola con ésta última, la formulación clásica, dada su correcta significación en su sentido estricto.

Por eso el educador debe atender a cada individuo según sus exigencias personales. No valen soluciones masivas. El estudio y el tratamiento del grupo social ha de hacerse en cuanto dinámica resultante de las aportaciones individuales y en cuanto reversión de las energías colectivas en cada individuo. Este permanece siendo siempre la razón fundamental de la vida humana, la unidad misma de la sociedad.

Pero cuando se trata de preparar una programación que haya de tener el carácter de pauta general, es menester, respetando las profundas diferencias individuales, acudir al módulo general, al tipo medio, más o menos estadísticamente considerado.

Junto a esta conciencia de la relatividad diferencial, una programación educativa exige minucioso conocimiento de cada período evolutivo. Las reflexiones que a continuación se exponen tienen sólo el carácter de invitación al estudio concreto de los procesos evolutivos psicológicos del individuo con el fin de apuntalar con enfoque científico y aportación racional los programas de educación física y deportiva.

Un camino concreto

Entre los ya numerosos trabajos de psicología aplicada al deporte y a la actividad física en general (más de 500 hasta 1969), existen algunos dedicados a períodos concretos evolutivos —adolescencia, principalmente—. No ha llegado a nuestro conocimiento algún estudio sistemático y exclusivo de la psicología evolutiva con aplicación a la programación de educación física.

Existen capítulos específicos comprendidos en obras más generales, tal como el que F. Loisel dedica a la *infancia* y la *juventud* en su obra *Bases psychologiques de l'éducation physique*, y otros. Cabe aquí reseñar en este sentido el sugestivo estudio de L. Diem sobre *La educación física en el primer año de vida*, modelo parcial de una psicología evolutiva aplicada a nuestra ciencia. Faltan estudios sistemáticos. El objetivo de estas líneas se orienta a servir de invitación a dicho estudio y de sugerencia para un procedimiento de trabajo.

Todos los innumerables problemas que han surgido y siguen presentes en la elaboración de una psicología evolutiva brotan en toda aplicación que de ella se quiere hacer: Por ejemplo, el análisis parcelado de aspectos de la personalidad rompe la unidad de la vida. Por consiguiente, todo estudio analítico es en parte falso, inhumano. Pero por otra parte no podemos estudiar la compleja personalidad humana globalmente a golpe de intuición comprensiva. Nos vemos obligados a fraccionar, parcelar, analizar.

Faltan todavía comprobaciones estadístico-científicas suficientes de todos y cada uno de los períodos evolutivos para que puedan ser aceptadas con carácter de leyes las características descriptivas que se asignan a cada época en cada uno de los aspectos. Sin embargo, se ha progresado bastante; han ido surgiendo importantes aportaciones, como las de A. Gesell, R. Bize, Debesse, Le Ball, Katz, Stone, Remplein y otros muchos, quienes simultaneando los estudios comparativos con trabajos experimentales, han asentado el firme para un camino científico en psicología evolutiva.

Son variados los esquemas y divisiones analíticas que han sido elaborados para proceder sistemáticamente. Casi todos ellos son válidos. No se trata, pues, de inventar un nuevo esquema, sino de aceptar alguno entre los más aptos, o refundir en líneas maestras aquellos en los que pueden comprobarse importantes coincidencias.

Para señalar los rasgos característicos de cada época de desarrollo se ha pasado de lucubraciones más o menos abstractas, más o menos empíricas a las constataciones comportamentales. Para analizar, por ejemplo, el grado medio de maduración psico-motriz a los 7 años de edad, se han experimentado centenares de niños de esa edad en la resolución de determinadas pruebas gestuales, de coordinación, senso-perceptivas, de disociación, etc. Los resultados medios en la resolución de ese problema y en el grado y perfección de ejecución, se han considerado como características psico-motrices típicas de esa edad. Igualmente se ha hecho en los procesos de lenguaje, en la comprensión intelectual, en la problemática sexual, etc. Por eso, más que describir las características abstractas de cada período en desarrollo, conviene hablar de la *conducta* típica de tal o cual edad.

Gesell, uno de los autores más prestigiados actualmente, analiza cuatro aspectos típicos y relativamente independientes de conducta, que engloban todo comportamiento posible: la conducta *motriz*, la conducta *adaptativa* (manejo del ambiente), la conducta del *lenguaje* y la conducta *personal social*.

Eysenck sugiere también cuatro grandes campos para la exploración fraccionada de la personalidad: el sector cognitivo (inteligencia), el sector conativo (carácter), el sector afectivo (temperamento) y el sector somático (constitución).

Otros autores emplean 3, 6, 12 y hasta 20 y más variables o aspectos aislables de comportamiento.

La división de P. R. Bize en su obra *L'évolution physiopsychologique de l'enfant* en siete grandes capítulos o aspectos manifestativos de la conducta, nos ha parecido no solamente racional y propedéutica, sino que dichas parcelas responden a las características definidas que constituyen a su vez un aspecto fundamental y en parte independiente de la persona. Cada uno de estos capítulos son a su vez subdivididos en variables de relativa independencia. He aquí su clasificación con algunas pequeñas correcciones terminológicas, tal como va a ser aquí propuesta como partida para un análisis del desarrollo personal especialmente apto para fundamentar, desde el punto de vista psicológico, una programación de la educación física: *Evolución del crecimiento fisiológico*.—Los criterios de medición se basan en la dentición; talla; peso; perímetro torácico; relaciones longitud miembros inferiores-longitud del tronco; perímetro craneal; grado de osificación; pulso; caracteres sexuales secundarios.

Evolución de los intereses. —En este concepto se concretan aquellas tendencias globales primarias que se manifiestan con especial significación en una u otra época. Son tendencias indiferenciadas, en las que intervienen elementos motores, ideorrepresentativos, afectivos, conativos, etc. Es un concepto especialmente interesante en psicología infantil, precisamente por tratarse de una dirección comportamental indiferenciada.

Conducta intelectual. —En ella se resumen todos los aspectos comportamentales clásicamente referidos al mundo del intelecto. La variedad de factores intelectuales y la complejidad y evanescencia de este mundo, por el que se pasean conceptos tan difíciles de captar como mente, pensamiento, razón, juicio, etc., no anula la vigorosa realidad de lo que en el hombre puede detectarse como conducta mental e intelectual, sea ésta numérica, intelectual, espacial, etc.

Conducta psicomotriz. —*Superando* el concepto de conducta simplemente motriz, adopta P. R. Bize la también usada terminología de conducta psicomotriz, consciente de que hasta en los más elementales actos motores de edades muy tempranas están englobados la conación, el deseo, el esquema ideomotor, la pulsión instintiva y, finalmente, la puesta en ejecución de los órganos adecuados para la eficiencia motriz.

Conducta afectiva. —Al igual que en el campo intelectual, en el llamado campo afectivo convergen multitud de elementos difícilmente medibles y en ocasiones considerados por muchos autores como completamente independientes (tal es el caso de la sexualidad con respecto a la emotividad). Sin embargo, este mundo emotivo-afectivo-sensual-sexual puede de alguna manera encuadrarse en una gran área de la personalidad con características netamente diferenciadas de cualquier otro tipo de conducta humana. Este capítulo, no obstante, puede ser el de más difícil medición, puesto que las pulsaciones y vibraciones afectivas bañan todas las demás regiones de la personalidad.

Conducta adaptativo-ecológica. —Este apartado absorbe y clasifica la conducta humana con respecto a los hábitos y estructuras sociales, desde la cuna hasta la universidad o el mundo del ejercicio profesional adulto.

Formación del «yo» específico (Constitución de la personalidad propiamente dicha) —Este es un capítulo menos definido que los anteriores en la terminología clásica, pero muy significativo sobre todo en orden a mostrar los contrastes de una época y otra. La introversión o extraversion, la actitud de auto-expectación o de expectación objetiva hacia el mundo que rodea, los progresivos descubrimientos del propio yo marcan claramente períodos típicos en el desarrollo del individuo.

El cuadro que sigue ofrece el resumen mínimamente esquemático de las etapas del desarrollo según estos siete seleccionados campos de estudio.

Un rigor analítico nos descubriría ser muchas más las divisiones para poder acercarse a un estudio comprensivo. Por ejemplo, las técnicas del análisis factorial nos han demostrado que en el clásicamente definido campo de la inteligencia existen factores con bastante independencia entre sí (espacial, numérico, verbo-conceptual, etc.) que señalan aspectos del rendimiento psíquico poco coincidentes entre sí. Sin embargo, este criterio nos llevara a

métodos atomistas las cuales para una programación educativa, que ha de atender a toda la persona, resultarían farragosos y de muy dificultosa síntesis práctica. Por ello se ha buscado una de las clasificaciones equidistantes entre el sincretismo o globalismo intuicional y la parcelación analítica.

Procedimiento de aplicación

La atención que un correcto sistema de educación física debe dedicar a las características de cada edad hace que los diversos períodos del crecimiento deban ser considerados como totalidades. No se puede preparar una educación física para cada una de las etapas psicomotrices, otra para cada una de las etapas intelectuales, otra para cada una de las afectivas, etc. La educación física programada para cada edad deberá estar adaptada a las exigencias totales (globales) del individuo en esa edad. Es decir, después del análisis evolutivo de cada uno de los aspectos de la conducta, es menester contemplar la imagen comportamental general de cada edad (ver cuadro 6), y aplicar a ella los métodos físicos convenientes.

Si se ha de concluir en un estado global de cada edad, podría parecer tarea superflua y pérdida de tiempo haber procedido al análisis completo en cada campo de observación comportamental. Sin embargo, de ninguna manera resulta banal la parcelación analítica. La confrontación de los resultados analíticos provenientes de los diferentes campos permitirá establecer sin prejuicios apriorísticos leyes que respondan a especiales períodos de crisis generales de incrementos expansivos, de retracciones, etcétera.

Las grandes líneas clasificadoras de los métodos y procedimientos serán aquellas edades donde todos o casi todos los capítulos estudiados independientemente vengan a coincidir en algún cambio, crisis, afirmación, serenamiento. Por consiguiente, el primer paso de aplicación de la psicología del desarrollo a la programación educativa debe ser el estudio comparativo en horizontalidad (siguiendo la posición correcta del [cuadro adjunto](#)). Después del repaso minucioso de todas y cada una de las etapas del desarrollo, se establecerán las normas de aplicación pedagógica adecuadas a cada una de dichas etapas. De la confrontación de todas ellas saldrán las líneas generales de condicionamiento psico-evolutivo a la programación de una educación física.

Un ejemplo

En educación física se ha dado mucha importancia a los cambios que sobrevienen entre los 11 y los 14 años con la aparición de la prepubertad, posteriormente la pubertad, la adolescencia.

Si nos fijásemos en los períodos que tocan de los 7 a los 9 años, denominados casi indiferenciadamente «períodos infantiles», parece ser que los cambios en sistemas de educación física, de cara al organismo, no han de ser muy importantes, ya que no existen en ellos llamativas transformaciones somáticas; físicamente no parece una época de problema. Sin embargo, la evolución psicológica descubre importantes hallazgos.

En el campo de los *intereses*, el paso de los 7 a los 8 años (siempre hablando de tipo medio de evolución) supone la sustitución de un mundo de intensa subjetividad por una gran capacidad objetiva. Con la iniciación de este periodo, tradicionalmente llamado tercera infancia, aparecen los intereses mnemónicos; a diferencia de lo que sucede en el período anterior, al niño comienza a interesarle aprender cosas, saber, presumir de lo que sabe, no sólo de que sabe. Igualmente se van imponiendo los intereses prácticos. Surge con vigor la manifestación de los instintos combativos. En los juegos aparece netamente la noción de *regla*. Los intereses *colectivos* hacen su aparición; es la época singular de las ‘bandas, de la camaradería.

Solamente este brevísimo y fugaz repaso en la evolución de los intereses nos descubre importantes panorámicas que es menester tener presentes para una reestructuración de la educación física con respecto al período anterior. La objetividad capacita para aprender con más precisión; los aprendizajes de técnicas pueden empezar a tener cabida. El enfoque práctico de las apetencias permite concretar más todo tipo de ejercicios. La apertura al colectivismo, la apetencia por los grupos sociales naturales sugiere la verdadera iniciación a los deportes colectivos. La aceptación con sentido práctico, no con valor abstracto, de ciertas nociones como las de regla; abren también un campo al convenio lúdico-deportivo.

En el mundo *intelectual* todavía se aprecia más la especial significación pedagógica de este período. Del estadio eminentemente pueril —en expresión de Piaget— (3-7 años) se pasa al estadio *reflexivo*. A partir de los 8 años hay

un espontánea sometimiento al principio de realidad, frente al subjetivismo que impera en el período anterior. Comienza a desarrollarse la justificación lógica, es decir, la justificación objetivable. Es la época, por excelencia, de las adquisiciones nocionales. Aun dentro todavía de su infantilidad, aparecen importantes capacidades *analíticas*: Ha comenzado el tiempo de poder desmenuzar lo que se aprende, de clasificar, relacionar. En esta época, por ejemplo, se puede empeñar —no antes— a analizar los aprendizajes -de las primeras letras: «la m con la a = ma.» El niño ya había aprendido a leer, pero de ninguna manera debía haber comenzado el análisis de sus aprendizajes.

Una educación física que atiende a la realidad intelectual de este período, puede dejar paso a juegos y ejercicios más racionalizados. Los juegos de movimiento, antes totalmente unitarios, de carácter netamente global, pueden parcelarse, completarse con alguna explicación. El sincretismo permite la toma de interés; el análisis empieza a conferir el dominio; por eso en esta época se puede aprender a dominar los propios gestos, los movimientos anteriormente espontáneos, y que ahora pasan a ser voluntarios. Ya el niño va capacitándose por simple evolución natural para analizar sus propios actos; por consiguiente, también para analizar los aprendizajes.

Desde el punto de vista *psicomotor*, no hay un substancial progreso en la evolución de los centros nerviosos; la mielinización había alcanzado ya sus objetivos casi plenamente en el período anterior. Sin embargo, surgen grandes hallazgos en la efectividad psicomotriz (de ahí la predilección por este término en vez del que se refiere a la simple motricidad). Debido quizá a la mayor liberación de inhibiciones subjetivas en razón de la mayor - objetividad mental y vocacional, aumenta notablemente la rapidez de ejecución. Es la época de la fina coordinación y adaptación al espacio y al tiempo de las acciones motrices y sensoriales; aparece la riqueza, seguridad de movimientos, la orientación. Surge la facilidad de aprendizaje de movimientos *disociados*, por ejemplo, alternativamente abrir y cerrar un puño cerrando y abriendo simultáneamente el contrario, etc. A los 8 años, el niño medio, sin especial adiestramiento, es capaz de sostenerse sobre la punta de los pies y el tronco flexionado durante 10 segundos; salvar limpiamente una altura de 40 centímetros; tocar el pulgar con los diferentes dedos, medir rítmicamente con golpes de pie y simultáneamente con un índice, conservando el ritmo.

Si la esencia de la motricidad no sufre importantes modificaciones con la llegada de este período, sí se advierten grandes progresos en el rendimiento comportamental *psicomotor*; tan grande que quizá sea el período en el que más cambios pueden introducirse en una programación de educación física. Desde luego, es la gran época de los aprendizajes técnicos. La precisión de movimientos puede adquirir ya su máximo grado de perfección.

Pero esta perfección de movimiento y de gesto se pierde en cuanto se intenta conferirle potencia. En este período, todavía netamente infantil, precisión y potencia se excluyen.

Dada la limitación a que debe someterse esta exposición y el carácter de simple ejemplo que tiene este análisis de un período evolutivo, abreviamos aquí la exposición. Baste sugerir cómo en el capítulo de la *conducta afectiva* este período está caracterizado por una serenidad emocional, a diferencia de los 4 años de edad o de los 12-14 años con la turbulenta llegada de la pubertad. Esta serenidad es una garantía más para la objetividad y buen ajuste en los aprendizajes de todo tipo. En cuanto a la afirmación del *yo específico* como constitución de la personalidad, aparecen los primeros atisbos de verdadera conciencia personal, de introspección con carácter objetivo, una especie de primer avance de maduración de la personalidad, equilibrio entre el yo y el mundo.

Barajados todos los valores anteriormente citados y muchos más que, dado el carácter de simple sugerencia práctica, no se han expuesto aquí, se puede iniciar la fijación de objetivos y logros psíquicos y la descripción de actitudes comportamentales adecuadas a las exigencias naturales.

Los análisis del estudio evolutivo *somático* y de la *sociedad* en que se vive con sus valoraciones y sus tópicos, (no olvidemos lo que hoy entiende la sociedad por deporte y por educación física y el influjo de estos estereotipos en la mentalidad infantil) completarán las pautas que conviene seguir para una programación en la educación física.

El tener presente la espontánea evolución de la naturaleza para las programaciones educativas no significa hacer renunciar al educando a todo estímulo de superación. No es necesario caer en la pedagogía del obsequio a lo fácil, a la ausencia de esfuerzo, típico de la consideración beatífica de la naturaleza. Considero válida la pedagogía del estímulo difícil, de la invitación a la superación; pero sin violencias. Para ello es menester conocer la naturaleza. No es cosa fácil; todo esquema estadístico puede verse roto por las sorpresas individuales. Pero indudablemente existen ciertas constantes sociológicas de evolución comportamental.

Las numerosas variaciones por las que atraviesa el ser humano en su desarrollo pueden agruparse en dos grandes fases bien delimitadas: la primera, hasta los 12 años aproximadamente; la segunda, desde los 12 años hasta los 22 ó 23, edad en que se consideran definitivamente cancelados los procesos de crecimiento.

La primera constituye la gran fase infantil del crecimiento, coronada con el niño bien acabado y equilibrado (9-12 años). La segunda comienza con la violenta ruptura del equilibrio infantil debido al advenimiento puberal. Nuevas leyes de auto-intercambio se instauran en el individuo. Los desajustes irán paulatinamente desapareciendo en una progresiva integración de las energías según las nuevas leyes exigidas por la adultez.

Son como dos proyectos sucesivos planteados por la naturaleza: el proyecto niño y el proyecto adulto.

Toda estructuración pedagógica ha de contar con esta realidad: hasta los 12 años, educación infantil; a partir de los 12, nueva dialéctica que habrá de coronarse con la madurez del adulto. Los problemas prácticos se plantean al concretar en qué consiste el oficialmente llamado *tratamiento infantil*, y en qué, a su vez, han de parar los sistemas educativos dirigidos al adolescente y al joven.

La educación física, aspecto importante de la tarea pedagógica, si sabe tener presente para su programación todos los aspectos de la personalidad, puede prestar importante contribución a las ciencias pedagógicas. No en vano es la llamada a dar una visión y un proyecto correcto del hombre a través de su manifestación física, la cual es, en definitiva, lo primero que del hombre vemos y palpamos.

LÍNEAS GENERALES PARA UNA PSICOLOGÍA DEL DEPORTE

Tras algunos años en que se estudia e investiga con la mayor seriedad científica posible la psicología del deporte, después de cuatro años de la fundación de la Sociedad Internacional de Psicología del Deporte, a la vista de lo que se ha logrado en este interesante campo y de la iniciación de varias escuelas y concepciones de psicología del deporte, puede ser útil una somera reflexión sobre los objetivos de esta ciencia o rama de la ciencia.

Lo importante es investigar, constatar hechos, objetivar. La psicología aplicada al deporte debe entenderse como una ciencia positiva, pero aun las ciencias positivas deben preguntarse de cuando en cuando su porqué y para qué, y consecuentemente su cómo. Deben tener su adecuada filosofía.

A nivel de pequeña reflexión filosófica sobre la Psicología del deporte, se ofrecen estas esquemáticas líneas.

En primer lugar, el concepto *psicología del deporte* es ambiguo. Se puede entender en un doble sentido, aparentemente opuesto, aunque pueda después comprobarse que en realidad no se oponen:

Psicología para el deporte —Es decir: La psicología con todo su mundo de estudios, experimentos y prácticas, puestos al servicio del deporte, de ese hecho personal y social que entendemos por deporte.

Desde este punto de vista, se trabajará en estudiar al hombre para que cuando hace deporte, rinda más. En tal sentido se producen muchas de las investigaciones de hoy día.

En general este enfoque cae dentro de todos los sistemas psicológicos que tienen por objetivo mejorar rendimientos humanos.

Psicología del deporte para el hombre —Es la psicología que estudia el deporte como hecho humano, pero más que preocuparse de un rendimiento deportivo atiende a un mejoramiento del hombre a través del deporte. Es obvio que uno de los elementos para ese mejoramiento puede ser a su vez la mejoría del rendimiento deportivo.

Aquí aparece el deporte como instrumento. En la primera concepción aparece más bien como fin inmediato. El primer enfoque descubre una concepción técnica del deporte. A saber, es el que interesa al técnico, cuya responsabilidad es buscar y obtener el mayor rendimiento.

El segundo enfoque es propio del pedagogo, que busca un mejoramiento del hombre con el uso de los diferentes medios instrumentales o habituales que posee o puede adquirir, uno de cuyos instrumentos o hábitos puede ser el deporte.

El haber introducido aquí conceptos como técnico, pedagogo, sociólogo, puede hacer suponer que lo que proponemos corre el peligro de una «des-cientificación» desde un punto de vista psicológico o de una servidumbre a otros campos.

No hay ni tal «des-cientificación» ni tal servidumbre. El psicólogo tiene amplio terreno en el mundo de la experimentación, de las constataciones, de la ordenación estadística, de las hipótesis y su ulterior comprobación científica: Pero no podemos olvidar nunca que la psicología tiene un importante menester de orientación. La psicología es ciencia de hombre *-para* ayudar al hombre, no sólo para poner en sus manos datos y hallazgos, como puede ser la física y la electrónica. La psicología en este aspecto es análoga a la medicina. No debe limitarse a descubrir y demostrar. Debe interpretar y, en último y más responsable paso, orientar.

Hablamos de la psicología como ciencia, y en nuestro caso concreto de la psicología del deporte como rama científica o como ciencia en sí autónoma (no entremos en esta disquisición); No hablamos del menester de todos y cada uno de los psicólogos deportivos.

Así como en la psicología industrial se clasifican menesteres concretos distintos unos de otro a saber: selección, promoción y formación del personal *counseling*, *human engineering*, e igualmente sucede en la psicología escolar, así es menester ir delimitando las posiciones y tareas de cada uno de los tipos de psicólogos deportivos en función de su postura y metodología, de su talante científico y consecuentemente de la función encomendada.

Para ordenar un poco el vasto campo de esta ciencia aplicada, puede resultarnos útil recurrir al método práctico fenomenológico de inquirir los objetivos que pretenden cada una de las entidades u organizaciones que pueden requerir el servicio de uno o varios psicólogos deportivos.

Pondremos sólo algunos ejemplos, que pueden ser aumentados cuando se considere idóneo.

CLUB DEPORTIVO

Objetivos: Aumentar - socios y vincularlos al club.
Medios: (Aparte de otros alicientes). Éxitos, deportivos de sus equipos.
Modo de lograrlo: Buenos dirigentes y administradores.
Buenos preparadores para hacer competidores.
Entrenadores.
Médicos deportivos.
Psicólogos:
Dominios específicos de estos psicólogos:
Psicología del agonismo.
Factores emocionales de la competición.
Psicomotricidad.
Psicología de la personalidad y competición.
Agresividad.
Dinámica de grupo.
Neurosis de campeonismo.
Eco psicológico del actual volumen social del deporte.
Logro: Hombres aptos para competir con rendimiento óptimo.

FEDERACIÓN DEPORTIVA EQUIPO NACIONAL O REGIONAL

Objetivo: Máximo número de triunfos.
Máxima calidad deportiva.
Modo de lograrlo: Buenos preparadores para lograr óptimos competidores.
Entrenadores.
Médicos deportivos.
Psicólogos:
Dominios específicos de estos psicólogos:
Psicología del agonismo.
Factores emocionales de la competición.
Psicomotricidad.
Psicología de la personalidad y competición.
Agresividad.
Dinámica de grupo.
Neurosis de campeonismo.
Eco psicológico del actual volumen social del deporte.
Logro: Hombres aptos para competir con rendimiento óptimo.

UN CENTRO DE FORMACIÓN DE ESPECIALISTAS DEPORTIVOS (Escuela, facultad universitaria, etc.)

Objetivos: Formar buenos técnicos enseñantes del deporte.

Modo de lograrlo: Didactas de las especialidades deportivas:

Entrenadores.
Médicos deportivos.
Psicólogos del deporte.
Formar educadores a través del deporte.

Didactas de las especialidades:

Entrenadores
Pedagogos.
Médicos deportivos.
Psicólogos.

Dominios específicos de estos psicólogos:

Psicología del agonismo.
Factores emocionales: de la competición.
Psicomotricidad.
Psicología de la personalidad y competición.
Agresividad.
Dinámica de grupo.
Neurosis: de campeonismo.
Eco psicológico del actual volumen social del deporte.
Psicología del agonismo.
Factores emocionales de la competición.
Psicomotricidad.
Psicología de la personalidad y competición.
Agresividad.
Dinámica de grupo. Neurosis de campeonismo.
Eco psicológico del actual volumen social del deporte. Pedagogía.

Logro:

Técnicos del deporte, conocedores de la especialidad y buenos enseñantes.
Buenos técnicos enseñante del deporte y pedagogos a través de él.

UN CENTRO DE EDUCACIÓN NO ESPECÍFICAMENTE DEPORTIVO

Objetivo:

Ayudar al desarrollo humana de los alumnos, es decir, educar.

Medios:

Enseñanzas ilustrativas de todo tipo.
Hábitos de autocontrol.
Educación para vivir en sociedad

Modo de lograrlo:

(Aparte de otras enseñanzas y prácticas).
Prácticas deportivas.

Medios para orientar educativamente estas Prácticas:

Didactas del deporte:
Entrenadores.
Médicos del deporte.
Psicólogos del deporte.

Dominios específicos de estos psicólogos:

Psicología del agonismo.
Factores emocionales de la competición
Psicomotricidad
Psicología de la personalidad y competición.
Agresividad.
Dinámica de grupo.
Neurosis de campeonismo
Eco psicológico del actual volumen social del deporte.
Psicología escolar.
Pedagogía.

Logro:

Personas equilibradamente desarrolladas.

UN CLUB DEPORTIVO DE UNA EMPRESA INDUSTRIAL

Objetivos: (Interno). Vincular a las personas que trabajan para la empresa.

(Externo). Propaganda del nombre de la empresa o del producto.

Medios: Crear buen ambiente deportivo y obtener buenos resultados competitivos.

Modo de lograrlo: Buenos dirigentes deportivos. Buenos preparadores:

Entrenadores.

Médicos del deporte.

Psicólogos del deporte.

Buenos dirigentes deportivos. Buenos preparadores:

Entrenadores.

Médicos del deporte.

Psicólogos del deporte.

Dominios específicos de estos psicólogos:

Obtener llamativos triunfos deportivos.

Psicología del agonismo.

Factores emocionales de la competición.

Psicomotricidad.

Psicología de la personalidad y competición.

Agresividad.

Dinámica de grupo.

Neurosis de campeonismo.

Eco psicológico del actual volumen social del deporte.

Psicología de la empresa.

Psicología del agonismo.

Factores emocionales de la competición.

Psicomotricidad.

Psicología de la personalidad y competición.

Agresividad.

Dinámica de grupo.

Neurosis de campeonismo.

Eco psicológico del actual volumen social del deporte.

Psicología de la empresa.

Logro:

Hombres aptos para competir con buen rendimiento.

Buenos deportistas..

Hombres aptos para competir con rendimiento óptimo.

De la confrontación de estos esquemas y de otros muchos que se pueden añadir, surge en primer lugar una consecuencia que no hace más que ratificar lo que en el pasado congreso de Psicología del deporte de Roma y en los temarios de éste en Washington se ha manifestado: El hecho deportivo humano exige todas las variantes y especialidades de la ciencia psicológica. El psicólogo de la personalidad, con sus facetas de análisis de rasgos, de técnicas proyectivas, etc.; los especialistas en psico-diagnóstico; los especialistas en psicología y motricidad; los psicólogos del aprendizaje; los orientados a psico-dinámica de grupo.

Lo importante para la calibración científica de la psicología deportiva es comprobar cómo todos y cada uno de los enfoques que se quieren dar al fenómeno deportivo, requieren la asistencia de las diferentes especialidades psicológicas, aun cuando los objetivos de las instituciones o grupos que les soliciten sean muy diversos. En esto radica, supuesta ya la existencia de una verdadera ciencia psicológica, la subsistencia de su calidad científica en la rama o aplicación deportiva.

Una institución deportiva que ha descubierto la necesidad de la psicología para su progreso no puede hablar de un psicólogo, sino de varios, o más bien de un equipo de psicólogos que pueden brindar la ayuda característica de la psicología como tal, y no sólo de tal o cual aspecto.

Los resultados de la aplicación de esta psicología cobrarán, sin embargo, uno u otro valor práctico, según sea el objetivo general de la institución que requiera sus servicios.

Volvemos con ello a nuestra reflexión inicial, insistiendo en que los diversos objetivos que se pretenden con los estudios psicológicos aplicados al deporte, es decir, un mejoramiento del rendimiento competitivo o un mejoramiento del hombre por medio del deporte, aunque en sí no se opongan y muchas veces se ayuden, pueden introducir profundas diferencias en los enfoques científicos e incluso en las metodologías.

Un estudio de la influencia de ciertos factores emocionales en el momento de la competición buscará, a través de datos estadísticos de resultados positivos o negativos, la variante o variantes que convenga aplicar para una óptima «performance» deportiva. Un estudio de la misma influencia emocional en la competición, enfocado para la búsqueda de un hábito de control de las emociones en situaciones comprometidas (aquí la competición), exigirá otras variantes en la experimentación.

Como última reflexión permítasenos señalar que la psicología del deporte, estudiada como ayuda al hombre por medio del deporte, tiene un marcado sentido pedagógico. Es decir, una de las dos grandes rutas por las que ha de caminar la psicología deportiva es de orientación pedagógica.

Las investigaciones que se desarrollen, pues, en esta línea, pueden ser hechas por uno u otro tipo de especialistas en psicología deportiva, pero han de estar orientadas, planificadas por un tipo de psicólogo de talante pedagógico o un tipo de pedagogo especializado en psicología, que podríamos llamar *psico-pedagogo del deporte*.

El psicólogo del agonismo, el personalista o psicólogo de la personalidad, el psico-diagnosticador, el sociólogo especialista en dinámica de grupo, etc., tienen definido campo en esta psicología con enfoque pedagógico, tan neto y extenso como en la que busca el rendimiento en la competición. Pero su planificación ha de estar en manos del que denominamos psico-pedagogo, el hombre que orienta el deporte primordialmente como actividad directamente aplicada al sano desarrollo del hombre. Junto al médico y al fisiólogo deportivos, que analizan y orientan la actividad física y competitiva hacia un pleno y equilibrado desarrollo orgánico, el psico-pedagogo, con el bagaje experimental y científico de sus colegas psicólogos, aplica y orienta el deporte al servicio de un sano desarrollo anímico y una correcta y equilibrada interacción psicofísica.

DEPORTE HUMANO EN LA SOCIEDAD INDUSTRIALIZADA

I

No se pretende aquí hacer una descripción detallada de las características, valores y defectos de la llamada «sociedad industrializada». Esta *misma* denominación, ampliamente aceptada ya en la terminología de los sociólogos, puede ser objeto de precisiones. No nos metemos en ellas. Acogemos la denominación simplemente como una de las expresiones significativas de la sociedad de nuestro tiempo, cuyos focos característicos se centran en las grandes urbes industriales, pero que extienden su condicionamiento, influjo y consecuencias a otras zonas de la sociedad, alejadas al parecer del vivir industrial.

De esta contemporánea «sociedad industrializada» se pueden extraer algunas notas distintivas. De ellas, escogemos para nuestro comentario una: la aparición de los grupos-masa. De tal forma estos grupos masa han adquirido consistencia en nuestra época, que podríamos casi hablar del *gremio masa*. En él estarían incluidos (o estaríamos incluidos) más del 95 por 100 de los hombres de hoy.

Multitud, masa y público

No significan lo mismo multitud, masa y público.

La primera es la reunión física accidental de un gran contingente humano de heterogéneas características y fines. Por ejemplo, una aglomeración humana casual por paralización de la circulación.

Masa, según una acepción ya clásica, es la reunión física de un contingente humano aglutinado por comunidad de intereses, por la obtención de unos objetivos, y determinable según ciertas características típicas. Tales, por ejemplo, una manifestación política, un público parcial de un espectáculo deportivo. El conglomerado humano se ve asociado por un factor psicológico afectivo.

Las masas tienen un modo de reaccionar típico y específico. No son el simple resultado de los modos de reaccionar ordinarios de cada uno de los individuos.

Los ingredientes activos de la masa son:

1. Un estado afectivo especial de cada uno de los individuos.
2. Una idea elemental, tópico, eslogan, objetivo. Con la conjunción de estos dos elementos aparece la llamada psicología especial de masa, que se apoya y nutre de las modificaciones que sufren las psicologías de los individuos al hallarse congregados en masa, y que consiste fundamentalmente en la aparición de unos mecanismos semiconscientes, casi automáticos, que empiezan a regir el comportamiento individual, ocupando el puesto cedido por la dirección consciente, noética. En esta suplantación de mando radica el peligro de la desmesura masiva. Al efectuarse una sintonía del eslogan, del elemental objetivo y comportamiento masivo con ciertos impulsos personales subconscientes, habitualmente reprimidos, encuentran éstos fácil e impune expansión y tienden a manifestarse sin decoro.

Un individuo honorable en su profesión, con reconocida fama en la sociedad con la que convive, se encuentra un día sumergido entre la masa contemplando un partido de fútbol. En un momento crítico, de una manera aisladamente inexplicable, se adueña de él el «poder» de la masa, se exalta, da voces, lanza insultos soeces, es capaz de llegar a las manos. Si al día siguiente en la honorabilidad de su despacho, su consulta médica, su bufete, su oficina, apareciese de pronto ante sus clientes un filme con sus voces y gesticulaciones, quedaría en paradójico ridículo.

Allí existieron: una actitud afectiva predisponente, la aparición de una idea-deseo elemental: el triunfo de su equipo. Unos impulsos animales más o menos inconfesables de agresión, desprecio, odio, complejos de diverso tipo, habitualmente reprimidos. Una vía impune para su manifestación. Y, a partir del momento crítico, la progresiva sustitución en los mecanismos comportamentales del control superior, noético, cerebral, por la acción de los mecanismos semiconscientes en progresiva automatización.

Tal suele ser el resultado personal en los individuos-número que constituyen la masa.

El sustantivo «público» tiene dos acepciones: un conjunto de personas que coinciden en unas mismas aficiones o ideologías. En este sentido se habla del público de tal periódico o revista, del público de arte, del público taurino. Dentro de su posible volubilidad es algo estable.

El segundo sentido es: la concurrencia de personas en un determinado lugar, espectáculo. Su carácter aquí es momentáneo, fugaz; pero existe la aglutinación por un mismo objetivo, por pasajero que éste sea. Esta acepción entra de lleno en el concepto «masa».

Aparición de una nueva «masa»

Decir que vivimos en una sociedad de masas puede significar que vivimos en un tiempo en que han proliferado las ocasiones para la agrupación masiva. Pero la expresión «sociedad de masas» tiene también otra significación más útil.

Debido, sobre todo, al influjo de los llamados «medios de difusión» y principalmente a la televisión, se han ido creando unas características igualitarias, comunes a los diversos públicos, asentadas en una serie de hábitos pasivos subconscientes, que donan a la gran mayoría de la sociedad la calidad distintiva de masa en gran escala.

No hablo aquí de condiciones culturales o cognoscitivas que han abierto a grandes mayorías antiguamente incultas las puertas de la instrucción, de la información, y consecuentemente del interés hacia nuevos valores, sino de una serie de hábitos secundarios de respuesta, una concepción y valoración semi-mecánica de lo que rodea, una especie de *Weltanschauung* a nivel de segunda naturaleza —utilizando el fecundo e intraducible concepto alemán—, que reviste las características de masa.

Las técnicas utilizadas por las empresas publicitarias, el en-foque hacia el estudio de motivaciones artificiales que va tornando progresivamente la llamada psicología industrial, revelan el aumento de comportamientos inducidos por *sic geas*, la aparición de hábitos estándar, que se van instaurando en la sociedad.

Características de masa físicamente presente han sido trasplantadas a esa nueva masa general, no unida físicamente, pero palpablemente condicionada cada vez más a unos mismos programas, a idénticos tópicos, a dicho comunes, no tanto nacidos espontáneamente del pueblo cuanto introducidos desde fuera de él.

La generalización de la cultura por medio de los grandes medios de difusión es una de las grandes conquistas sociales logradas a través de ellos. Peto en el reverso de estos logros está la progresiva mistificación, la aceptación de un ocio eminentemente pasivo (tanto física como espiritualmente), la uniformidad.

Reconocidas las características, ventajosas unas y desfavorables otras, que van adquiriendo los hábitos sociales de nuestro tiempo y situándonos en el problema concreto de la *masificación*, se trata, al estudiar cualquier problema y sugerir soluciones, no de rechazar a *priori* esa masificación sino de retener lo que de beneficioso aporta y procurar eliminar sus efectos negativos. Tal es el planteamiento que, a modo de breve sugerencia, vamos a efectuar a continuación -con ese hecho humano tan extendido y discutido en nuestro tiempo llamado deporte.

II

Admitiendo los muy variados hábitos humanos que son abarcados hoy por el término deporte, reconozcamos primordialmente su calidad de juego. Deporte fue antiguamente y sigue siendo hoy ante todo juego. Caracterizado por su condición competitiva, por su moderna estructuración organizada, por su integración educativa como factor pedagógico aplicado a una provincia importante del hombre, por sus posibilidades de diálogo internacional.

En esta condición lúdica del deporte radica uno de sus importantes factores humanizadores especialmente aptos al mundo de hoy.

La masificación de la sociedad industrializada tiene lugar tanto o más en el campo del ocio como en el del trabajo. En éste existe el peligro de la súper-especialización, de la automatización, de la repetición laboral, de la estéreo-

tipificación del gesto, de la absorción del hombre a la máquina. En el mundo del ocio, en que el hombre queda al parecer apto para ejercer su egregia condición de libertad, de elección, de autodeterminación, la masificación progresiva del entretenimiento, la desaparición de los modos gremiales de diversión, de las modalidades lúdicas locales y regionales, y su sustitución por los entretenimientos estándar transmitidos por las grandes cadenas publicitarias, va privando a los pequeños grupos naturales de convivencia —familia, vecindad, pueblo— del estímulo hacia la expansión lúdica espontánea, como son la danza y canción populares, los ritos celebracionales, etc. El folklore se reivindica, pero más como pieza exótica, decorativa, turística, que como vida popular actual.

El individuo empieza a sentirse ya a gusto encajado pasivamente en esa diversión estandarizada. No se pregunta a sí mismo si repite o no gestos inducidos de fuera a dentro o estandarizados en todo el mundo; no le importa. Se siente cómodo sin estímulos hacia una expresión original. La pérdida de estos estímulos espontáneos y creadores en el mundo del juego, del entretenimiento, amenaza con convertir las capacidades creadoras del hombre en estrictamente utilitarias. Esto, a mi modesto entender, sería nefasto para el porvenir de la humanidad. La protagonización, la creación personal con miras pragmáticas es útil e incluso necesaria al hombre. Pero la fuerza creadora, la protagonización *desinteresada* son incluso más imprescindibles para un profundo progreso, de largo alcance, de la humanidad.

Recordemos que el origen de las culturas está muy vinculado a formas lúdicas de expresión, es decir, a formas espontáneas y desinteresadas de entretenimiento.

Por eso es urgente invitar al hombre a practicar las actividades ociosas en las que de una u otra forma se estimule ese afán lúdico de autodeterminación, de protagonización. Ello se encuentra en el fondo psicológico de, la actividad deportiva.

En cualquier jugada realizada en un partido de baloncesto, fútbol, balonmano (cualquier modalidad deportiva) hay una autodeterminación, una elección entre varias posibilidades, una sensación de protagonización (nunca reñida con el sentido de colaboración social), que hacen que el deportista perciba de una manera espontánea, elemental, su condición humana de ser libre, capaz de autodeterminarse.

Así como en la repetición laboral el esfuerzo y la realización son siempre prácticamente idénticos, en el juego deportivo no. Siempre hay alguna variante, por muy automatizada que sea la jugada. Hay una inminente posibilidad de frustración por parte de la acción del adversario y una adecuación de la respuesta al nuevo estímulo, cualquiera que sea la variante con que éste se produzca.

Un equipo de fútbol tiene ensayada una jugada de toda la delantera en la que después de varios cambios de posición el delantero centro remata a la portería. La han repetido muchas veces con buenos resultados. Un día la intentan de nuevo, pero la posición de los defensores contrarios obliga a un cambio espontáneo de posiciones no imaginado, nunca ensayado, concluido con el remate final a cargo del extremo en vez del delantero centro. Una misma jugada, automatizada, ha sido repetida de manera totalmente nueva, creadora en cierto modo, en un espontáneo y rápido diálogo entre los reflejos automatizados y los centros corticales inspiradores, en una espontánea decisión a nuevo estímulo de toda la persona. Esto es, en definitiva, como hábito, como actividad espontánea de toda la personalidad, como aprendizaje para la vida, el juego deportivo.

La práctica, que bien dirigida puede ser escuela social de colaboración, supone también una afirmación humana del individuo. El deporte es actividad, dinamismo; Antropológicamente vivir consiste en hacer¹. Es menester que el mundo noético tenga un contacto con el real. El deporte pone en uso simultáneo, armonizado, la inteligencia, la voluntad y el cuerpo. Y todo ello con el originario afán de entretenimiento, de pura expresión corporal.

La comodidad que experimenta el hombre de hoy en su personal dejación en manos de los ocios-estándar (y entra en ellos el puro *espectáculo* deportivo) suponen un peligro anti-humanístico, un gigantesco y apresurado camino hacia la *robotización*. Una autovaloración humanística debe ponernos en guardia contra ello. Por eso es especialmente útil en nuestro mundo masificado incitar al hombre hacia actividades que tengan especiales valores humanizadores.

¹ La palabra poeta viene del griego ποιειν que significa hacer.

A media distancia en el alejamiento entre planificadores cerebrales de la sociedad y ejecutores físicos se halla la figura del hombre que juega al deporte, que piensa, planea, resuelve, ejecuta, ejercita, pone en práctica a la vez. El deportista, de un modo sencillo, ofrece la imagen humanística del hombre de hoy, en tendido el humanismo no en su acepción histórica, sino en su sencilla significación derivada del *hombre*, el cual pone en juego, en espontánea interacción, *soma* y *psique*.

De los mismos medios de información y propaganda por cuyo influjo la sociedad se instruye, aunque también se masifica y pasiviza, podemos valernos para que el hombre de hoy estime el deporte, no sólo como un bello espectáculo recreativo —pasivo en definitiva sino como recreo asimismo de singular valor activo y humanizador.

EDITORIALES PARA «DEPORTE 2000»

Los artículos que siguen, editoriales los más, fueron escritos para la revista *Deporte 2000*. Dentro de su concisión y sencillez, tienen cierto tinte doctrinal e invitan a reflexionar en los actuales problemas y sucesos del ámbito deportivo.

DEL DERROTISMO AL TRIUNFALISMO¹

En los juegos olímpicos de invierno, celebrados en Sapporo, España ha obtenido una medalla de oro. El joven esquiador Francisco Fernández Ochoa ganó limpiamente el *stalom* especial dejando constancia de su clase indiscutible con su victoria, también indiscutible. Ha sido la primera vez en la historia de los juegos olímpicos que un español ha obtenido una medalla de oro en competición individual. El equipo español de hípica conseguía en 1928, en la olimpiada de Amsterdam, el triunfo en el cómputo colectivo. Era el único antecedente áurico del olimpismo español. Por eso, la medalla ganada por Fernández Ochoa tiene trascendencia.

La retórica de la medalla es una de las modas que están arruinando el moderno movimiento olímpico. Los más sensatos comentaristas del deporte se esfuerzan en demostrar que las listas de las medallas no son la medida del valor olímpico. Es inútil; la prensa de talante sensacionalista se impone en una época marcadamente sensacionalista. Y los dirigentes, en general, caen en la necesaria trampa de verse obligados a mercar de cualquier guisa los tan necesitados metales. Ahí están los hechos: los medios informativos confeccionan cada vez con más precisión las retahílas de medallas y su reparto por países. Y mucha gente, para opinar sobre lo que ha sucedido en una olimpiada, lee casi exclusivamente esas listas. Si en un país faltan medallas, «fracaso rotundo». Si se consiguen, «éxito arrollador».

Los esquiadores franceses, en los juegos de Grenoble (1968), obtuvieron cuatro medallas de oro. En los de Sapporo no han conseguido ninguna; han tenido que contentarse, pese a su tradición alpina, con una pieza de plata y dos de bronce. Muchos comentaristas galos, picados por el sensacionalismo —«en todas partes se cuecen habas»—, se han cebado en duras críticas contra los deportistas y sus dirigentes. Comentaristas más serenos han intentado alzar su reflexiva voz. Nada han conseguido. En los respiraderos deportivos franceses había, en este mes de febrero, sensación de ahogo. ¿No significan nada los Duvillard, Augert, Rossat-Mignon, los Famose, Macchi, Steurel, etcétera, que tantos éxitos han dado recientemente al esquí y al deporte francés? La primera línea de esquiadores mundiales sigue bastante nutrida de franceses. Pero ha faltado el obligado brillo de las medallas. Este suceso recuerda la depresión originada en la opinión deportiva francesa tras los juegos de Tokio (1964), donde a la *dé faite* del en aquellos tiempos omnipotente Jazy, se unió una alarmante ausencia de medallas en los diversos deportes. En España, la última medalla olímpica (de plata) ha sido conseguida en los juegos de Roma. En Innsbruck-Tokio (1964) y Grenoble-Méjico (1968), los deportistas españoles compitieron sin alcanzar ningún trofeo de metal. Esto originó sensación de derrotismo. Era inútil el enorme progreso realizado durante los diez últimos años, hecho patente en Tokio y Méjico con la colocación de varios finalistas. El pueblo en general —no las minorías minuciosamente concedoras del deporte—, influido por el sector más sensacionalista de los medios informativos, cayó en la fácil crítica.

Así ha llegado el año olímpico 1972. La primera cita ha sido en Sapporo. Una minuciosa preparación de largos años y una rigurosa selección designó a tres jóvenes esquiadores para representar al deporte español en esta importante convocatoria.

Conchita Puig, Aurelio García y Francisco Fernández Ochoa se baten noble y enérgicamente, al máximo de sus posibilidades, en las distintas pruebas. El sábado 12 de febrero, víspera de la clausura de los juegos, un ya reiterado clima de pesimismo y —lo que es por— desprecio se respiraba, no digo en el auténtico ambiente deportivo, sino entre mucha gente en general propensa al comentario, sobre todo cuando de criticar se trata. Las reflexiones estaban en la calle: «Esos esquiadores están haciendo el *ridículo*»; «*Fracaso total*». Aparecían chistes «oportunísimos», como el de Perich, en *La Vanguardia*: «El deporte en España, primero; España en el deporte, el 58.»

Llega la última jornada, 13 de febrero, y Fernández Ochoa, a la hora de la madrugada en España, logra un tiempo extraordinariamente bueno en la primera manga del *stalom* especial. Los verdaderos aficionados al deporte, los que,

¹ Marzo, 1972.

ajenos al derrotismo porque no encontraban sus causas, querían ver en directo a los grandes esquiadores Thoeni, Duvillard, Schmalz, Bruggmann, y entre ellos a Fernández Ochoa y Aurelio García, ya antes conocidos como grandes, contemplaban por Televisión Española en esa hora temprana, no apta para el descanso dominical, que el tiempo establecido por Fernández Ochoa no lograba ser mejorado por ninguno. La emoción al iniciarse la segunda manga fue indescriptible. Llegado su turno, Fernández Ochoa, decidido, implacable, seguro de sí mismo, arriesga de nuevo al máximo y aumenta la ventaja sobre sus inmediatos seguidores, alcanzando una resonante y neta victoria.

Pronto se corre la noticia como reguero de pólvora a través de los teléfonos, por las calles, en las cafeterías, corrillos, taxis (en los cuales el día anterior, en filosófico desahogo, coincidían cliente y conductor: «Están haciendo el ridículo»). ¡Un español ha obtenido una medalla de oro en Sapporo! Las emisoras de radio daban la noticia. La televisión repetía a ritmo y al «ralentí» la actuación del joven deportista.

Es natural, digno de alabanza, que un español se entusiasme por un gran triunfo alcanzado por un compatriota. Es lógico que de este entusiasmo participen locutores, periodistas, etcétera.

Por ello, como producto de la exaltación del momento son comprensibles frases solemnes, trascendentales, pronunciadas o escritas a raíz de la victoria olímpica: «*Histórico* para España»; «*Trascendental* victoria española».

España, al igual que cualquier nación, tiene entre sus manos tareas muy importantes que realizar, problemas serios que resolver en todos los órdenes de la vida (social, político, económico, científico...). El deporte es una faceta más de la vida del país; más importante de lo que ciertas personas que juegan a la trascendencia creen, pero que, indudablemente, debe ceder la primacía a otros quehaceres. Un triunfo como el de Fernández Ochoa no debe ser socialmente desmesurado. Es una enorme hazaña conseguida por un *deportista* español; hazaña que tiene resonancia internacional. La razón principal para el optimismo está en que esa hazaña ha podido ser lograda como consecuencia de un trabajo, un cultivo, una exigencia, un nivel alcanzado. No fue un triunfo casual —en el deporte, cada vez son más difíciles los triunfos casuales—, sino el resultado de una ardua labor realizada por un deportista en medio de un progreso general. Los finalistas de Tokio y Méjico, inadvertidos para el comentario de la cafetería, el taxi, la peluquería y —desgraciadamente— también de algunos profesionales de la crítica deportiva, tienen su coronación en esta medalla de oro de Sapporo. Y todos ellos son la consecuencia, la manifestación a nivel competitivo mundial de un esfuerzo general de los deportistas españoles que se multiplican, se superan y acceden ya al cimero diálogo competitivo con países de más extensa y antigua tradición deportiva.

Es una coincidencia que quienes más se ensañaban en pesimismo acerca del deporte español —que siempre ha tenido la valentía, no compartida por otros gremios, de aceptar la competencia internacional a pecho abierto— sean los que ahora se dan a las mayores exaltaciones triunfalistas, y, sacando las cosas de quicio, elevan a gestas de la Patria (con mayúscula) esta victoria lúdica. Y eso no es alusión, en absoluto, a los merecimientos, y en todos los países consuetudinarios, honores con que ha sido premiado el campeón al ser recibido por las máximas autoridades de la nación, ni al hecho hermoso, espontáneo y emocionante de una recepción masiva en su aterrizaje en suelo español. Esta censura se dirige a los extremistas, a los que no aceptan ritmos serenamente progresivos, que quieren ir de cero al infinito o del infinito al cero, que *necesitan* que las cosas vayan rematadamente mal o se consigan cimas inalcanzadas; a quienes sólo aceptan un dilema: «Somos unos desgraciados» o «somos los mejores del mundo». Esta ha sido una orquestación que ha acompañado frecuentemente al deporte español. Y precisamente el deporte es una faceta de la vida nacional que no está ni en un extremo ni en otro. Camina por el centro con un sano y planificado progreso, del cual comienzan a derivarse importantes satisfacciones.

Esta medalla de oro es un gran triunfo, de más dilatadas repercusiones de las que muchos creen, sobre todo por no ser casual. Pero es un triunfo dentro de un ámbito enmarcado en una de las parcelas de la vida del país. Que trae optimismos. Que, dentro de esa misma parcela, supone un nuevo punto de arranque para seguir avanzando. Y que brinda un margen de confianza para que, en el progreso del próximo futuro, las derrotas que la abierta confrontación deportiva ha de traer de nuevo no sean consideradas como irremisibles, sino como el reverso de una moneda que tiene, y ya ha sido visto, anverso de bella victoria.

DESCALIFICACIÓN SONADA²

Fue casi unánime la opinión de los periodistas: «Veredicto injusto». Este comentarista respeta totalmente la opinión de cada uno de ellos y más la de la casi total colectividad; pero pecaría de inautenticidad si no expusiera con llaneza su propia opinión. Otra postura cómoda sería callar. Pero cuando uno honradamente piensa una cosa y tiene legítima oportunidad de exponerla, debe considerar obligación hacerlo. Con respeto a las respetables opiniones contrarias, pero con convicción. «Cuéntame tus cosas cuando en el camino de la vida nos topemos, que yo te contaré las mías», decía Unamuno. Algo de eso hay en este comen-se ha vivido. Las ideas dispares, cuando hay capacidad de diálogo, comentario: una necesidad de comunicar algo que apasionadamente ayudan a encontrar la verdad o, al menos, ayudan a ir en su busca. La verdad de lo que pudo ser el combate «Mando» Ramos-Carrasco interesa, sobre todo, porque, rebasando los límites del ámbito deportivo, se ha convertido en un suceso de amplio alcance ético-social.

A este comentarista, aficionado al deporte y singularmente al boxeo, le cuesta no inscribirse con sus reflexiones en el gremio de los que han sido apodados «imparciales», «objetivos», «altruistas», «deportivos»; le duele arriesgarse a ser tachado de apasionado, parcial y patriotero. No se considera tal, pero acepta el amargor de estos calificativos injustos si la exposición de la verdad que él vio («su» verdad, si se quiere) se lo exige. «Para el árbitro nigeriano no existió más reglamento que su propia rudimentaria opinión —escribía Néstor Luján—. Caiga sobre él la opinión totalmente adversa de todos los civilizados aficionados al deporte.» Aun a trueque de que, por juicio de algún inspirado escritor, pueda ser tildado de incivilizado, asumo mi personal obligación.

Varias veces, antes del veredicto del árbitro, manifesté a mis vecinos de *ring-side* que «Mando» Ramos estaba mereciendo la descalificación. La primera fue al fin del cuarto asalto, por un tremendo golpe bajo, cuyas consecuencias decisorias fueron, sin duda, aleladas por el simultáneo sonido de la campana. «¡Terrible!, suficiente para ser descalificado» —fue el primer comentario—. Otras tres veces, debido a notorias irregularidades (otro golpe balo, golpe contundente en la nuca, directo alevoso antes del choque de guantes al comienzo de un asalto), mis vecinos y amigos escucharon idéntico o parecido comentario. También vi, y lo vieron muchos más, que en varias de estas ocasiones el árbitro se dirigía de palabra a «Mando» Ramos. ¿Le amonestó? No es extraño que al comienzo del duodécimo asalto, cuando el árbitro decretó la descalificación, personalmente la encontrase correcta; coincidía con lo que ya había visto y claramente expuesto. Quizá la decisión llegara demasiado tarde. Después de que Carrasco había rodado reiteradamente por el suelo, era muy forzado descalificar a quien dominaba ya rotundamente el combate. El árbitro había perdido, por así decirlo, el tren de la descalificación en el undécimo asalto. Pero «Mando» Ramos se había hecho anteriormente acreedor a ella.

Alguien con quien discutí me alegaba: «Eso es como si un árbitro de fútbol deja de pitar varios penalties y al final, para compensar, decreta uno que no ha existido.» No es igual, porque en boxeo las irregularidades se van acumulando, cosa que no sucede a un equipo de fútbol, a no ser que las incorrecciones sean cometidas por un único jugador.

Al árbitro Odubote le han dedicado los más duros calificativos, incluido el de «inocuo». Yo añado uno que creo fue la causa desencadenante de los demás: «ingenuo». No supo amonestar ostensiblemente, como conviene hacerlo; por eso la decisión sorprendió a la mayoría: pareció un «deus ex machina» de tragedia esquiliana que venía a resolver la angustiada amargura que inundaba el cuadrilátero y el ámbito entero del Palacio. Odubote ha declarado que había amonestado varias veces a «Mando» Ramos. Se ha dicho que este árbitro nigeriano no tenía experiencia de Campeonatos del Mundo. Pero sí la tenían Hilario Rosadillo y Sánchez-Villar, los otros dos jueces del encuentro. Este último ha afirmado contundente mente que tenía anotadas en su personal cartulina las irregularidades de Ramos y las consiguientes amonestaciones. ¿Hay derecho a pensar que Sánchez-Villar, cuya honradez está probada ante los entendidos en boxeo, haya mentido? A este comentarista, que vio lo mismo que los jueces oficiales del combate, le parece evidente que éstos no hayan tenido necesidad de mentir.

² Artículo firmado, aparecido en el número de diciembre de 1971. Las fechas de los tres famosos combates Carrasco-«Mando» Ramos fueron; 5 de noviembre de 1971. Madrid. Victoria de Carrasco por descalificación de Ramos. Veredicto anulado posteriormente por el Consejo Mundial de Boxeo. 18 de febrero de 1972. Los Ángeles. Victoria a los puntos de «Mando» Ramos. Veredicto anulado posteriormente por el Consejo Mundial de Boxeo. 28 de junio de 1972. Madrid. Victoria a los puntos de «Mando» Ramos.

Carrasco fue, evidentemente, dramáticamente inferior a «Mando» Ramos. Este se mostró como un boxeador superdotado, tremendo, implacable. Carrasco, de no procederse a la descalificación de Ramos, tenía el combate irremisible y urgentemente perdido. Esto también lo vio el comentarista, y en ello coincide con todos. También vio otra cosa, la más importante de aquella noche, que tuvieron que ver todos los demás, que la vieron, sin duda, pero que lamentablemente ha inspirado muchas menos páginas que los sucesos sensacionalistas extrínsecos a las acciones de los dos gladiadores: la fabulosa lección de dignidad de Pedro Carrasco.

Siendo consciente de que puede existir en él brutalidad, incluso barbarie, me gusta el boxeo porque es el deporte más épico de cuantos existen. Un combate de boxeo tiene algo de justa, de primitiva dureza, de arte mágico coetáneo de la época rupestre y a la vez de técnica exquisita. En el boxeo se liberan muchas decantaciones ancestrales reprimidas; entroncamos quizá con el troglodita o el aborigen. No sé si el boxeo será manifestación recesiva de terribles e insatisfechas agresividades o más bien canalización honrada y lúdica de otros más evolucionados antagonismos y odios con los que intentaríamos cornear o apuñalar por la espalda a los semejantes de nuestra era civilizada. Quizá haya mezcla de ambas cosas. En tal caso, bien venido fuere, por su condición purificadora. El hecho es que ahí está ese apasionante juego colectivo, ese trepidante espectáculo, esa profesión. Tiene millones de seguidores en todo el mundo y muchos millones más que, sin serlo, se interesen por él.

Esta profesión tiene como principales profesionales a los boxeadores, que ganan dinero por ejercerla, que son fundamentalmente apoyados por unos seguidores. En ella, como en cualquier otra profesión, quien la asume debe responder al juego aceptado. El boxeador debe boxear con inteligencia, técnica, preparación, pero ante todo con profesionalidad. Un boxeador que tras largos años de duro camino llega a la disputa de un título mundial, defiende en la contienda no sólo la más alta oportunidad de su vida, sino el anhelo de miles de seguidores, cuya contribución económica y sobre todo moral fue parte importante para su encubrimiento. El ha de sentirse socialmente obligado a rendir al máximo. Esto hizo Pedro Carrasco el 5 de noviembre con toda la bravura imaginable. Cayó en el primer asalto; sin recuperarse totalmente del golpe, siguió boxeando con toda su capacidad física y técnica. Llegó a nivelar el combate, e incluso a dominarle (sexto asalto). Pero el primer golpe en frío había dejado su huella, y enfrente estaba un gran campeón que también trabajaba con responsabilidad y dureza. A partir del séptimo asalto, Pedro Carrasco vio sus facultades definitivamente mermadas. Cayó al suelo una y otra vez (dos por golpe y dos por empujones). Aguanté lo irresistible. No era un autómatas inconsciente que no sabe lo que hace, sino un responsable que, bajo los efectos penumbrales de una subconmoción, muestra con su inevitable actitud de lucha, que toda su personalidad, desde las decisiones conscientes hasta los mecanismos subconscientes, está troquelada en el cumplimiento inalterable de su deber de boxear. No fue un insensato o un temerario. Fue un profesional exigente; un valiente, un hombre, un héroe. Físicamente vencido, nunca lo estuvo moralmente. Se arriesgó entre los riesgos que exige su profesión, máxime cuando se camina por la cumbre; como se arriesga el torero que se arrima o el campeón que acelera su bólideo.

Me atrevería a rogar al gran poeta Manuel Alcántara, apasionadamente experto en boxeo, que ensayase alguna canción épica para Pedro Carrasco, para aquel su estremecedor combate, síntesis de hombría, hazaña y suicidio, y al sabio del boxeo Fernando Vadillo, que fijase en clarificador y riguroso documento literario el deportivo e implacable diálogo que entre las doce cuerdas mantuvieron esos dos superdotados: el uno de la contundencia y de la rabia; el otro, de la gallardía y de la raza. Estas dos aportaciones podrían ser las primicias de un homenaje que los españoles deberíamos hacer a Pedro Carrasco, el cual, en una noche, vapuleado, amenazado de presagios, nos recordé dramáticamente, en el rito de un juego semi-bárbaro, la trágica condición de nuestra estirpe ibérica, al filo entre la grandeza y el abismo. No un homenaje al campeón español, sino al hombre español.

Carrasco sufrió en el cuadrilátero la dureza implacable de los ataques para los que física, técnica y psicológicamente se había preparado. Fuera del cuadrilátero le esperaba un calvario insólito, mucho más largo, al que no se había hecho acreedor. «Amistosos» consejos de dimisión, de renuncia al título, agoreras predicciones, incluso insultos, aunque parezca increíble. Muchas agresividades reprimidas, frustraciones de diversa calaña, de las cuales está colmada la vida del hombre contemporáneo, se desencadenan en ocasiones propicias como ésta y sin que lo quiera voluntariamente cada uno de los que participan en la acción, se ultraja y pisotea a un inocente. Algo de esto le ha sucedido a este sencillo y noble muchacho andaluz llamado Pedro Carrasco. Se le debe una satisfacción a escala colectiva.

No se trata de defender a ultranza un título mundial en manos de un español —cosa totalmente secundaria—, sino de recordar la altura a que ha colocado Carrasco el comportamiento de un deportista. Esto es lo trascendente, lo que

debiera haber sido resaltado con grandes letras de molde. El deporte de nuestro tiempo está atacado, al igual que otras parcelas de la vida social, de comodidad, de falta de esfuerzo, egoísmo económico, divismo, sensacionalismo y, en algunos casos, de narcisismo. Carrasco ha demostrado que un deportista de alto nivel internacional puede ser todo lo contrario. Y superando el deporte, hace patente que ciertas grandes virtudes raciales siguen presentes en hombres de nuestro tiempo.

Qué gran ocasión de apología del hombre se perdió. Es cierto que la sociedad de nuestro tiempo está inundada de triunfalismo y necesidad de crítica inteligente. Pero son triunfalismos dirigidos hacia superestructuras; no hay triunfalismo del hombre como tal; todo lo contrario. Los triunfalismos socio-políticos son consecuencia, en gran parte, del desvanecimiento del humanismo, del oscurecimiento del verdadero hombre. Por eso, allí donde éste es descubierto, hay que comprobarlo, hacerlo constar, publicarlo con albricias. En un lugar, insólito para muchos, en un cuadrilátero de boxeo, inimaginable para círculos autosuficientes como el de los «intelectuales» (entre comillas), el de los acomodados tecnócratas, el de los avasalladores «ejecutivos», etcétera, cada uno de los cuales tiende a auto-considerarse el canon del hombre de nuestro tiempo, se nos ha dado contemplar un ejemplo humano, sencillo y grandioso a la vez, protagonizado por un deportista de Huelva, sin más pretensiones que la de llegar al máximo en su profesión. La conducta que él ha adoptado tras el combate con sus declaraciones generosas, mesuradas, serenas, cien veces más que las de muchos comentaristas oficiales, ha ratificado lo que en la situación límite del combate puso de manifiesto: su *hombria*, en el más amplio sentido de la palabra.

Esta es la gran lección del combate del 5 de noviembre. Lo demás es extrínseco, secundario, dímero: pasto para discusiones rutinarias y para secretos desahogos. Pero, naturalmente, también acerca de ello había que dar opinión. Y ya conocen ustedes la de este comentarista, el cual, sinceramente, respeta la de los demás.

UN ASOMBROSO DEPORTE LLAMADO: PELOTA VASCA³

El año 1970 ha sido importante para el deporte oficial español. Varios campeonatos de alto rango en diversas modalidades han sido organizados en España: mundial *amateur* de golf, mundial femenino de golf, mundial de pelota, 6 días internacionales de motociclismo —verdadero campeonato mundial—, campeonatos de Europa de natación, etc. He ahí un buen acopio de responsabilidades; buenos balances deportivos y organizativos; éxito para el deporte español, que ingresa, con líneas en fondo ya nutridas, en el ritmo de los países protagonistas en el deporte internacional.

A punto de acabar este año 1970, en jornadas que invitan especialmente a la meditación retrospectiva, tomemos uno de estos campeonatos mundiales, los de pelota, como ocasión para unas espigadas reflexiones.

Una especie de remordimiento puede invadir a cualquier deportista español al observar el crecimiento panorámico del deporte actual y detener los ojos en el mundo insólito de la pelota vasca. Como un primogénito desheredado, como un profeta semiincógnito en su tierra, subsiste este vigoroso juego popular merced, sobre todo, al brío de sus propias arterias, pero casi ayuno de alimentos, desamparado.

He visto los ojos atónitos de ilustres personalidades del deporte mundial al contemplar un partido de pala o de remonte y he recibido las felicitaciones por pertenecer a un país donde, junto a monumentos históricos, existen tales monumentos de vida popular contemporánea, siempre más trascendente que la pretérita. Quizá nos haya parecido demasiado normal, demasiado trivial este juego deportivo, aceptado desde nuestra infancia como sencilla costumbre en las plazas de nuestros pueblos. En una época de alarmante estandarización no sólo de estructuras laborales, sino hasta de las modas recreativas, aparece la colosal diversión humana y social de un deporte popular plenamente distinto de las formas estereotipadas, sugestivo, vigoroso, arraigado y en plena vigencia. ¿Qué es lo que tiene este singular juego deportivo?

Si entendemos por pelota una esfera más o menos elástica y manejable, apta para el entretenimiento, el juego de pelota es antiquísimo. Se tienen noticias documentales de civilizaciones como la egipcia, china, persa, etíope, griega y, en la vieja América, de diversas culturas, principalmente la maya y azteca, en las que se practicaba de una u otra guisa el juego de pelota. No tiene por qué extrañar la universalidad y vetustez de este juego si se considera que la esfera, sobre todo si es elástica, quizá sea el instrumento más rico psicológicamente, de mayores resonancias

³ Diciembre, 1970. Artículo firmado

personales y posibilidades expresivas de cuantos existen aptos para el manejo. «Nunca se juega mejor que con objetos que a su vez juegan con el jugador.» Esta frase del psicólogo Buytendijk abre el telón para desvelar muchos misterios en torno a la pelota y su éxito ante la humanidad. La pelota rueda mejor que cualquier otro instrumento, no tiene engaño, es geoméricamente perfecta en su esfericidad. Su lisura no induce al dolor. Es manejable, aprehensible, golpeable, rechazable, arrojable, disputable. Las formas más variadas de comportamiento del individuo con el mundo que le rodea pueden quedar simbolizadas y decantadas en el tratamiento de la pelota. Usando de las manos, de los pies, cabeza, brazos, cuerpo..., el hombre ha podido jugar con la pelota. Así se han originado e institucionalizado tan variadas formas de juego de pelota.

En las estructuras del deporte moderno, multitud de organiza. clones de todos los niveles, desde el gremial al internacional, tienen como objeto de disputa lúdica la pelota (o su derivación voluminosa, el balón). Fútbol, baloncesto, tenis, balonmano, balonvolea, rugby (pelota con cierta deformación), béisbol, hockey (hierba y patines), bolos y otros muchos, son modalidades deportivas institucionalizadas, con sus leyes, reglamentos, técnicas, estilo, tradiciones e incluso jurisprudencia. Pero ha habido una especialidad deportiva que se ha arrogado la denominación genérica convirtiéndola en específica: la «pelota». El deporte de la pelota significa hoy el juego que se desarrolla en un frontón o en espacios similares, y que consiste, fundamentalmente, en disputar una pequeña pelota golpeándola de una u otra forma contra una pared o dándola un tratamiento análogo.

No están claros los orígenes concretos de estas modalidades. Según los eruditos, hay vestigios antiquísimos en diversos pueblos. Pero lo cierto es que mientras en otros lugares estas formas concretas de disputar la pelota golpeándola contra un muro desaparecen, es en el País Vasco donde cobra vigor, importancia social, se institucionaliza e irradia posteriormente a otras regiones. Por esa pervivencia pujante y de limitación reglamentada, en el desarrollado mundo del deporte contemporáneo se ha llamado «pelota vasca» a este deporte.

Hoy no es sólo Vascongadas y Navarra donde se practica con gran afición. En casi todas las provincias castellanas, principalmente en la Rioja, en todo el reino de León, en Aragón, Cataluña, más tímidamente en Asturias y Galicia, y prácticamente, con intensidad y trascendencia menores, en todas las regiones españolas se «juega a la pelota». Del país vasco-francés también tuvo efecto una irradiación a otras regiones francesas, pero con menos éxito, a pesar de que desde la baja Edad Media estuvo muy extendido por Francia el juego de *paume*. Donde adquirió importancia fue en bastantes naciones hispanoamericanas, entre las que destacan Argentina y Méjico, y en Filipinas. En algunas ciudades cosmopolitas de Norteamérica, China y otros lugares de Extremo Oriente existe la práctica profesional de la pelota, en su mayor parte protagonizada por jugadores vascos emigrados.

He dejado para mención aparte la llamada «pelota valenciana», de intensa tradición en varias zonas levantinas. No parece que la modalidad valenciana sea una derivación de la vasca, sino una pervivencia autóctona desde viejos tiempos. Ello le da una significación etnológica que habría que tener en cuenta en el momento de abrir estudios costumbristas y ayudar al desarrollo de hábitos populares.

Uno de los valores sociales de este deporte es su arraigo popular, que resiste a tantas presiones de diversión-estándar que hoy se imponen a través de los poderosos medios de difusión. Frente a las «estrellas», producto de la publicidad, mitos efímeros sustentados artificialmente, de cuyas calidades humanas se hace caso omiso, los campeonatos de pelota conservan ante el pueblo y desde el pueblo ciertas características verdaderamente épicas; también llegan a ser mitos, pero sustentados en el pueblo. Desde el legendario vasco-francés Perkain hasta los actuales Churruca, Ogueta, Ariño, Acarregui, pasando por los «Chiquito de Eibar», «Chiquito de Azcoitia», «Mondragonés», «Chiquito de Gallarta», Atano III, Gallástegui, Irigoyen, Abrego I, «Barberito», etc., las grandes figuras de la pelota en sus diversas modalidades resumen gesta popular. Junto a su destreza, su potencia o su imbatibilidad, se estiman sus condiciones humanas; no precisamente su comportamiento dislocado y sensacionalista, como en las marionetas publicitarias, sino sus virtudes y hábitos que puedan representar a los que tiene y estima el pueblo. De «Mondragonés» se destacaba su «honradez acrisolada, que le hacía ser querido de todos sus compañeros, empresarios y amigos», tal como lo recoge L. Bombín en su obra *Historia, ciencia y código del juego de pelota*. A «Chiquito de Azcoitia» se le consideró como el «tipo representativo del jugador siempre correcto con el público». También de Casto Suinaga «Machín» se admiró la «honradez acrisolada y la gran voluntad». Ulacia simbolizó un tipo muy frecuente en el campo vascongado, «el del hombre distante, ausente, pareciendo más que un jugador de pelota avezado a públicos y trato de generales, un pastor mareado con el relativo vértigo de nuestras villas, surgiendo de la nostalgia del gran silencio del monte». Así, también por sus sencillas condiciones humanas han sido apasionadamente admirados los campeones de pelota.

Es éste un deporte con cierto estilo caballeresco, en el que la contienda es exhaustiva y respetuosa, con sus pequeños ritos, tales como el depósito de la chaqueta, la moneda y el ángelus. Es recio, duro, vigoroso, a veces terrible. Una contienda informalmente pactada en un frontón popular se inicia en un primer partido, que se repite una y otra vez hasta que el anochecer pone límite al combate, que no el cansancio. Se recoge la chaqueta y, con las manos hinchadas, se regresa a casa.

Es deporte fisiológicamente completo. Se corre mucho, sin tregua, y a la vez se ponen en juego todos los grupos musculares de los miembros superiores. Son decisivas para aspirar al triunfo la velocidad de reflejos, la potencia muscular, la imaginación en la jugada, la inteligencia en el estudio del contrario. Los buenos pelotaris son rápidos y potentes y necesitan a la vez de una elevada capacidad vital.

En los pueblos de España, e incluso en las provincias vascongadas, desaparecen más frontones de los que se construyen. ¿Significa ello que la pelota vasca está llamada a desaparecer? Probablemente, no. Quizá esté soportando una crisis. Uno de los problemas que, desde hace más de sesenta años, tiene planteado este deporte es el profesionalismo, que ha repercutido en todo el organismo pelotístico. Las características singulares de la folklórica apuesta rural vasca fueron trasplantadas a los frontones profesionales. La vigilante acción fiscal creyó descubrir un tráfico lúdico de dinero semejante al de la ruleta; y cayeron sobre los frontones profesionales fuertes impuestos. Fue un grave error inicial, que se intenta corregir actualmente, pero hasta ahora con exiguos resultados. Muchos frontones profesionales fueron clausurados. Estos frontones, con unas ciertas horas de utilización profesional, prolongaban durante toda la jornada la práctica espontánea del deporte por parte de los aficionados. En las grandes ciudades no vascas, como Madrid, Barcelona, Zaragoza, eran casi los únicos reductos de práctica deportiva de la pelota que subsistían ante el avasallamiento geográfico de las inmobiliarias. Hoy han quedado reducidos a la mínima expresión. A la desaparición de los locales se ha unido la disminución de alicientes para jóvenes pelotaris, muchos de los cuales, desde sus pueblos, veían como una honrosísima salida profesional la práctica de este juego. Ello ha ido influyendo también en el cierre de frontones populares, aparte del ya citado avasallamiento urbanístico, que también ha alcanzado las zonas no urbanas. Hace algunos años fueron iniciadas por parte del máximo organismo deportivo nacional unas campañas de ayuda económica para construcción de frontones populares. Ello supuso una revitalización interesante, que en alguna provincia, como Guadalajara, llegó a ser llamativa. Quizá sea todavía poco.

La pelota vasca es un gran deporte. Pero es más que deporte. Es vida popular; es un esforzado entretenimiento. En la coyuntura antropológica bisexual en la que vivimos —sea por muchos siglos—, todo lo que fomente la virilidad en el hombre y la femineidad en la mujer ha de ser bien acogido y cuidadosamente cultivado. He aquí un deporte netamente viril, por ello humanamente enriquecedor. (La modalidad femenina de raqueta no pasa de ser una respuesta imitativa suavizada de un deporte esencialmente masculino.) La pelota vasca, más allá del deporte, puede llegar a ser radical tarea de educación social.

Pensar en un regreso de la juventud al frontón no significa aflorar y pretender volver al patriarcalismo, según el cual, terminada la misa mayor, se reunía el pueblo entero a presenciar el partido de pelota entre los mozos más esforzados —donde así subsista, bien esté—, sino descubrir, con los mismos métodos de la propaganda que se emplean para otras cosas, la belleza de este deporte, su dinamismo, su sensacionalismo si es menester. En muchos casos se trata simplemente de redescubrir a la juventud una yeta de expresión que ignora, pero de la cual está muy cerca y por la cual podría llegar a sentir apasionamiento, como ha sido capaz de apasionarse con la música de Bach a través de los Single Singers, de Beethoven a través de Miguel Ríos, y con la poesía de Machado a través de Paco Ibáñez y Serrat. ¿Pero dónde estarían los Single Singers, los Ríos, Ibáñez y Serrat de la pelota vasca? ¿Será algún pedagogo, algún sociólogo, algún organismo oficial, algún campeón genial que está por aparecer?

De todas maneras, este juego popular es de tan robusta biología y se asienta en tan arraigada tradición que, aunque no surja el método genial o la campaña especial, seguirá vivo, estimulante, físicamente presente y espiritualmente retador en las plazas de nuestros pueblos. Aunque — ¡lástima! — un poco arrinconado.

COSMODEPORTE⁴

La aventura culminada por Armstrong, Aldrin y Collins el 21 de julio de 1969, el acceso del hombre a la Luna, sigue y seguirá por mucho tiempo ocupando el centro de la admiración humana, y, por consiguiente, el primer plano

⁴ Septiembre, 1969.

de la actualidad. Se ha escrito, se escribe y se seguirá escribiendo profusamente sobre este hecho. Una revista que habla sobre deportes, pero que quiere siempre entrar en la más honda significación humana del hecho deportivo, no puede dejar pasar la hazaña de los astronautas sin iniciar una reflexión acerca de la posible significación deportiva que haya podido tener esta proeza.

¿Por qué ha llegado el hombre a la Luna? ¿Por qué ha iniciado con ello la gran era de los viajes espaciales? Por afán científico, sin duda. Por impulso religioso, evidentemente. Todo hacer humano, sea o no consciente el individuo de ello, es búsqueda religada, insatisfecha de sí, religiosa. Por rivalidad política, es patente. De alguna manera las rivalidades políticas del actual momento histórico son una modalidad evolucionada de la necesidad de subsistencia individual o de grey, ya antiquísimamente preanunciada por la naturaleza en la lucha por la supervivencia de las especies. Por anhelo de aventura, ciertamente; al fin y al cabo la aventura nos señala una marcha hacia la ventura, dicha o felicidad. La aventura supone una ruptura, un desligamiento con algún más allá, venidero, ignoto; la aventura es radicalmente religiosa.

El viaje lunar, con sus cálculos ultraprecisos, sus matemáticas y computadores, parece tener poco que ver con la aventura clásica, ayuna de datos científicos, intuitiva, hija de corazonadas. Sin embargo, pese a tanto cálculo y computador, el titubeo de Armstrong al dar el primer pisotón a las 3,50 horas de la madrugada del 21 de julio, la indudable angustia registrada en su aceleración cardiaca, refleja idéntico temor humano ante lo ignoto, lo incontrolado, lo inesperado, al que sintieron aquellos navegantes ante el paso del cabo de las Tormentas o del estrecho de Magallanes.

Quizá sea la capacidad de aventura la realidad práctica más específicamente humana. Ningún otro animales capaz de aventura.

Los impulsos primarios heredados, clásicamente llamados instintos, concretan totalmente el repertorio de actos de todas las especies humanas anteriores al hombre. Este, dotado de una facultad que indudablemente hay que motejar de superior, libera sus actos del entramado escueto de sus instintos, y piensa (primera y fabulosa aventura), tiene opción a dos actos contrarios (libertad de especificación) y puede lanzar su cuerpo en dirección totalmente imprevista genéticamente. La aventura es, posiblemente, la más patente ejecución práctica del libre albedrío.

Pero también para la aventura tiene que existir un estímulo extrínseco o intrínseco. La moderna psicología flama motivaciones a estos inminentes «porqués» y «paraqués», determinantes finales de los actos humanos, es decir, de los actos caracterizados en alguna manera por su libre opción.

¿Por qué ha llegado el hombre a la Luna? Es una pregunta inmensa, que rebasa con mucho las posibilidades de respuesta de los tres astronautas, de Von Braun, de J. F. Kennedy, de Nixon, por citar los más directamente implicados en la protagonización planeamiento del suceso. Las causas superan la razón individual, la sociológica e incluso la histórica, para asentarse en el terreno antro-po-metafísico. Sin querer ni poder *hic et nunc* ahondar en este terreno, séanos permitido iniciar una ulterior reflexión con carácter de sugerencia.

Es posible que el hombre haya llegado a la Luna impulsado por una necesidad o fatalidad. Un ímpetu de búsqueda, de agresión científica, mueve a la raza humana hacia nuevas aperturas. Pero junto a esa necesidad general diluida en nuestra especie, y constatable históricamente en tal o cual suceso, existe un ingrediente muy humano, que polariza los hechos famosos hacia logros de menos angustiosa necesidad que otros muchos que rodean nuestro vivir cotidiano. La guerra de Vietnam, de Oriente Medio, las hambres de Biafra y de la India, el subdesarrollo cultural y físico de millones de seres humanos... más cerca aún: el nacimiento y sordidez de muchos suburbios en las ciudades occidentales nos vocean necesidades mucho más perentorias, reclamando de los dirigentes una más justa inversión de tantos millones de dólares. ¿Por qué, desatendiendo estas necesidades cercanas, reales, casi sangrantes, la humanidad invierte sus energías en explorar la Luna y posteriormente otros planetas? ¿Por frivolidad de los americanos o de los rusos? Sería explicación pueril. No se trata de americanos o rusos, se trata del hombre.

En toda trayectoria histórica individual o colectiva, hay que contar con la capacidad «de juego» que el hombre tiene. Este don de poder liberar energías y superar el nivel utilitario de la propia persona, es decir, la facultad de poder jugar no sólo fisiológicamente como lo hacen los cachorros, sino con el pleno uso de las facultades superiores, dan a las acciones humanas ese carácter de imprevisibles, realidad espeluznante que podemos compendiar en «el juego del libre albedrío».

Esto lo ejecuta el individuo, y lo ejecuta el clan y la tribu y la raza y la especie humana entera. La historia nos descubre el hacer lúdico del libre albedrío humano, desconcertante, segregado de todo utilitarismo y al mismo tiempo de toda revisión, ilógico. Unos imperios destruyeron a otros, en parte por la necesidad de supervivencia y en parte por capricho, por juego. La guerra ha sido necesidad de subsistencia, pero también ha sido terrible juego, con todos los atributos del verdadero juego, como magistralmente expuso Huizinga en su *Homo ludens*. Armstrong, Aldrin y Collins son la primera línea de un gigantesco ejército lúdico, las primicias de un colosal juego iniciado por el hombre, que tiene mucho de azar y de vértigo —no en vano en todas las ferias de los pueblos hay carruseles voladores—, pero que es a la vez un juego de esfuerzo colectivo e individual, competitivo en su histórica forma de rivalidad política y en su afán de superación. Es, por ello, un juego competitivo: es, simplemente, deporte.

Dice Ortega y Gasset que «el hombre neolítico, que cultiva ya el suelo, que ha domesticado y cría animales, no necesita, como su antecesor paleolítico, nutrirse principalmente del trabajo venatorio; descargada de su forzosidad, la caza se eleva a deporte». Cazador por la necesidad perentoria de comer es menos noble, menos humano, que cazador por deporte; aquí es cuando se aleja casi infinitamente del animal cazador. Las acciones humanas, cuando no están totalmente teñidas por el drama de la necesidad, se elevan, siguiendo la sugerencia orteguiana, a la categoría de deportivas.

Sólo entendiendo este sentido lúdico-deportivo de la carrera espacial se esclarecen muchas de las paradojas que el alunizaje ha presentado. El animal vive necesitado. El hombre es capaz de elevarse sobre sus necesidades, de superar la obligatoriedad de su trabajo con la actitud deportiva. Es capaz incluso de prescindir de algunas necesidades vitales adoptando posturas heroicas de desprecio a su propia inteligencia. La liberalidad, lujo o despilfarro lúdico-deportivo, se enfrenta al utilitarismo y revela una vertiente menos animal del hombre. Esta posibilidad de que el individuo, por espíritu lúdico, desoiga muchas llamadas de sus necesidades se verifica también en la colectividad humana. De ahí las paradojas. No cabe duda que el anhelo cosmótopo tiene mucho de utilitario; pero en el fondo hay en ello, precisamente, un antiutilitarismo liberal, deportivo, que desoye el clamor de otras necesidades de la humanidad. No juzgamos aquí la ética de los viajes espaciales; simplemente constatamos su realidad antropológica. No son sólo Estados Unidos y Rusia quienes han enviado hombres a la Luna. Es la humanidad misma.

Los astronautas han soportado entrenamientos duros, renunciadas, dietas rigurosas, altas *performances* físicas antes de ser declarados aptos para el viaje. Muchos consideran que estos esfuerzos dan carácter deportivo a su hazaña. Cae, en efecto, dentro del deporte como ascesis.

Pero estos hombres no son responsables absolutos de su proeza. Son como simples piezas o células de un macroorganismo, la NASA, la cual a su vez es la concreción científico-económico-histórica de un progreso del hombre en su histórica evolución. Este devenir humano que, aunque sea incontrolable, no es fatalista, sino imprevisible, aventurero, es lo que en el fondo alienta en la hazaña espacial. Y esta realización del hombre, sorprendente, caprichosa, no del todo necesaria, es la que constituye su carácter deportivo más profundo: el deporte como juego.

«FAIR-PLAY»⁵

Esta expresión inglesa, plenamente universalizada, es habitualmente traducida por «juego limpio».

El juego limpio es uno de los grandes tópicos del moderno deporte. No ha habido pedagogo del deporte que no asiente su edificio educativo sobre este sillar. Toda apología de los valores humanos del deporte encuentra en el «juego limpio» el hontanar de su depurada alcuernia.

Pero el deporte es hoy una vasta realidad social; se extiende por todos los niveles estructurales de la sociedad. Es objeto de gran organización, de sustanciosas apetencias, de pingües negocios. El deporte ha engendrado numerosas sociedades anónimas. Es ya competencia, rivalidad, litigio, encono. Es pasión popular, cauce en muchas ocasiones para desmanes. Individualmente llega a ser presunción, vanagloria, inadaptación neurótica. La quebradiza afectividad de algunos grandes campeones deportivos suele ser la gran sorpresa con que se topan muchas personas que acceden a su trato. El campeón deportivo de hoy no es ya generalmente una personalidad fuerte, sino más bien planta de invernadero, producto de estufa, artificio dialéctico salido de las nerviosas prisas de los dirigentes.

⁵ Junio, 1970.

Con estas y con otras cosas sorprendentes, desagradables, se puede topar quien penetra en el complejo mundo deportivo de hoy. Simplemente puede encontrar en él cualquier apetencia, ambición, vanidad, desmán de los que aparecen en nuestra vida. El deporte es ya simplemente parte de nuestra vida individual y colectiva. Por eso mismo en el deporte se encuentran las mismas miserias de la vida. Pero por eso caben también, y se dan las grandezas de las que los hombres somos igualmente protagonistas.

No eran falsos los aforismos de Arnold soñando en el deporte como en un gran medio de educación social. Respondían a una sencilla verdad. Tampoco fueron meras ilusiones las exaltaciones de un deporte idealizado, cuales las proclamaran Coubertin, Montherlant, Giraudoux. El «deporte, caballerosidad, respeto, esfuerzo sin recompensa-altruismo» respondía al gran período del romanticismo deportivo. Hoy hay muchas más complejidades en el deporte. Pero éste mantiene también todas aquellas esencias. Las reglas deportivas vigentes en todas las modalidades se asientan sobre el principio del juego limpio. Gran cosa es que en época en la que domina el vértigo de la producción, la competencia en el dominio, el avasallamiento, un conjunto de reglas internacionales que regulan muy variadas actividades coincidan precisamente en el respeto mutuo, en el juego limpio. Esta es la esencia de todos los reglamentos internacionales de los distintos deportes.

El consejo internacional de Educación Física y Deportes de la UNESCO ha creado un premio llamado *Fair-play* al gesto de nobleza deportiva más destacado en cualquier país del mundo. Este premio es símbolo de lo que es el deporte. Muchas estructuras y sociedades deportivas en el momento presente son invadidas por apetencias, intereses más o menos bastardos, pero ello no empaña la realidad sustancial del deporte, que convoca a las gentes de todos los pueblos con un mismo e inteligible slogan: *el juego limpio*.

A un mundo demasiado serio, le invita al juego; y en el primer impulso del juego está la alegría, ese don en algunas épocas subestimado, pero que es garantía de buen funcionamiento orgánico y psíquico, desintoxicador cerebral, impulso al sano crecimiento individual y al correcto y respetuoso entendimiento social.

A un mundo turbio, arrastrado por ideas contradictorias y manipulaciones soterradas, se le invita a la limpieza. Siempre tuvo el hombre añoranza de pureza, de transparencia. En esta añoranza se incubaron muchos mitos desde las antiguas culturas. El individuo y la sociedad advierten su propia contaminación, y por ello necesitan el estímulo de lo incorrupto, puro, limpio.

El término «deportividad», abstracción esencial de deporte, referidor de su esencia o mismidad, es precisamente sinónimo de caballerosidad, de respeto a reglas, de juego limpio. Deportividad es «*fair-play*». De ambas palabras se ha abusado mucho. Pero ello se debe a que se usan mucho, se emplean, se ponen en práctica. El deporte diario, no sólo el de espectaculares campeones, sino el de los niños en sus muchos ratos libres, el de los modestos, el de los profesionales en sus escasos ratos de descanso, el de los hombres y mujeres maduros, el de los espontáneos, el de los clubs sencillamente deportivos, está lleno de *fair-play*. A ese deporte alegre, no demasiado trascendentalizado, que cabe igual en las largas vacaciones y en los pequeños ratos diarios de descanso, a ese deporte afanoso, pero sin nerviosismo de victorias, a ese deporte estimulador, equilibrador, noble y restaurador es al que hay que acudir para descubrir la sencilla, abundante, alegre y confortadora fórmula del «juego limpio».

«FUTBOLIA»⁶

Brasil o la creación, Alemania o la dignidad.

El Campeonato del Mundo de 1970 de selecciones nacionales de fútbol ha sido ganado de manera fulgurante por Brasil. La indudable maestría de sus delanteros ha impuesto su clase. Y al hablar de sus delanteros se hace elogio a todos sus jugadores; porque la gran virtud futbolística de la selección brasileña ha sido jugar al ataque. El fútbol consiste en meter goles, como el baloncesto en encestar. Si los resultados habituales en los partidos fuesen de ocho-siete o doce-diez, el fútbol se convertiría en un espectáculo mucho más hermoso, y el protagonista que actúa sobre el césped adquiriría más el hábito de crear que el de destruir.

⁶ Julio, 1970.

El fútbol aficionado, juvenil, infantil, que llena espacios libres en todas las ciudades del mundo, espejo y mimesis de los grandes ídolos, se convertiría cada vez más en juego positivo, estimulador de la fantasía creadora, de la confianza en el progreso fundamentado en las propias acciones, no en la mengua de las ajenas.

En función del proceder que el niño instaura en su personal juego deportivo se arraigan las maneras definitivas de competir. El juego de ataque deposita fruiciones psíquicas, éxitos personales basados en el hacer positivo. El juego defensivo habitúa a coartar al adversario, a limitar al vecino, a prosperar a costa del fallo ajeno. En el espectáculo de los grandes futbolistas, de los grandes deportistas en general, esta segunda actitud resta brillantez. En practica deportiva de esos muchachos que abarrotan solares en todas las ciudades del mundo, esta actitud defensiva priva al practicante de muchas sutiles virtudes psicológicas que se podrían adquirir con la práctica deportiva. Esta es la consecuencia más dolorosa que aporta el fútbol defensivo: la desaparición de uno de sus más egregios valores psicológicos, cual es la alegría de lanzarse al gol, el ingenio de buscarlo, la honda satisfacción de lograrlo una y otra vez, la adquisición de un reflejo permanente de actitudes positivas.

Los técnicos, preocupados eminentemente en «contener», en «cubrir zonas», en «marcar», en vez de espolear al «avance», al «despliegue», a la «perforación», al «juego incisivo», al «tiro a puerta», entristecen el espectáculo futbolístico y enseñan a las grandes multitudes de honrados aficionados el arte de no dejar hacer. Mal consejo para el trato de la vida. Es más fructífero vivir creando que vivir destruyendo.

La selección brasileña no ha tenido defensas; ha tenido «zagueros», es decir, los que juegan en la zaga, pero con un juego tan positivo y afirmativo como los delanteros. Por ello, a la felicitación de haber ganado el campeonato mundial hay que añadir el agradecimiento porque han recordado en pública y soberbia cátedra que lo más bello en el fútbol es buscar el gol, como en montañismo la cumbre o en caza la pieza. Tal ha hecho el equipo brasileño.

Pero en el mundial de Méjico ha habido otro gran triunfador: un equipo que no llegó a la final porque consumió sus energías en dos partidos cuya idónea relación requería algunos acentos épicos. Alemania-Inglaterra (cuartos de final) fue una lucha de poder a poder, un reto de colosos, una sentencia a vencedor y vencido, porque ambos acabarían exhaustos como dos carneros que se acometen sin reserva, y en el último embate, el anterior a la muerte, son capaces a su vez de matar. Venció Alemania, como pudo haberlo hecho Inglaterra.

Tres días después llegó lo sorprendente: Alemania no estaba consumida. La máquina de hacer buen fútbol comenzó a funcionar frente a la exquisita oligarquía azzurra; y el encuentro subió de tono. Los hombres alemanes perdían por un gol, y durante todo el segundo tiempo buscaban una y otra vez el marco adversario; y fueron «adversidades» de todo tipo las que hubieron de soportar, entre ellas la lesión de uno de sus hombres-clave, Beckenbauer. El final se acercaba, pero el desaliento no cundió, ni apareció el cansancio, sino una imbatible forma física, una perseverancia sin límites, un fútbol perfectamente planificado. En el último minuto llegó el empate, como arrepentido veredicto de la diosa justicia. Y en la prórroga se consumó la apoteosis. Alemania tuvo fuerzas para marcar dos goles más. La *squadra* millonaria en inspiración y clase, para hacer tres; y ganó el partido. Los jugadores alemanes exhaustos, felicitaban caballeramente a los también exhaustos (dígalos el segundo tiempo de la final frente a Brasil) jugadores italianos. Aquello fue una lección de dignidad humana, que coronaba el ejemplo que en los 120 minutos habían dado de pundonor, de responsabilidad, de respeto a sí mismos, a sus adversarios y a sus lejanos seguidores.

Si algún nombre cabe destacar, no de esta semifinal, sino de todo el campeonato, es Beckenbauer. Lesionado en el transcurso del partido, continuó jugando impertérrito; en la prórroga salió con el brazo en cabestrillo, y continuó sereno e incansable disputando balones, repartiendo juego, arriesgando, pero sin hacer aspavientos. Un deportista eminente no necesita hacer aspavientos para dejar constancia de su clase. Un hombre eminente en cualquier aspecto de la vida no necesita llamar la atención artificialmente para demostrar su calidad. Beckenbauer, el joven medio volante, podría quedar como símbolo no sólo de la actuación alemana en estos campeonatos, sino de lo que el deporte bien entendido entraña y puede en algún momento manifestar: grandes virtudes individuales y sociales.

«JUGAR» AL FUTBOL⁷

El deporte tiene dos grandes módulos, dos grandes vertientes por donde discurren las crecientes masas de practicantes, de aficionados, de entusiastas, de responsables; el deporte gran espectáculo y el deporte de sencilla práctica individual o de pequeño grupo.

El verano es apto por su ocio, su diurnidad, su pausa laboral, para el disfrute práctico de esta segunda manera deportiva, cronológicamente la primera, la que origina el verdadero deporte. Sin embargo, de cara al deporte estructurado, oficial, competitivamente organizado, el verano es también pausa, descanso, período de planes y reformas (a excepción de algunas modalidades necesariamente aliadas al buen tiempo, tales como natación, atletismo, remo, etc.).

Por ello es tiempo apto para la reflexión.

La pasada temporada de fútbol, 1969-70, la modalidad más vigorosa y representativa del deporte-espectáculo, tuvo un final un tanto alarmante. En uno de los egregios campos de fútbol de España cierta decisión arbitral provocó la reacción estrepitosa del público. Hubo tensión, almohadillas en el terreno de juego, finalización prematura del partido. No hubo más, gracias a Dios. Pero fue como un síntoma, un aviso de algo que puede ocurrir.

No es propio de estas líneas analizar los detalles de los posibles errores, ni intentar veredictos acerca de actitudes de personas o grupos. Nos interesa la realidad sociológica que facilita estas situaciones.

El hombre vive hoy más que nunca condicionado por múltiples factores circunstanciales que le impiden un cabal desarrollo y expresión de la propia personalidad. En el mundo del trabajo las limitaciones de todo tipo le encantan: rigidez de horarios, prisa, automatismo. En la civilización industrial, el hombre se ha ido convirtiendo en pieza de grandes mecanismos, con la consiguiente desaparición de resonancias y disfrutes personales en las obras hijas de su trabajo. En la era cibernética comienza a ser espectador pasivo; cada vez es menos protagonista. Ello crea un estado permanente de frustración.

Las condiciones geográficas de desenvolvimiento personal se hacen, sobre todo en las grandes ciudades, desesperantes. Largos minutos, a veces horas, diariamente perdidos en el desplazamiento al lugar de trabajo; sensación de que no queda tiempo para nada; angustia latente al comprobar constantemente que se hacen menos cosas de las múltiples que «deberían» hacerse.

Las diversiones van perdiendo su carácter espontáneo. La expresión individual o de grupo sociológico natural en la danza, el canto, el folklore, carecen de alicientes. Hay que satisfacer gustos estandarizados, comercialmente prefabricados.

La estandarización exteriormente impuesta invade también la vida del hogar, barre la intimidad. El hombre tiende a convertirse en un ente repetidor, pasivo incluso en su propio hogar.

Por todo ello, el hombre de hoy acumula a lo largo de los días grandes tensiones personales, frustraciones, ansiedades. Le quedan pocas ocasiones para romper los diques de estas retenciones. Una de ellas, por muy elemental que parezca, es el gran espectáculo deportivo. Los psicólogos hablarían de «identificación», «proyección», «formación reactiva»..., fenómenos psíquicos naturales, mediante los cuales el árbitro se puede convertir en la imagen *vulnerable* de otras figuras *intocables* (jefes laborales, familiares, etc.) de la vida diaria; los jugadores deben ejecutar acciones perfectas, sobre todo el ídolo deportivo, quien debe convertirse en el héroe frustrado que cada uno lleva en sí mismo; el equipo favorito ha de erigirse en la entidad intocable, siempre triunfante, que mitiga la latente ansiedad que en la vida han ido acumulando los fracasos de cada una de nuestras empresas. Todo ello se ve aglutinado, agitado por la *masa* físicamente compacta, que viene a ser como un viento para encender la hoguera, una espontánea multiplicación de las tensiones eléctricas aptas ya para la desmesura en cada uno de los cerebros humanos que componen esa masa.

⁷ Agosto, 1970.

Todo eso está ahí, presente cada tarde dominguera o sabatina, en cada uno de los campos de fútbol, en cuyos graderíos se ubican varios miles de espectadores. No es de extrañar que de vez en cuando, a resultas de una incidencia, un error, una actitud malentendida, sople el viento anímico de la masa y se encienda la gran hoguera.

No es el fútbol quien provoca esos posibles desmanes. El fútbol, o cualquier otro gran espectáculo deportivo, *manifiesta* una realidad sociológica habitualmente oculta. Los detractores del fútbol se equivocan, como se equivocaría quien echase la culpa de una dolencia interna al radiólogo que la pone de manifiesto en su radiografía. Si el morbo no aparece en esa ocasión, se hará patente en otro momento, quizá cargado ya de más nefastas consecuencias.

Naturalmente, visto el peligro conviene poner remedio. Apliquemos, pues, todos los medicamentos posibles. Para que no sea precisamente el espectáculo deportivo el motivo de explosión de estas tensiones latentes en la sociedad, hay una medicina básica, general, apta para los diversos síntomas: oxigenar el talante de los espectadores y de los protagonistas. En el fútbol tercian ya largos intereses de todo tipo: profesionales, sociales, económicos. A pesar de ello, el fútbol debe ser colocado en su sitio. Es un deporte, es decir, un juego. Bello, grandioso, apasionante, llámesele, si se quiere, juego *serio*; pero juego al fin y al tabo. Aunque en él intervengan importantes estructuras socioeconómicas, debe ser aceptado siempre como un gran juego colectivo, al que no se debe acudir con el espíritu agrio, hiriente, sino con talante de fiesta, con gana de diversión.

A la creación de este ambiente positivo, alegre, optimista, que debe rodear el partido de fútbol pueden contribuir especialmente los profesionales de los medios de difusión, cuya función llega a ser tan importante que liberan a un alto porcentaje de aficionados de la obligación de pensar por su cuenta dándoles pensamientos y *slogans* hechos. Estos pensamientos, estas frases hechas, pueden estimular el buen humor del espectador, a la fruición graciosa y serena de ese gran desahogo de la sociedad pre-dos mil que puede ser un partido de fútbol.

ANTE LA REFORMA DE LA EDUCACIÓN ESPAÑOLA¹

Nuestra educación sufre la herencia, recogida y transmitida desde siglos, de la súper-intelectualización y, dentro de ella, de una de sus menos relevantes parcelas: la memorización.

En la moderna historia de los sistemas educativos aparecen importantes intentos de recuperar como valores centrales educativos otros factores significativos en el desarrollo armónico del hombre: la intuición creadora, la acción, el aprendizaje menos analítico por estructuras globales. Algo lograron estos intentos, pero los resultados prácticos son en definitiva descorazonadores. No sólo en enseñanza primaria y media, donde sería menos censurable, sino en enseñanza superior y aun en estudios posgraduados, se titula, se valora, se accede a elaboradas plantillas profesionales, por oposiciones memorísticas en su mayor parte. Los números «uno» de estas ilustres plantillas podrán ser fácilmente superados por el más sencillo computador. Si educar es ayudar al correcto desarrollo de las facultades del educando y consiguientemente preparar para el diálogo con el mundo, no parece una antesala idónea al ejercicio de importantes profesiones la acumulación farragosa de datos, conseguida en los más inadaptados, sudorosos y nunca deseables años de vida.

Puntualizar estos defectos, detectados ya y denunciados desde hace tiempo, es cosa fácil. Lo difícil es poner remedio práctico. Hábitos sociales y estructuras gremiales están acoplados a tales sistemas; para corregirlos es menester, por consiguiente, modificar hábitos, cambiar estructuras, cosa difícil de llevar a cabo.

Uno de estos importantes intentos, cuya realización será costosa, es la reforma anunciada en el llamado *Libro blanco de la educación en España*. Dicha publicación presenta un documentado estudio crítico de la situación educacional en España. Anuncia a continuación 143 bases o ideas-madres para la reforma. Más que un plan propiamente dicho, es una ideología práctica. La tarea más difícil empieza a partir de ahora, en la creación de disposiciones legislativas y su realización.

En esta fase de hechos que comienza sería de desear que se dedicase una definitiva atención práctica a un aspecto de la educación un poco dejado de la mano de Dios, dejación que ha intentado remediarse con remiendos, limosnas de horario y no pocas retóricas: *la educación física*.

Si el cuerpo es constitutivo esencial del hombre, es menester conocerlo, estudiarlo, educarlo; no sólo curarlo cuando enferma, sino prepararlo idóneamente para una vida sana. El cuerpo es algo más que soporte. El cacareado *mens sana in corpore sano* es un *slogan* peyorativo para la dignidad sustancial del cuerpo humano. La educación del cuerpo se debe no sólo en razón de soporte del espíritu, sino sobre todo en razón de que es parte esencial del hombre, es *hombre mismo*.

La educación física, por consiguiente, no puede ser una asignatura entrada con forzada caña en los ya apretados programas escolares. No es un complemento de la educación; es uno de sus constitutivos esenciales. Una correcta educación física supondrá un nuevo enfoque de la educación en general.

Si la filología sirve, entre otras cosas, para buscar correctos orígenes de muchas instituciones, recordemos que *escuela* deriva del griego *sjolé*, que significa *ocio*. Nadie encontrará parecidos entre el atiborramiento ilustrativo típico de la escuela de nuestra actual civilización —desde la primaria a la superior— y el ocio. También puede sugerirnos algo la estrecha y cronológicamente extensa relación que tuvo con el concepto de educador o pedagogo el *ludimagister* (maestro de juego).

Confiemos en que en las normas concretas que desarrollarán las directrices del «libro blanco» se dé cabida a este entendimiento de la educación física con más detenimiento y convicción que la que se manifiesta en las tímidas e inconexas alusiones que aparecen en las páginas del texto.

Una trascendental reforma de la educación, tal cual se barrunta en el citado «libro blanco» quedaría ambiciosamente mutilada sin esa cabal comprensión de que educar al cuerpo es educar directamente al hombre, por consiguiente, también al espíritu, puesto que éste aprende, se nutre, se expresa a través del cuerpo.

¹ Abril, 1969.

UN CANAL DEPORTIVO EN TVE²

La retransmisión de competiciones deportivas a través de la televisión es objeto de alborozo por parte de muchos aficionados y es causa de incómodos por parte de personas que consideran excesiva la cantidad de horas dedicadas al deporte.

El tema es complejo. Unos y otros tienen razón, o tienen, por lo menos razones. Para acercarse a un justo medio, a una equidad o cierta manera de justicia distributiva, habría que analizar las funciones esenciales de la televisión, y ver la aplicación que el deporte puede tener a estas funciones primordiales.

Siguiendo la opinión de los más autorizados pensadores en materia de televisión, es función primordial de ésta: *informar, recrear y educar*.

El reparto del acervo informativo debe de estar de acuerdo con la densidad sociológica del interés de las noticias. El porcentaje de aficionados al deporte es grande. La información deportiva, indudablemente, debe ser cuantiosa.

El poder recreativo de la competición deportiva es intenso. Los llamados aficionados al deporte puro hacen mal en vituperar el deporte-espectáculo. Con ello vituperan simplemente al deporte. Este es en sí un espectáculo. Es una dramática lucha de fuerzas elementales, una competencia de carácter primario, inteligible para todos, donde se ponen en juego las habilidades psicofísicas de la persona. Por eso es espectacular. En la competición deportiva más elemental —dos niños que «echan» una carrera, un pulso— existe ya un bello espectáculo. De ahí el enorme valor recreativo del deporte. Las derivaciones sociológicas y económicas que el gran espectáculo deportivo acarrea pueden a veces estar en pugna con el valor formativo de la práctica deportiva o en alguna manera sofocarlo. Esto indica que en el gran espectáculo deportivo existe un peligro, al igual que en toda voluminosa realidad social. Pero en sí el espectáculo deportivo no es aberración y está llamado a cubrir importantes tareas en la función recreativa de la sociedad.

La función educativa puede ser también airoosamente desempeñada por el deporte. Si la belleza, la emoción y el noble juego social que encierra la competición son presentados con dignidad, el deporte es altamente educativo. No podemos ignorar que tales nobleza y belleza brillan a veces por su ausencia; pero ello no justificaría nunca la eliminación de una entidad en sí eminentemente positiva. El deporte, con sus vencedores y vencidos, con su reglamentación constantemente aceptada, con su juego limpio, es una espontánea escuela de vida social, de colaboración en una empresa común (el equipo) y de aceptación democrática de los valores de otros (el adversario). En un simple y vulgar partido hay una densa y eficiente escuela de vida social. Es un hecho educativo.

Sin embargo, es cierto que la popularidad del espectáculo deportivo y la continua demanda de retransmisiones que dicha popularidad acarrea, han hecho que personas no aficionadas al deporte se quejen de la primacía que dichas programaciones ostentan con detrimento de otras calidades altamente educativas, que fomentan un directo cultivo del espíritu, arte en general, música, ciencia, etc. No falta razón a tales demandas.

Quizá la gran solución sería la creación de un tercer canal exclusivamente deportivo en TVE. Nadie tendría obligación de conectar dicho canal y de soportar, en espera de otros programas, los largos y a veces variables horarios deportivos. Pero los aficionados tendrían oportunidad de abundantes retransmisiones.

La creación de un canal exclusivamente deportivo no significaría conceder al deporte una importancia excepcional, por encima de otros valores humanos. Sería simplemente servir a la continua demanda de retransmisiones deportivas, extensibles a nuevas y sorprendentes modalidades del deporte que pronto captarían aficionados, sin perjudicar los intereses televisivos de muchas personas que son muy libres para rechazar tales programas. Sí, el canal deportivo podría ser una solución.

MONTAÑISMO, SÍ³

Este último invierno ha sido, en el ámbito deportivo, el invierno del descubrimiento del montañismo por el gran público.

² Agosto, 1969.

³ Abril, 1970.

Todos los años suceden tragedias en el montañismo; pero la hazaña del Naranjo de Bulnes ha trascendido de los ambientes minoritarios de los montañeros a gran noticia sensacionalista. Fueron nueve días de interés ansioso de todos los españoles por ver en qué terminaba la aventura. EL fallecimiento de Arrabal una semana después del salvamento empañé el glorioso rescate de los dos montañeros todavía vivientes. Pero no resté méritos a la hazaña. Fue una aventura arriesgadísima por parte de los dos protagonistas, no coronada por el éxito a causa del violentísimo temporal. Y fue una hazaña el salvamento, inspirada por la solidaridad característica del montañismo y sostenida por el arrojo de los hombres que la realizaron.

Como sucede con todas las costumbres practicadas por minorías en el momento en que pasan al comentario de la masa, el montañismo, a partir del suceso del Naranjo, es objeto de opiniones de todos los gustos, muchas de ellas tocadas de ignorancia, aunque también de buenos deseos humanitarios.

El alpinismo (andinismo, himalayismo, etc.) arroja altas cifras de víctimas. En los Alpes mueren anualmente más de 200 montañeros. Estas víctimas se reparten entre los escaladores y los rescatadores, cosa que indigna doblemente a muchos.

No habría tantas víctimas en el montañismo si se cumplieren las normas establecidas. El montañero y la dificultad tienen sus categorías y grados, y las empresas que se acometen deben estar de acuerdo con tales clasificaciones. Todo está reglamentado, planificado, minuciosamente comprobado en una ascensión difícil, de forma que el riesgo, inminentemente mortal a primera vista, disminuye considerablemente. Muchas desgracias —el mayor número— suceden en ascensiones sencillas, realizadas con poca exigencia. Es algo parecido a lo que sucede en los accidentes de tráfico, aunque ambas cosas constituyan realidades sociológicas muy dispares.

Hay quien opina que está bien ascender a las más altas cumbres, pero que es absurdo hacerlo por el lado más difícil y en la más desfavorable estación. La esencia del alpinismo está en dominar la montaña. No sólo se la domina en su cumbre, sino también en sus vertientes y en todo tiempo. El señorío necesita pleno dominio; el espíritu humano aspira a ser señor de la naturaleza. Para ello es necesaria la aventura, lo mismo del viajero que del científico. Este último también es un aventurero en su investigación.

La humanidad no habría progresado sin aventura. Los grandes descubridores e inventores fueron aventureros; afrontaron el riesgo del fracaso y la incompreensión no sólo de la masa, sino la más dolorosa de las minorías iniciadas. Pero se adentraron en la búsqueda. Un día se inventó el fuego; otro se halló el cocimiento del barro; la fundición de los metales; las virtudes curativas de ciertas plantas, de donde se extrajeron sustancias medicinales. Se descubrieron los axiomas, los grandes teoremas. El hombre se distingue de los demás animales en su capacidad de aventura. Ningún animal es aventurero, es simple repetidor del repertorio de los hábitos, El hombre tiene la capacidad de sobrepasarse a sí mismo. El montañismo es un símbolo práctico de esta capacidad e impulso; y es como un fuego sagrado que lo alimenta.

Otro grueso reproche escuchado contra el montañismo es su inutilidad. Valga la aventura y el riesgo cuando se obtiene algún beneficio; pero la montaña es un ingente esfuerzo gratuito.

Nos adentramos en la filosofía, no sólo del montañismo, sino de la misma vida humana. Si el hombre sólo debiese hacer lo útil, ¿cuál sería su horizonte de actividades? Sólo la burda asimilación orgánica de sustancias exteriores, y aun eso se resuelve en simples intercambios bioquímicos. Si no queremos reducir al hombre a un vegetal habrá que aceptar al menos ciertas funciones espirituales; la sensación de dominio, la ambición, el orgullo vencen en la vida al puro afán de equilibrio somático. Hay algo más allá del cuerpo, que en una lógica ascensión alcanza a tocar valores como solidaridad, superación, entrega, amor. La singular existencia del hombre sobre la tierra —la historia— revela ese dilatado mundo del espíritu, enriquecido por egregias inutilidades; superfluidades según el cómputo materialista. En el hombre hay mucho de bestia, pero no es sólo bestia gracias a esa capacidad de superación de lo somático, gracias a que es susceptible de elegir cosas y esfuerzos llamado inútiles.

El montañismo es una a modo de parcela donde se cultiva la noble inutilidad de la superación por la superación y se busca alguna fórmula para aprender a estar consigo mismo. Para muchos, los montañeros son habitantes de un extraño barrio. En ese extraño barrio del montañismo viven hombres de cuerpos fuertes, pero de espíritus más fuertes que el cuerpo; quizá sea éste el distintivo del montañero.

El montañismo, como símbolo y como práctica es saludable a esta sociedad crecientemente materialista. Es una de las más bellas prácticas deportivas que puede realizar el espíritu humano valiéndose del cuerpo. Es un humanismo donde el hombre, con el hábito del riesgo, mitiga paradójicamente su sentimiento trágico de la existencia. Sentimiento tanto más creciente cuanto más queremos «asegurarnos» en la vida.

DEPORTE ¿PASIÓN O EQUILIBRIO?⁴

Ante ciertos hechos cabe preguntarse: ¿Es conveniente el deporte?

Al final de la temporada futbolística pasada sucedió el llamado «caso Guruceta»: un penalty, al parecer injusto, con que este árbitro sancionó al equipo del Barcelona C F en su propio campo, algún otro error cometido en el mismo encuentro, según la subjetiva interpretación de parte del público; almohadillazos, invasión del campo, interrupción del partido... Consecuentemente, sanción al señor Guruceta, dimisión del presidente del colegio nacional de árbitros; intervención, meses después, de la FIFA, terciando en contra del comité de competición de la Federación Española de Fútbol. Alrededor de todo ello, comentarios, acaloramientos, pasión.

En el primer tercio de la actual temporada, sanción por el comité de competición de la Real Federación Española de Fútbol a un jugador del Oviedo por agresión a uno de El Ferrol. Actitud espectacular del presidente del club ovetense amenazando con retirar a su equipo de la competición. Sanción a dicho presidente por parte de la Federación Española de Fútbol. Rectificación del veredicto dado por el comité de competición. Protesta consiguiente del club Ferrol...

He aquí dos simples ejemplos de los diversos y variados conflictos acaecidos en todos los grados competitivos, desde primera división hasta categorías regionales, durante el año 1970.

Al margen del fútbol, también en otras organizaciones de alta competición pueden ser archivados diversos sucesos. En baloncesto, el problema de los árbitros de Galicia; en atletismo, la repentina retirada de los atletas del club Celta de Vigo en pleno desarrollo de una competición, etc.

Si volvemos la mirada al anecdotario deportivo de los otros países, contemplamos parecidos e incluso más abultados incidentes. ¿Vale la pena sostener unas instituciones organizadoras de actividades de las cuales se derivan tantos conflictos, con peligro, a veces, de alteración del orden público?

El deporte puede ser examinado a dos niveles muy dispares: El primero, como sencilla práctica individual o de pequeños grupos en forma de simple recreo, competitivo en segundo lugar, como gran espectáculo con su múltiple organización, sus intereses, sus estructuras económicas y legales, etc. Estas dos visiones del deporte señalan dos realidades humanas y sociales muy diversas cuyas consecuencias sociológicas son también dispares. El estudio y aplicación de la primera se hace a nivel de conducta individual o de simple dinámica de pequeño grupo social. La segunda realidad apunta a niveles macro-sociológicos con todas sus implicaciones. Los llamativos sucesos a que nos hemos referido caen dentro de este segundo plano de voluminoso orden social. Es casi a nivel de conducta de masa como deben ser examinados estos acontecimientos.

Clásicamente se ha denominado «masa» a la unión física de un contingente humano aglutinado por una comunidad de intereses, por ideales afines o por la obtención de unos mismos beneficios. Las masas tienen un modo de reaccionar típico y específico que no consiste en la simple suma de las reacciones de los individuos que la componen. Se instaura en las masas un estado afectivo especial que añade su virtud a todos los individuos que la constituyen, deformando en alguna manera su conducta personal. En la masa sobreviene una despersonalización, una instauración en cada individuo de una nueva dinámica de conducta. Por eso aparecen personas honorabilísimas, protagonistas habitualmente de una conducta controlada y ejemplar, sumergidas en el calor de la masa en actitudes ridículas, vociferando, con gestos descompuestos. Es tal la deformación individual que puede operar el «poder de la masa» que se ha llegado a hablar de un «alma de la masa», algo así como un espíritu demoníaco que se pasea entre tantas cabezas modificando a su antojo y maleficio los habituales dinamismos cerebrales de cada individuo.

⁴ Enero, 1971

Un público unánimemente partidario de un equipo, aglomerado en unos graderíos, es ejemplo característico de masa, como puede serlo una manifestación política. Por ello caben en su comportamiento actitudes sorprendentes.

Muchos han criticado en el espectáculo deportivo precisamente esta «masificación» de la gente que, en vez de educar, vulgariza. No tienen quizá en cuenta que antes de la reunión colectiva en el recinto deportivo, la gente que acude ya está masificada, y no precisamente como consecuencia de los tópicos deportivos. Hoy habría que modificar la definición de lo que es masa humana y quitar de ella la reunión física. No es menester el aglutinamiento presente para que se desencadenen en los individuos las características perturbadoras de la masa: empobrecimiento de la conducta original, seguimiento inexorable de modas, repetición de gestos y *slogans*, liberación de la responsabilidad de pensar por cuenta propia descargando dicha responsabilidad en anónimos inventores de tópicos. No es el espectáculo deportivo, al igual que cualquier otro espectáculo de gran gentío, el que masifica. Lo único que hacen estas aglomeraciones es poner de manifiesto una masificación ya existente, duradera, que se va estableciendo como denominador común de nuestro tiempo.

En cada época de la historia, el hombre ha pagado tributo a determinados condicionamientos. Siempre le acompaña su propia limitación, pero a ella se añaden las limitaciones del entorno que le rodea en cada época, bien sea natural o creado por él. Durante los fríos glaciales tuvo que recluirse en las cavernas. Ello significó especial contrariedad, pero a su vez supuso singulares estimulaciones compensatorias; el arte de las cavernas puede quizá suponer, como ha apuntado algún antropólogo, un súper-avance estético en relación con otros órdenes de la vida humana, como reacción compensatoria a la reclusión cavernícola. En cada época y en cada cultura han existido especiales condicionamientos y específicos modos de reaccionar a tales condicionamientos.

Hoy soportamos las primicias hereditarias de la automatización, el consumo, la despersonalización. La conducta de los hombres de nuestro tiempo no puede ser analizada al margen de estos condicionamientos. El hombre es a la vez disfrutador y víctima de este conjunto de factores. Entre las consecuencias negativas es patente una polífona opresión; por parte de los horarios, de las jerarquías artificiales del anonimato laboral, de la estandarización de gustos, consumos y diversiones... En ciertas épocas, la humanidad sufrió la esclavitud de persona a persona. Hoy se asiste a otra esclavitud, la de persona al tópico. Algunas sagradas tradiciones familiares, como, por ejemplo, el agasajo a un ser querido, se hacen hoy a través de moldes comercialmente estereotipados: fechas, obsequios, palabras, etc. El hombre actúa cada vez menos según el dictado de su pensamiento. ¿No son todas estas características típicas de una permanente masificación?

A los sociólogos y a los planificadores políticos corresponde proponer las grandes líneas para intentar desmasificar al hombre futuro, si ello es posible. Pero desde luego no será procedimiento idóneo pretender ignorar la realidad eliminando la posibilidad de manifestarse. Los grandes espectáculos de hoy son buenos para conocer la sociedad en que vivimos y para conocernos un poco a nosotros como protagonistas de esta sociedad. El gran espectáculo deportivo, aparte de manifestación de una importante realidad, es además eminentemente catártico. En él se liberan tensiones individuales, se descarga la ansiedad, ese tremendo rédito que va dejando el capital de conquistas de nuestro siglo. Los fenómenos reactivos, tales como el desplazamiento, la proyección etc., permiten a un hombre exaltarse, criticar abiertamente, desahogarse, liberándose de esta manera de la continua de no poder hacerlo en su vida ordinaria ante un jefe, un compañero, una situación organizada. Esta válvula de escape es cada vez más necesaria en la vida. No constituye solución radical, pero tiene carácter equilibrador, en definitiva liberador.

Al gran espectáculo deportivo se le ha llamado opio, droga. ¿No será más bien una como liberación de las implacables alucinaciones y obsesiones de la vida real, como un rechazo de la monotonía y represión de la vida diaria, verdadera droga perturbadora del equilibrio humano?

Los sucesos deportivos antes citados son típica consecuencia de un comportamiento masivo. Donde quiera que se prodiguen espectáculos deportivos podrán surgir desmesuras. Sería ridícula timoratería suprimirlos por temor a ellas. Esta postura sólo sería defendible si tales desmanes constituyesen el pan nuestro de cada día. Pero, por fortuna, no es así.

Todo deportista maduro cuenta en su historia con numerosas torceduras, esguinces, quizá incluso fracturas. Pero no por ello su organismo es menos sano que el del que nunca tuvo una distensión muscular porque nunca practicó deporte. No hay crisis donde no hay vida, ni se cometen errores donde no hay actividad.

Al coro de reventadores del deporte competitivo —los hay— se les puede presentar, frente a los esguinces y fisuras de problemas arbitrales, tensiones de clubs y crisis federativas, los millares de equipos deportivos que todos los fines de semana llenan campos y canchas deportivas, y los millones de seguidores, deportistas de inferior alcurnia, pero que se apasionan, se descargan, sencillamente se divierten, cosa que en este mundo tenso y ensombrecido en que vivimos es cada vez más importante. Se puede aquí recordar aquella feliz expresión de uno de los filósofos más ilustres: *Neque philosophorum est rem semper serio agere* («Ni siquiera los filósofos deben tomarse las cosas siempre en serio»). Por que —perdón— *primum vivere, deinde philosophare*. Y para vivir hay que alimentar no sólo el cuerpo, sino también el equilibrio del espíritu.

AJEDREZ... ¿DEPORTE?⁵

«Es más fácil aprender en el tablero de ajedrez el método lógico de razonar que por medio de un manual de lógica, ya que, como es bien sabido, el hombre aprende mejor las cosas jugando que recibiendo lecciones abstractas sobre ellas. El poder pedagógico del ajedrez se condensa en la educación por la exactitud científica y por la actividad analítica.»

Estas son palabras pronunciadas por el decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad Humboldt de Berlín, profesor Klaus. ¿Qué tiene que ver esta cita con una revista deportiva? Se refiere a un *juego* competitivo, el ajedrez, y esta calidad de competición lúdica le hace poseedor de las características primordiales del deporte.

Hay quien afirma que la falta de ejercicio físico en el ajedrez aleja a este juego del moderno sentido del deporte. Este es cada vez más movimiento físico, fuerza muscular. Uno de los caminos por los que avanza gran parte del deporte contemporáneo —el más espectacular y alborotador— es la exaltación del logro muscular. Pero dicha dirección expansiva del deporte no supone la exclusividad. Eso es deporte, aceptémoslo. Pero el simple recreo, el esparcimiento en forma competitiva sigue siendo también deporte. Este concepto, por muy gran ensanchamiento significativo que haya adquirido y por mucha acumulación de hábitos humanos y modas sociales que haya acaparado, sigue asentando su primordial valor humano en el juego. Mientras el deporte siga siendo juego resultará humanizador. Si dejara de serlo podría convertirse en poderoso factor de productividad, en un buen soporte físico para altos rendimientos de competencias consumistas, pero habría perdido sus más preciados dones de equilibrio, de ocasión para el encuentro del hombre consigo mismo, de comunicación a nivel de espontánea humanidad.

Aceptando todos los avances técnicos en favor de espectaculares confrontaciones físicas es menester valorar y recurrir, en la busca del equilibrio humano y social, al juego deportivo, a la competición creativa.

Por eso, aparte de su trascendencia como antiquísima y permanente cultura lúdica, el ajedrez-deporte nos es ahora más necesario que nunca. Podrán tener razón quienes, desde un punto de vista de esnobismo deportivo, rechacen en el ajedrez su sedentarismo. Hay que aceptarlo: no es un deporte completo. Pero es un gran deporte. Es apasionante competición; es juego asombroso, de viejo y moderno prestigio, y es altamente educativo. He ahí su máxima virtud; educar jugando. Ejercita el dominio de sí mismo, el control reflexivo, la disciplina analítica, introduce los hábitos de la lógica progresiva. Frente al tablero de ajedrez se crea un clima de caballerosidad, de corrección. Un diálogo, mitad científico mitad mágico, analítico o intuitivo a la vez, elocuente y silencioso, se instaura en este singular duelo cerebral. El rey, la dama, los caballos, los peones, todo un ejército de fantasía, componente simbólico necesario rara que un juego adquiera riqueza psicológica, desfilan en idas y venidas esotéricas. Observemos cómo el niño que todavía no ha aprendido a jugar al ajedrez contempla absorto los movimientos de las fichas en dedos de los mayores; no pestañea, porque, antes de conocer las reglas del juego, él juega en una identificación de su imaginación infantil con esos héroes expresionistas.

Estamos ante un deporte densamente cerebral, pero que posee los demás sugestivos ingredientes del juego, tales como el clima, el disfrute lúdico, el respeto a unas reglas. Si el juego en general es un paréntesis, una acotación dentro de la vida sería en la que se sigue viviendo incluso con pasión, pero a partir de otras normas, de otras leyes y dinamismos, en el ajedrez ese paréntesis, asunción o hiato puede llegar a extremos cercanos al arrebatado, el éxtasis. Este singular juego desarrolla la oxigenadora capacidad de abstraerse, esa dote de ambivalencia vital cada vez más necesaria en la defensa del hombre contra el avasallamiento del estereotipo. Debido a la fuerza que dimana del candente tablero y que es capaz de prender fuertemente en el espectador de la contienda, el ajedrez, sin necesidad de

⁵ Febrero, 1971.

estadio, cancha, arena o circo, se convierte en un gran espectáculo. Los silenciosos cuchicheos, el ir y venir cauto de los espectadores otorgan un respeto casi sacral al rito lúdico ofrecido por los protagonistas sobre el minúsculo tablero. Toda la sala es tensión agonística. Resultaba, por ejemplo, emocionante contemplar a ese joven genio del ajedrez, el danés Larsen, en sus últimas simultáneas organizadas por el Club Ajedrez Schweppes, disputadas en el INEF de Madrid, ante cuarenta y dos universitarios, y las organizadas por las federaciones sevillana y canaria durante el mes de enero. Su sencillez, su natural bondad no le despojaban de ese halo heroico, casi épico, que acompaña al gran campeón en su kilometraje de simultáneas.

Por este carácter profundamente humano y a la vez espectacular, los «personajes» o «máscaras» del ajedrez han sido objeto de alta inspiración artística. Existen verdaderas obras de arte elaboradas con los más variados materiales, entre los que destacan el marfil y las tallas en madera. Se conservan muestras muy antiguas, porque el ajedrez es antiquísimo. No se sabe exactamente dónde fue creado, pues los eruditos se dividen: ¿India, Japón, China, Egipto...? Ilustres reyes, conquistadores legendarios jugaban al ajedrez. Feroces guerreros descansaban de las batallas con el exquisito movimiento de las fichas sobre el tablero. La vetustez de este juego podría ser considerada, junto con la matemática astronómica, como una avanzadilla del cerebro humano, un civilizado y anacrónico hallazgo de diálogo cortés entre bárbaras costumbres. La mansedumbre de la lucha ajedrecística en medio de aquellas crueles guerras se ofrece como una querencia invertida en la dirección del tiempo, es decir, la vertiente opuesta de un ancestralismo, algo así como una premonición filogenética de un cerebralismo futuro, al cual parece que estamos accediendo en estos tiempos de programaciones lógicas para computadores y de corticalizaciones dirigidas.

Pero frente a la frialdad de las programaciones y radicalismos que se avecinan, el ajedrez sigue siendo juego, libre uso y desgaste de propias facultades, fruición de una actividad espontáneamente desarrollada.

No sólo porque dentro de las estructuras deportivas existe una federación deportiva de ajedrez, sino, sobre todo, porque es un bello y constructivo deporte en sí, debemos alegrarnos de los progresos que esta actividad ha experimentado en España. No son solamente las grandes individualidades de Pomar —el gran maestro internacional—, de Medina, Torán, Díez del Corral, Parré —reputados maestros internacionales— y de tantos otros famosos jugadores, sino las actuaciones conjuntas de equipos, expresión de un progreso colectivo, las que muestran perspectivas esperanzadoras, jalonadas por la victoria en el trofeo Clare Benedit (campeonato oficioso de Europa Occidental) del equipo español en 1970.

Es un buen camino que hay que continuar, como símbolo y realidad equilibradora en medio del deporte contemporáneo; que tiende a ser exagerado en la espectacularidad orgánica.

El ajedrez es un acento cerebral en medio del deporte y es a la vez juego deportivo humano en medio de las automatizaciones cerebrales de nuestro tiempo.

DEPORTE Y ARTE⁶

Hablar en breves párrafos de arte y deporte es muy difícil, puesto que si es tarea ardua definir qué sea el deporte, es empresa quimérica definir qué sea el arte.

Pero si convenimos en que uno de los entendimientos lícitos del arte es que, entre otras cosas, sea testimonio estético de su propio tiempo, se puede aceptar que el arte y el deporte vengán a encontrarse en nuestra época. El deporte es uno de los distintivos sociológicos del siglo XX. Un arte del siglo XX, principalmente de su segunda mitad, puede y quizá debe tratar el deporte.

El artista, ante el heterogéneo acento sociológico del deporte contemporáneo, puede tirar por el camino que más le atraiga: el deporte como juego, como lucha, como diálogo internacional, como perfección técnica, como exigencia corporal, como apasionamiento de masas, como alienación... Muchos ámbitos, muchos enfoques, psicológicos, sociológicos, formalistas puede encontrar el artista en el deporte de nuestro tiempo.

⁶ Mayo, 1971

Por su parte, el deporte debe buscar el arte como uno de los caminos de autoexigencia. En el arte puede hallar canon, medida, crítica, rigor; en definitiva, humanismo.

Uno de los indudables temas para la humanización del arte es hoy el deporte, fenómeno humano cien por cien, síntesis de un *equilibrio* entre espíritu y materia y *desmesura* enrolada en el moderno proceso de masificación. El deporte es fenómeno tremendamente humano, traspasado, como el hombre, por la paradoja de la medida y el fanatismo.

En la crítica de esa masificación, el arte presta un buen servicio al deporte, y en el hallazgo del equilibrio entre *soma* y *psique* puede encontrar un canon, una llamada al orden entre tantos devaneos para-estéticos, consecuencia del deshumanismo —mejor que deshumanización— de un gran sector de la cultura estética contemporánea.

El deporte, por su parte, debe buscar en el arte una llamada al orden, una invitación a que tan hermosos derroches de energía vuelvan a estar presididos por el espíritu.

Un encuentro efectivo arte-deporte sería una eficiente prueba de que los viejos moldes maniqueos en los que se ha movido durante largos siglos nuestra cultura habrían sido rebasados. Sería la superación de la peligrosa y dualista *mens sana in corpore sano*.

El hombre es espíritu y materia: ninguna otra explicación de su constitutivo esencial se ha encontrado tan clara y rotunda. Pero espíritu y materia constituyen una única realidad, un ser uno. Cuando el hombre actúa, no lo hace el espíritu a través de la materia valiéndose de la materia; lo hacen espíritu y materia a la vez. Ambos instauran en el hombre tan única realidad que su acción debe expresarse no por un verbo plural, sino singular: actúa, hace, es, vive el espíritu y materia humana. *Mens sana in corpore sano* es el símbolo de la vieja escisión: hagamos un cuerpo sano para que la mente tenga un buen soporte, una recia apoyatura. El cuerpo queda tratado como instrumento. Triste favor ha hecho a la educación físico-deportiva el desenterramiento de este viejo lema; no ha servido más que para confirmarla en su puesto secundario. Si fuese permitida la rectificación latina, por conservar el talante clásico, promocionaríamos *el mens sana et corpus sanum*. Tanto monta... Ambos son el hombre.

En esta concepción unitaria, esencialísima, radica la nobleza del deporte. Este es, en su más honda realidad, expresión física de la persona, como lo es la danza, aunque cada uno de ellos —deporte y danza— tenga otras específicas jerarquías. Por ello pocas materias hallará el arte tan fecundas para su tratamiento como el deporte. Y en pocos laboratorios hallará el deporte tan noble y cabal sublimación, tan digna valoración de su verdadera realidad como en el arte. Espiritualización del cuerpo o corporeización del espíritu: ahí en medio está el deporte y de ello entiende directamente el arte. Era un encuentro inevitable.

Por ello se abre la puerta al optimismo acerca del futuro humano del deporte al contemplar en la III Biental Internacional del Deporte en las Bellas Artes, organizada por la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes y el Comité Olímpico Español, más de mil obras representativas de 32 países. La cantidad es ya elocuente. Lo es más la calidad. Firmas internacionalmente cotizadas. Figuras consagradas en la pintura universal (Rincinotti, Martins, etcétera) se han enfrentado con el tema deportivo. Esta bienal ha adquirido no sólo rigidez y continuidad, sino también rango. Es verosímil que el barón de Coubertín, poeta y pedagogo, luchador infatigable, que logró la instauración de los concursos artísticos durante los juegos olímpicos, que consiguió alguna esporádica atención de buenos artistas, que alcanzó personalmente el triunfo con un pseudónimo en el certamen poético de los juegos olímpicos de Estocolmo, en 1912, por no haber concursantes de más reconocida calidad, se emocionase al ver hecha realidad esta conjunción deporte-arte, que fue uno de los objetivos de su renovado y renovador movimiento olímpico.

Confiemos en que esta atención de grandes artistas al tema deportivo no sea efímero producto concurseril, sino hallazgo permanente e importante. Si es así, ambos, arte y deporte, saldrán ganando.

EL DEPORTISTA ¿AUTÓMATA?⁷

E] atleta ruso Saneiev, campeón mundial de triple salto, se entrena más de cinco horas diarias. Parte de ellas son dedicadas a la adquisición de potencia, resistencia, velocidad, es decir, se orientan a la mejora de la condición general del atleta. Otras varias, principalmente al final del período preparatorio (comienzos de temporada competitiva), se centran en la técnica.

Santiago Esteva, el flamante subcampeón de Europa de natación y campeón universitario de Estados Unidos, ha manifestado que sus entrenamientos en la Universidad de Santa Clara rebasan las seis horas al día, y que hay jornadas preparatorias en las que cubre nadando más de quince kilómetros.

¿Qué hace el nadador de alta competición en esas seis horas de preparación diaria? Se dedica casi exclusivamente a nadar, es decir, a repetir en el agua un mismo gesto locomotor docenas de miles de veces. Igualmente el saltador repite centenares de veces al día el mismo salto.

Sabemos que en el centro de todo aprendizaje, junto a la enriquecedora adquisición de reflejos condicionados y hábitos de condicionamiento operante, existe un proceso finísimo y neurológicamente complejo que podríamos denominar de automatización. Esta escueta página no es lugar para dar cuenta de los prolijos análisis e investigaciones que van abriendo luz y constatan hipótesis acerca de este fenómeno, todavía esotérico, que está en la entraña de todo aprendizaje locomotor y que, aunque no lo es propiamente, equivale a un proceso de automatización. El hecho es que, gracias a la repetición de actos, se liberan los centros más responsables de la conducta humana voluntaria y pasan dichos actos a ser regidos por centros menos conscientes; de esta forma el cerebro, principalmente la «elite» cortical, queda libre, desembarazado para nuevos aprendizajes. Un niño que comienza a tocar el piano necesita de toda su capacidad de concentración, de todo su esfuerzo mental para ejecutar una simple escala. Después de haberla repetido miles de veces la realiza sin esfuerzo y con limpieza. Sus centros responsables voluntarios quedan libres para aprendizajes más complejos que le permiten progresar indefinidamente en el arte de tocar el piano.

Todos nuestros movimientos, que repetimos sin esfuerzo, son consecuencia de esta «cuasi-automatización» que se opera en nuestro comportamiento locomotor. No necesitamos concentración mental para poder andar, gesticular, hablar, etcétera. Debido a ello podemos dedicar nuestra atención a otras actividades más complejas. Pero hubo una época, el comienzo de aquellos aprendizajes, en que no podíamos realizar tan simples actos sin plena dedicación.

El deporte está traspasado por el hecho de la competición, en ésta se aspira a la victoria; para conseguirla se busca la más adiestrada ejecución de los movimientos que integran el hecho competitivo. Aquí está la raíz de lo que en deporte llaman, con alguna impropiedad, técnica, y que más exactamente es adiestramiento.

El deporte contemporáneo, que por muy diversas razones ha adquirido gran atracción y prestigio social, va incorporando para su progreso muchas ciencias. Cualquier movimiento realización por un competidor, por sencillo que parezca, concentra una decantación, primeramente de múltiples ensayos empíricos y, posteriormente, de estudios e investigaciones científicas llegadas de diversos campos: anatomía, fisiología, biomecánica, psicología, etcétera. En la manera de soltar el disco o la jabalina inciden problemas e hipótesis matemáticos, físicos, biomecánicos, etcétera. El atleta que recibe la enseñanza para ejecutar el lanzamiento con más perfección no necesita estudiar personalmente esos intrincados problemas, pero para su aprendizaje han sido tenidos en cuenta por los especialistas y directores técnicos. El atleta repite sus gestos una y otra vez hasta que los ejecuta sin dificultad, sencilla, automáticamente.

Merced a estas aplicaciones científicas ha sido posible que el fabuloso record sobre los 400 metros libres, que en 1923 estableciera el potente, elástico y legendario J. Weissmuller, haya sido superado fácilmente, años después, por unas casi frágiles adolescentes americanas y australianas.

Las adolescentes Lorraine Crapp, P. Kruse y Debbie Meyer se entrenaron muchas más horas que Weissmuller, automatizaron más sus movimientos, éstos estaban ajustados a unas más precisas fórmulas biomecánicas.

⁷ Junio, 1971.

En esta línea de progresos en la ejecución psico-biomecánica de los gestos deportivos no se sabe a dónde se podrá llegar. En el año 2000, ¿habrán batido las mujeres, locomotoramente más débiles, los actuales récords masculinos? ¿Qué significará esto?

Si esa hipotética superación se consumase, podríamos hablar de un indudable progreso. Una de las maneras de medir el progreso humano, aunque no la única, es la eficiencia, y el paulatino vencimiento del tiempo y del espacio puede ser un síntoma de mejor y más eficiente capacitación humana. Pero ello sólo se habrá conseguido merced a una más aquilatada automatización de movimientos y gestos. Y esa automatización tiene sentido en el ser humano sólo cuando le capacita para nuevos aprendizajes y adquisiciones. La automatización de los dedos de K. Richter o de Arthur Rubinstein constituye un precioso logro que les permite desembarazo cerebral, libre de obsesiones mecánicas para entregarse a la inspiración cuando tocan el piano; es una automatización *humanamente* beneficiosa.

De una manera semejante, si la automatización en el deporte permite progresivas adquisiciones de humana calidad, el camino es bueno. Pero si este proceso acaba en sí mismo, en el simple logro de un record, sin posteriores beneficios humanos para quien lo consigue, el hombre, en su desmesurada preocupación técnica aplicada al deporte, se convertirá en un robot que, como los pertenecientes al sistema CAMS (Cybernetic Antropomorphus Machine Systems), aumentan la fuerza, la agilidad, precisión del hombre; son como un alargamiento de su eficiencia neuromuscular, pero no son mejores que los hombres, simplemente son válidos cuando el hombre los aplica en beneficio del hombre y en cuanto hombre.

Serían peligrosos si acabasen sustituyendo al hombre.

Cuadro 1

| AÑO | TEXTO N° | VOZ | | Significado | Lengua |
|------------------|---|---|---|--|-----------------------|
| | | Sustantivo | Verbo | | |
| h. 1140 | 1. <i>Cantar de Mio Cid</i> v. 1514 v. 2711 | | Deportar Deportar | Diversión. Ejercicio físico Diversión | Castellano (Soria) |
| h. 1157 | BERENGUER DE PALOL 2. <i>Tant m'abeljs...</i> v. 2 | Deport | | (¿obscena?) Diversión | Provenzal |
| h. 1174 | ALFONSO II DE ARAGÓN 2. <i>Per mantas guisas...</i> v. 2 | Deportz | | Diversión | Provenzal |
| h. 1215 | 3. <i>Vida de Sta. M. Egipcíaca</i> v. 168 v. 266 | Depuertos | Deportar | Diversión Diversión obscena | Castellano |
| 1245/ 1255 | GONZALO DE BERCEO 5. <i>Milagros De Nstra. Señora</i> Mil IV v. 128 b Mil. XV v. 337 a v. 345 c Mil XVI v. 355 d Mil XXIII v. 674 c. | Depuerto | Deportar Deportaba Deportar Deportarse | Diversión ? Diversión Ejercicio físico Diversión | Castellana (Rioja) |
| h. 1258 | 6. <i>Duelo de la Virgen</i> v. 192 c | Depuerto | | Broma, chanza | |
| 1230/ 1250 | 7. <i>Libro de Apolonio</i> v.144 b v. 146 c v.147 b v. 149 d v. 180 d v. 201 d v. 215 a v. 463 b v. 473 c v. 496 a | Depuerto Depuertos | Deportar Deportar Deportar Deportar Deportar Deportar Deportar Deportado | Ejercicio Físico (juego pelota) Ejercicio físico (juego pelota) Ejercicio físico (juego pelota) Ejercicio físico (juego pelota) Diversión Pasear Pasear Pasear Pasear Diversión | Castellano |
| h. 1249 | 8. <i>Libro de Alexandre</i> v. 603 c v. 667 a v. 850 d v. 991 c v. 1271 d v. 1873 b v. 2384 c | Depuertos Depuerto Depuerto Depuerto Depuerto | Deportando Deportar | Diversión Ejercicio físico ¿Broma? Burla, broma Diversión Ejercicio físico Entretenerse, hablar | Castellano (León) |
| Mitad s. XIII | 9. <i>El Bonium</i> | | Se deportan | Diversión, recreo | Castellano |
| h. 1251 | 10. <i>Calila e Dimna</i> Cap. XI | | Se deportaba | Diversión, distracción | Castellano |
| 1250/ | CERVERA DE GERONA | | | | Provenzal |

| | | | | | |
|--------------------|--|--|---|--|---------------------|
| 1280 | 11. <i>Canço</i> v. 13 12. <i>La canço de les letres</i> v. 36 13. <i>Lo ven (del) repentir</i> v. 25 h. 1237 14. <i>La faula del rosinyol</i> v. 150 | Deport Deport Deportz Deport | | Placer (amor) Diversión Diversión Diversión | |
| h. 1280 | 15. <i>Elena y Maria</i> v. 297 | | Deportar | Diversión | Castellano (León) |
| h. 1289 | 16. <i>Primera Crónica general</i> Cap. 908 Cap. 908 (bis) | | Deportarse Se deportasse Deportarse | Diversión Diversión Diversión | Castellano |
| h. 1295 | RAIMUNDO LULIO 17. <i>Lo desconhort</i> v. 8 | Deport | | Diversión | Catalán |
| Segunda mitad XIII | 18. <i>Vidal Mayor</i> IV 12, 19 | | Se depuerta | Diversión | Castellano (Aragón) |
| Fines s. XIII | 19. <i>Fuero de Hernatoraf (Índice)</i> (Ley CCXXIII) (Ley CCXXIII) (Ley CCXXIV) (Ley CCXXX) (Ley CCCIII) | Depuerto Depuerto Depuerto (de bodas) Depuerto (de bodas) Depuerto | Deportándose | Ejercicio físico Ejercicio físico Fiesta Diversión Ejercicio físico Fiesta Ejercicio Físico Diversión | Castellano (Jean) |
| 1325 | RAMÓN MUNTANER 20. <i>Crónica</i> Cap. V Cap. V Cap. CCIII | Deport Deport | Deportar | Solazarse (amor) Juego amoroso Diversión | Catalán |

Cuadro 2

| CONCEPTO | Nº VECES | TEXTO NUMERO |
|----------------------|-------------|---|
| Burla | 3 | 6, 8 (2) |
| Diversión | 23 | 1, 2, 3, 4, 5, 7, 8 (3), |
| Diversión obscena | 6 13 | 9, 10, 11, 12, |
| Ejercicio | 2 | 13, 14, 15, |
| físico Juego | 4 | 16 (3), 17, |
| amoroso | | 18, 19, 20 |
| Paseo | | 1?, 4, .5 (4) 1, 5, 7 (4), 8 (2), 19 (5) 10 (2) 7 (4) |

Cuadro 3

| <i>Constitutivos esenciales del ocio:</i> | <i>1. Ocupación</i> | <i>2. Descanso</i> | <i>3. Diversión (recreo)</i> | <i>4. Formación</i> | <i>5. Participación social</i> | <i>6. Capacidad creadora</i> | <i>7. Recuperación</i> |
|--|--|--|--|---|---|--|---|
| <i>Características y valores de la práctica deportiva:</i> | Intensidad de entrega. Apartamiento voluntario activo de la alineación laboral. | Físico: sobre todo ciertos deportes de contacto sereno con la naturaleza (<i>golf</i> , caza, pesca, náutica, etcétera). Psíquico: de las preocupaciones rutinarias de la fatiga mental de las ideas parásitas | Fruición del juego competitivo Atractivo cambio del sedentismo a la actividad Disfrute emocional de la competencia | Salud (higiene). Hábito al esfuerzo. Perseverancia. Intensidad Superación de la fatiga Disciplina Autocontrol Aprendizaje realista de la propia limitación | Incorporación al grupo social Eliminación de barreras sociales (dinámica externa de grupo) Compañerismo, camaradería. Hábito de colaboración Vinculación de los intereses personales a los de la colectividad (equipo). | Actividad múltiple. Iniciativa Protagonización Sensación de mandar en las propias acciones. | De los estragos <i>funcionales</i> y orgánicos del sedentarismo Del cansancio psíquico. Descarga canalizada de la ansiedad. |

De las estrechas constelaciones psíquicas de nuestro mundo habitual.

Lealtad
Amistad
Aceptación
Aceptación espontánea de la autoridad (el arbitro)

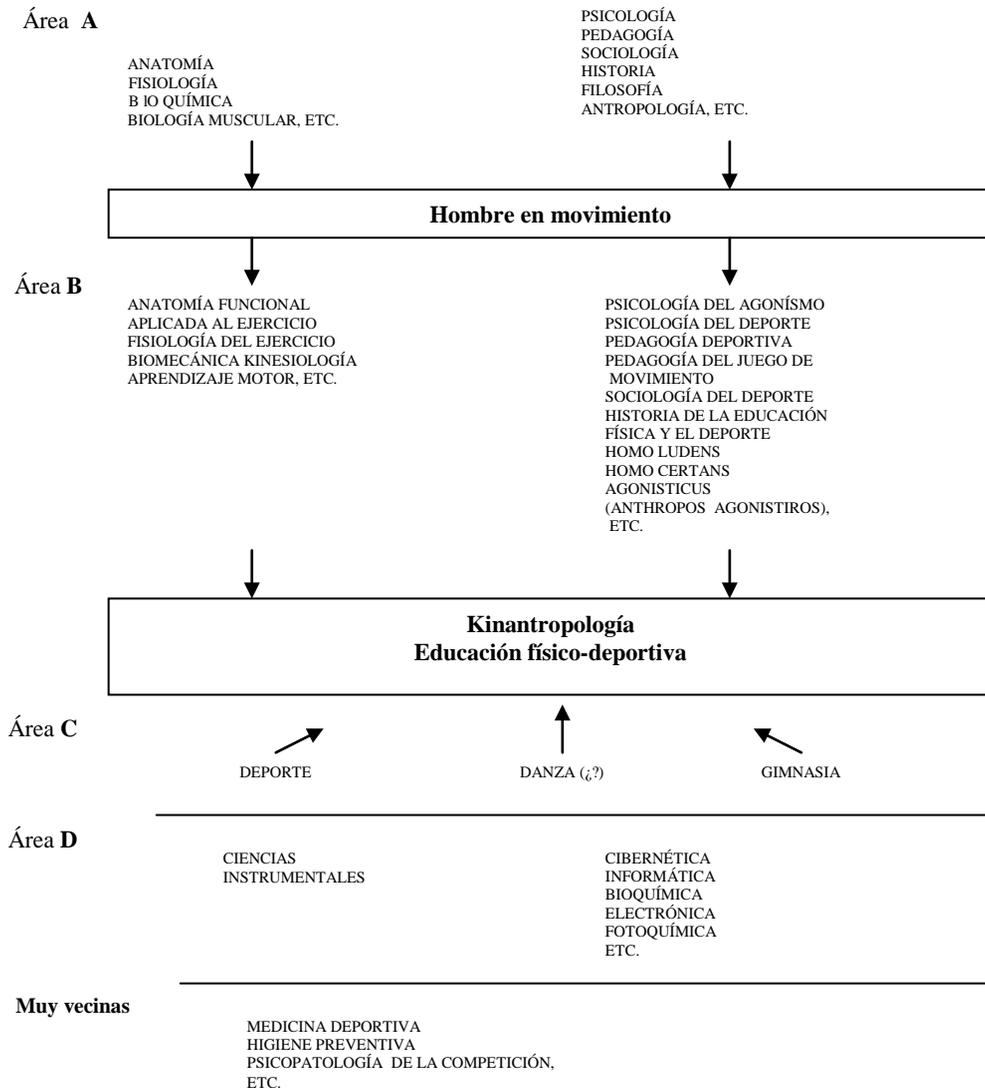
NOTA: Estas características del deporte que se encuadran dentro de las funciones primordiales del ocio no componen una lista exhaustiva sino meramente indicativa.

Lista de modalidades deportivas con aclaración del tiempo de ocio específico¹

| | | | |
|--------------------------|------------|-------------------------|------------|
| Actividades subacuáticas | S-Pm-A | Hockey | S |
| Deporte aéreo | S-Pm-A | Judo | D-S |
| Ajedrez | M-D-S-Pm-A | Lucha | D-S |
| Atletismo | S | Montañismo | S-Pm-A |
| Automovilismo | S-Pm | Motociclismo | S |
| Baloncesto | S | Motonáutica | S-Pm-A |
| Balonmano | S | Natación | D-S |
| Balonvolea | S | Patinaje | D-S |
| Béisbol | S | Pelota | D-S |
| Billar | D-S-Pm-A | Pesca | S-Pm-A |
| Bolos | D-S | Piragüismo | S-Pm-A |
| Boxeo | D-S | Polo | S |
| Caza | S-Pm-A | Remo | S |
| Ciclismo | S | Rugby | S |
| Esgrima | D-S | Salvamento y socorrismo | S-Pm-A D-S |
| Esquí | S-Pm-A | Tenis | D-S |
| Esquí náutico | S-Pm-A | Tenis de mesa | S |
| Fútbol | S | Tiro con arco | S |
| Galgos | S | Tiro de pichón | S |
| Gimnasia | D-S | Tiro olímpico | Pm-A |
| Golf | D-S-Pm-A | Trineo | S-Pm-A |
| Halterofilia | D-S | Vela | |
| Hípica | S-Pm-A | | |

¹ A, significa anual; Pm, plnrimensual; S, semanal; D, diario; M, menudo.

Cuadro 5



CUADRO RECAPITULADOR DE LAS DIFERENTES ETAPAS DEL DESARROLLO

| Años | Etapas fisiológicas | Evaluación de los intereses | | Conducta intelectual | | Conducta psicomotriz | | Conducta afectiva | | Formación del «yo» específica Constitución de la personalidad |
|------|-------------------------------------|--|-------------------------------------|---------------------------------------|--------------------------------------|---------------------------------|--|---|---|---|
| 0 | 1ª Infancia | Intereses perceptivo | | Estadi o senso motor | Vegetativo impulsivo emotivo | Integración progresiva | Espinal | Estadio pregenital (o de hedonismo enacodótico) | Labio dental | Estadio de la personalidad confusa |
| 1 | | Intereses glósicos | | Estadio de adquisición práctica | | | Tanteo (ensayo) logro | | Anal Uretral | |
| 2 | | Intereses subjetivos concretos | | Estadio de adquisición lingüística | | | Organización motilidad (actividad espontánea) | | Gracia | |
| 3 | 2ª Infancia | Intereses subjetivos concretos | | Estadio pueril | | Motilidad orientada | Estadio de distinción del «yo» | | | |
| 4 | | 3ª Infancia | Intereses objetivos y especiales | | Estadio reflexivo | | Organización motilidad (actividad voluntaria) | | Estadio de latencia, descarnalización, desexualización. | Estadio de socialización crisis ideomotriz e intelectual |
| 5 | Intereses objetivos y especiales | | Estadio racional | | Armonización instintivo- volitiva | | | | | |
| 6 | Intereses objetivos y especiales | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | Estadio de auto- erotismo | Crisis de independencia | | |
| 7 | 4ª infancia (adolescente) | Intereses sociales y éticos, el mundo de los valores | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | Estadio de exotismo | Estadio de exaltación | |
| 8 | | Intereses sociales y éticos, el mundo de los valores | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | | | |
| 9 | Juventud | Intereses sociales y éticos, el mundo de los valores | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | Estadio de exotismo | Estadio de exaltación | |
| 10 | | Intereses sociales y éticos, el mundo de los valores | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | | | |
| 11 | | Intereses sociales y éticos, el mundo de los valores | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | | | |
| 12 | | Intereses sociales y éticos, el mundo de los valores | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | | | |
| 13 | | Intereses sociales y éticos, el mundo de los valores | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | | | |
| 14 | Juventud | Intereses sociales y éticos, el mundo de los valores | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | Estadio de exotismo | Estadio de exaltación | |
| 15 | | Intereses sociales y éticos, el mundo de los valores | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | | | |
| 16 | | Intereses sociales y éticos, el mundo de los valores | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | | | |
| 17 | | Intereses sociales y éticos, el mundo de los valores | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | | | |
| 18 | | Intereses sociales y éticos, el mundo de los valores | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | | | |
| 19 | Juventud | Intereses sociales y éticos, el mundo de los valores | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | Estadio de exotismo | Estadio de exaltación | |
| 20 | | Intereses sociales y éticos, el mundo de los valores | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | | | |
| 21 | | Intereses sociales y éticos, el mundo de los valores | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | | | |
| 22 | | Intereses sociales y éticos, el mundo de los valores | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | | | |
| 23 | | Intereses sociales y éticos, el mundo de los valores | | Estadio de egotismo intelectual | | Dominio progresivo de gestos | | | | |